

ANNA BALLBONA

Joyce y las gallinas



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

PORTADA
PRÓLOGO: CONTRA LA MANSA DOCILIDAD
PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE
A MODO DE DEDICATORIA. AGRADECIMIENTOS
NOTAS
CRÉDITOS

PRÓLOGO: CONTRA LA MANSA DOCILIDAD

Nunca hay bastante. Ni siquiera sé imaginar dónde estaría la dosis que pudiera hacer reprobable el humor, la ironía o la comicidad. En Cataluña y en España son muchas las voces que comparten el recelo y hasta el hastío por la sobredosis (precisamente) de humor televisivo, humor mediático, humor de redes. Creen que algo de todo eso puede dañar la consistencia ética de la ciudadanía, demasiado expuesta a la mirada cómica sobre la realidad o quizá incluso demasiado hecha ya al descreimiento y la banalización de la vida social, cultural o política.

Pero ni veo esa sobredosis ni la temo. El humor, la mirada furtiva e irónica, la parodia como mecanismo de burla y, a la vez, de admiración apuntan en sí mismos a una forma de inteligencia intuitiva del mundo. El desasosiego que pueden despertar, el rencor o incluso la furia que engendran no son consecuencias indeseadas del humor sino parte de su mejor naturaleza. Cataluña no ha vivido casi ninguna etapa de su historia reciente desabastecida de la mirada irónica de los humoristas ni ajena a su indocilidad. No es necesario acudir a humoristas profesionales –y Anna Ballbona se acuerda de alguno–. Basta con no olvidarse de una estirpe que fue rica incluso en el infierno moral de la posguerra: la sutileza del humor de Josep Pla, su meliflua sorna tóxica, anduvo entre los papeles incluso en los peores momentos, como lo hizo la altiva ironía de un soberbio profesional como Eugeni d’Ors; Josep Maria de Sagarra no sería el primer novelista del siglo XX catalán sin la dosis de corrosiva comicidad de novelas como *Vida privada* o de sus fabulosos artículos periodísticos. Y desde luego Salvador Dalí y su delirante prosa inteligente no escapan al humor, como no lo han hecho la malevolencia sarcástica de Baltasar Porcel o la modernidad suntuosa de humoristas tan brillantes y a ratos estridentes como Quim Monzó, como Sergi Pàmies o como Empar Moliner. Cada uno de ellos ha descubierto en el humor la mejor seriedad de la literatura moral para un tiempo nuevo, la democracia de los últimos cuarenta años. Anagrama ha traducido al castellano a muchos de los autores que acabo de evocar porque no ha abandonado el humor como marca de fábrica desde sus inicios editoriales en 1969. Estuvo en sus colecciones nobles –la peste amarillay en sus colecciones gamberras, aquellas en las que la peste del humor llevaba la firma de Tom Sharpe, o de Bryce Echenique con sus crónicas, de Bukowski con sus metadelirios, o incluso de Kiko Amat con sus descacharrantes relatos.

Anna Ballbona no es una gallina cobardona, pero las gallinas llenan su libro como si éste se obstinase en contar el modo de dejar de ser una gallina cobardona, dejar de llevar la cabeza gacha, picoteando el suelo todo el santo día. Su historia es la historia de la redención de una muchacha inexperta, y esa búsqueda de la libertad acerca la novela a la gamberrada inteligente, a la denuncia sin solemnidad y a la literatura como modelo moral de vida. Esta novela está llena de incidencias enredadas, y aunque a veces no calla la sencillez o la transparencia de algunos mecanismos, en ella mandan sobre todo el ansia del juego y el afán desdramatizador e irónico, culto, divertido y entrañable. La fiabilidad de Ballbona como retratista deja páginas de sátira costumbrista –como en el personaje en busca de una paz yogui o en la adictiva superstición popular– y burlas conmovedoras de los afanes culturales, del mismo modo que relativiza y vampiriza novelescamente las labores del periodismo de cada día. Anna Ballbona es ahora redactora del diario *El Punt Avui* y ha seguido también el rastro de un excepcional periodista

catalán, Eugeni Xammar, dotado como pocos para el sarcasmo destructivo y, según ella misma, «un genio cosmopolita y clarividente, el más grande periodista catalán, junto con Gaziel y Josep Pla».

Todo parece coherente con un relato fragmentario y descoyuntado, nutrido de lecturas literarias, de imitaciones y parodias que nacen de una frecuentación intensa de la literatura de la modernidad y el arte de la gamberrada provocativa. Un documental sobre Banksy muestra a la protagonista una vía para su rebeldía testimonial e irónica pero incisiva, mientras que la literatura de Joyce se convierte en inicio y final de una experimentación no desatada pero sí visible en las tres partes de la novela, en la segmentación de las secuencias, en la libertad de los enlaces y el uso de la información flotante y, a veces, casi a pie de calle. La novela acelera su ritmo hacia la mitad, como si parte de sus modelos se inspirasen en el relato de intriga y suspense, con investigadores en marcha, policías desconcertados y espías aficionados. Todo va empapado de una ironía mansa y subterránea, como una atmósfera tibia y gaseosa. Esta mujer joven, nacida a las afueras de Barcelona, en Montmeló, en 1980, es «hija de payeses» y no viene «de una familia con dinero ni con una gran biblioteca». Tiene treinta y cinco años intoxicados de literatura, periodismo y otras mezclas explosivas que van de un Joyce explícito hasta un Kafka invisible, pasando por un Pavese problemático, como si compartiese alguna de las neurosis de Enrique Vilas-Matas, la versión menos disparatada de Empar Moliner y la propensión a incorporar el relato corto como mecanismo interior de una historia larga.

Nada va demasiado en serio porque la pátina humorística funciona como un bajo continuo que descubre sin énfasis la quebradiza paz de la paz burguesa. Se mueve esta protagonista entre los *pijos* de un barrio y los *quillos* de otro, se mueve entre la Vespa veloz y el tren de cercanías. Fue Javier Pérez Andújar quien escribió en algún sitio que nada hay tan parecido al paisaje urbano que recorren los trenes de Cercanías de Madrid como el paisaje que recorren los trenes de Rodalies de Barcelona. Anna Ballbona ha metido dentro de este libro las virtudes del principio de una novelista, y con él ha sido finalista del último invento del inventor Herralde, el premio Llibres Anagrama de Novela. Lo obtuvo Albert Forns con otra novela cómica, *Jambalaya*, desatada, de ingenio torrencial, lúbrico y también gamberro. Los dos, Forns y Ballbona, delatan la lealtad senatorial de Herralde al humor y a la trastada como ácido literario para un tiempo de solemnidades huecas, eslóganes idiotas, mayúsculas muy embusteras y trampantojos que tienen tanto de trampa como de antojo. La lección de la ironía juvenil y mansa es un antídoto necesario, tanto como pueda serlo la velocidad de una Vespa para escapar a la docilidad bulliciosa de las gallinas.

JORDI GRACIA

A Albert

Primera parte

ARRANCA Y FRENA

Ha podido sentarse en la dirección del tren, lado paisaje y sol. Apoya un brazo en el estrecho alféizar de la ventana que no sirve para apoyar el brazo, piernas cruzadas y cabeza inclinada hacia *El oficio de vivir* de Cesare Pavese. Lo ha abierto ceremoniosamente, con el gustillo de complacencia y mirada alrededor que la obra merece, como diciendo al resto del vagón: ¿veis lo que me dispongo a leer? Incluso ha puesto un punto de libro de los que quedan aparentes, para añadir mítica y pomposidad al acto personal. En un bloque de asientos a mano derecha, observa a cinco personas, ni mayores ni jóvenes, que hablan de manera animada. No son estudiantes. Quizá es gente de una misma empresa que va a hacer un curso. Quizá vuelven de una asamblea de trabajadores para evitar despidos. O simplemente son viejos amigos...

—¿Cómo te ha ido hoy la sesión?

—Bien, ahora tengo una buena época, a ver...

—Pero ¿tú qué tenías?

—Yo, paranoia y depresión. Sobre todo más de lo primero. ¿Y tú?

—A mí me dijeron que tenía brotes de esquizofrenia.

Pavese todavía no ha pasado del portal. No ha podido llegar ni a la segunda página. El tren, sin embargo, ha dejado atrás un par de estaciones, camino de Barcelona. Entre una mirada a la extensión de polígonos y cemento, y otra a los páramos sin cultivar, al circuito de Montmeló y a los contenedores abandonados, Dora ha intentado volver a la intemperie del diario de Pavese. Por ahora, una lectura imposible. En concreto, es una impresión de desmantelamiento directo y sincero, desvestido de cualquier disfraz social, lo que la empuja hacia la conversación que ha cazado al vuelo.

—Casi hace dos años que me trato aquí.

Una chica del grupo, más deteriorada de lo que debiera, escucha a los demás con una expresión de estar en Babia, sin llegar a verbalizar qué hace ella en aquel grupo. Tiene los ojos inertes, como los que vio una vez en una anciana que padecía un alzhéimer avanzado, en el hospital. Dora había ido a ver a su abuela. Pero la otra señora de la habitación, Mercè, no paraba de moverse, inquieta, a pesar de que estaba sujeta a la silla. A ratos intentaba coger el cojín que sobresalía de la silla de su abuela, a ratos tiraba de las sábanas hasta que caían al suelo. Dora se acercó para apartarla un poco, pero justo cuando se disponía a mover suavemente la silla, Mercè la agarró de los brazos con fuerza, mirándola fijamente, sin decir nada. Era como si la acribillara con la mirada. Dora se asustó pero se esforzó en disimularlo. La mujer parecía salida de una película de ciudadanos hipnotizados, de esas en que los niños van de aquí para allá con los ojos vidriosos y fieros. Por un momento, viendo que no cambiaba la cara, temió que aquella anciana estuviese a punto de soltarle un mamporro. Pero con un movimiento rápido se escabulló de sus brazos, movió la silla y se apartó a tiempo.

La chica del tren que estaba en Babia continúa en Babia. Cuando buena parte del grupo ya ha repasado de la manera más natural sus cuadros médicos, uno, algo inquieto, toma la voz cantante. Actúa como si se tuviesen mucha confianza y ya lo hubiesen dicho todo; él da por acabados los informes médicos y plantea otra cuestión:

–Y... ¿vosotros habéis pensado alguna vez en suicidaros?

El oficio de vivir se cierra de un respingo. No queda más remedio.

–Sí, claro, muchas veces –contesta uno de ellos con una vehemencia que no es impostada.

Otro añade, tímidamente, que lo intentó una vez, pero no lo consiguió. «Y no fue gran cosa», afirma entre murmullos, muy bajito. A partir de aquí se lanzan con toda sinceridad a recolectar diversos suicidios ejemplares, «yo sé de uno que...», «a mí me contaron...». Llama la atención la espontaneidad y las pocas manías con que hablan de una cuestión que es todavía tabú y a menudo se despacha con algún tópico. El grupo que Dora ha encontrado en el tren no pretende formular ninguna teoría elaborada sobre el final de la existencia, sus miembros, simplemente, relatan algunos hechos que han oído, pero ahorrándose un detalle demasiado significativo: el eufemismo.

A su pesar, hasta la estación de Parets del Vallès, *El oficio de vivir* de Pavese más bien la ha hecho bostezar. Por el contrario, a su alrededor parece que alguien ha organizado una concentración de energías singulares, como un encuentro de coches antiguos, biscúters o motos vintage. Sí, motos antiguas, de esas que permiten soltar, con una pose interesante, en mitad de una conversación: «Ah, mi padre tenía una Montesa», «aún me acuerdo de la Guzzi de mi abuelo», o bien «la primera moto que tuve ¡fue una Derbi!». Son energías singulares y ajenas pero que le provocan un cosquilleo de preguntas: ¿quién es el extraño? ¿O quién el enajenado? ¿Quién observa, quién habla, quién escucha, quién escribe y levanta acta? Pavese, ¿de qué oficio habla?

–Pepe lo hizo delante de su abuela. La mujer estaba preparando la cena. Parece que los últimos días no habían sido demasiado tranquilos. Pero nadie se lo podía imaginar. En un momento en que ella estaba en la cocina enfrascada en el sofrito, que debía de hacer ruido, ya sabes, como cuando echas la cebolla... Chhhh –imita el ruido–. Pepe saltó por la ventana y se acabó.

–Yo sé que Salomón puso la cabeza en la vía. Sí, es un poco asqueroso. Y claro, pasó el tren y quedó todo por allí despachurrado. Más de lo normal. Pero no sé por qué quiso poner la cabeza en la vía y ya está.

A la ex lectora de *El oficio de vivir* le da la impresión de que comienza a marearse. Quizá si abre el libro otra vez... ¿Y si se cambia de sitio? La chica que está en Babia continúa en Babia. En la escena de la cabeza en la vía ha fruncido un poco los labios, aunque, de todas las palabras y lindezas que ha oído, «sofrito» ha sido la que le ha causado una alteración más profunda.

–Después ese que entró en la tienda de lámparas. ¿Cómo se llamaba? Que también había estado con nosotros un tiempo... ¿Paco? Sí, Paco se llamaba. Entró en la tienda de lámparas y tuvo que esperar mucho rato. Paco sólo quería una lamparita de noche porque la de la habitación se había descuajeringado y no podía leer bien. Parece que le gustaban mucho las novelas románticas, sí, sí, era un romántico, el tío. Mira que no tenía pinta, pero por la noche, en cuanto podía, hala, novela romántica al canto.

–¿Y qué pasó? –preguntó una chica del grupo, viendo que el narrador empezaba a tener un gusto excesivo por el florilegio.

–¿Que qué pasó? Que la tía de la tienda no se enrolló demasiado, le hizo esperar, le decía que fuera mirando, y allí había tanto para elegir, tantas lámparas que no necesitaba, tantas cosas que no valían una puta mierda... Bueno, eso decía él. –El grupo escuchaba con una atención inaudita; Dora también.

–Pero, claro, quizá al final hasta yo me habría enfadado, y eso que soy tranquilo de verdad. ¿Por qué coño le plantaban delante de los morros las jodidas lámparas de comedor, aquellas arañas del año de la pera o aquellas lámparas de pergamino que apenas dan luz? Es que la peña se

complica la vida, macho. Para postre, atendieron antes a un representante, el típico representante todo sudado, al que todavía se le nota el aliento del huevo frito que se ha zampado. Y eso Paco no lo pudo soportar. Los huevos fritos le daban mucho asco. Lo sé porque en el patio me lo había contado muchas veces. Soy bueno escuchando, siempre me lo dice la doctora. Yo a Paco lo entiendo, pero claro, tampoco hacía falta que rompiese aquella lámpara de 2.600 euros. Sí, macho, hay lámparas de comedor que valen 2.600 del ala. Total, para acabar agarrando el cable y yendo hacia la dependienta... Suerte que al final la pudieron salvar.

—Miriam le asestó una cuchillada a su marido, de un día para otro —sentencia la que estaba en Babia. Pero la parroquia no se inmuta. Ni un poco.

MONTCADA BIFURCA. DESOLACIÓN

El grupo que venía de terapia se ha bajado en Montcada-Bifurcación, quizá para cambiar a otro tren que los llevará a Sabadell, Terrassa o Manresa. Esta estación produce en Dora una fascinación especial. Estéticamente es horrorosa, un vómito de vías sin orden ni concierto, la nada entre una autovía y un barrio de periferia, un no-lugar, como se dice ahora. Aquello de allá arriba debe ser Vallbona, ¿no? Un día irá allí, piensa a veces. Para ver los bares, las tiendas, cómo camina la gente...

Por la noche la estación en penumbras da un poco de miedo. Durante el día es sobre todo un mero agujero de intercambios de trenes que cubren la rutina práctica de conectar con otras líneas. Es de una desnudez sin compasión, sin paliativos: en los días soleados, el sol cae como una avalancha de piedras; cuando llueve, parece una tempestad que te arrastrara por las vías hasta el mar. Su nombre, de connotaciones borgianas, responde a una realidad inapelable: la estación es la puerta entre una Barcelona y otra, entre el escaparate y la trastienda, entre el centro y el suburbio; ¿qué hay en un lado del túnel y qué al salir de él?

A este lado del túnel, donde se apea el grupo terapéutico, no caben los romances metafóricos. Con la infalibilidad de un reloj Casio de plástico, se completa la cruda rutina del que baja del tren, atraviesa el entramado de vías deterioradas y se va caminando bajo las farolas de un amarillo deprimente hacia alguno de los pisos coloreados, de tan mal gusto que parece que se burlen de los que viven allí. Debería haber una canción punk que proclamase: «Montcada bifurca, ¡desolación! Montcada bifurca, ¡desolación!» Dora hasta se imagina el concierto: el público disperso y ella desgañitándose con el grito de guerra: «¡Montcada bifurca!»

Sólo que Dora no tiene ni idea de música y presiente que canta todavía peor que si tocara un instrumento. La flauta no cuenta. Intuye el motivo por el cual le da pereza admitir la derrota, todavía siente aquella punzada que vuelve: de pequeña no la admitieron en el coro de la escuela. Eso, y el hecho de haber tenido que representar siempre el papel de árbol o de «pueblo» en las obras de teatro de primaria, da como resultado un potaje demasiado espeso. En una ocasión, no se acuerda en qué tipo de obra, tuvo que actuar disfrazada de gallina. «Muy bien, preciosa, has hecho muy bien de gallina, ten en cuenta que es un papel muy importante.»

Quizá por culpa de la escena del grupo que volvía de hacer terapia, ha evocado la rémora de festivales de la niñez, que tienen, aunque no lo parezca, un vínculo insufrible y estrecho con las vías de escape punk. Está convencida de ello. Las gallinas cuentan tantas cosas... Ponerse en el papel de gallina era como si, en el patio, te eligiesen la última para el partido de fútbol. O que sólo te quisieran de portero.

En Montcada Bifurca suele bajar un matrimonio que siempre se está peleando. Menudos, cincuentones, ambos demacrados por el tabaco, y quizá también por el alcohol. Para ser más precisos, ella siempre le echa los perros a su marido. Vocifera y lo trata como a un inútil. Él suele ir cabizbajo, arrastrando los pies, a veces dibuja en el aire un gesto intentando hacerse entender, pero sin éxito. Ella, más vigorosa, está todo el rato pinchando, diciendo que no hace falta que se explique, que no tiene razón, que siempre hace lo mismo y que está muy harta. «Sólo yo sé lo que sufro contigo», refunfuña. Todos los días se apean en Montcada Bifurca. Como si esa estación fuese la argolla que los mantiene unidos. Para que no haga más ruido, en el andén se agachan y cargan la bola presidaria que no se sabe quién les ha mandado arrastrar.

RUEDA DE PRENSA

Ha llegado a la plaza de Catalunya obsesionada con la conversación del grupo que hacía terapia. A partir de ahora, lo llamará así. Cualquier escritor con garra y salero habría anotado todo lo que decían y los habría seguido cuando se bajaron en Montcada Bifurca. ¡Ellos solitos te escriben una historia! Pero Dora tenía que llegar puntual a una rueda de prensa en el ayuntamiento. Hoy le tocaba sustituir a un compañero enfermo, aunque su trabajo habitual era cerrar la agenda cultural que salía todos los viernes con el periódico, un suplemento sin pena ni gloria, el ¡*Vamos!* Sí, se llama así... La crisis se ha llevado por delante, entre otras muchas cosas, la creatividad y la originalidad en las redacciones. En todo caso, era bastante peor el trabajo que tenía antes de llegar aquí. Ahora le toca recomendar gintónicos, horchatas, locales de ambiente, sitios donde comprar hormigas y lagartos para comer, bares con ambiente parisino, con ambiente literario, con ambiente oriental, con ambiente de ir a follar pero sin que se note, tiendas de segunda mano donde comprar alguna mancha accidental con pretensiones artísticas, o donde comprar la alimentación necesaria para ser un buen vegano y no caer en la tentación de la carne... ¿Existe todo eso en Barcelona? Si sale en el ¡*Vamos!*, debe de existir. Aparte, ya se sabe que con estos ambientes y su correspondiente descripción no hay por qué hilar fino.

A veces algún barman la ha invitado a tomarse un gintónico, pero en general le toca hablar y poner por los cielos propuestas que no llegará a probar nunca. Todos estos manjares quedan para los otros, para quien dispone de suficiente tiempo y dinero, y alberga un tipo de veleidades que podrían concebirse, hablando lisa y llanamente, como magníficas gilipolleces. También pertenece a los otros el cotizado territorio de los hoteles, las pasarelas de moda, los estrenos teatrales y los pases previos de cine.

A pesar de que, ante este panorama, Dora siente el mantra del tapón generacional que le cierra la trampilla encima como una bota que aplasta al escarabajo que chillaba «bum-bum», puede asegurar que antes era peor: le tocaba escuchar los informativos de las radios y transcribir todas las noticias con rapidez insospechada. Había depurado la técnica para memorizar frases enteras y no tener que parar tan frecuentemente la grabación. En concreto, lo que hacía era seguir los informativos del mediodía de las dos grandes cadenas. Recogía todo lo que tuviese huella, trazo, brazo o directriz gubernamental, fuese bien o fuese mal para el país. Era un trabajo para el Departamento de Presidencia del gobierno. Como era joven y la última en incorporarse al gabinete, a Dora le encargaban tareas ingratas como ésta. En este país eres joven hasta que eres demasiado mayor y dejas de serlo cuando te han jodido bien jodido.

Durante el tiempo que estuvo allí, en aquellos cafés revolucionarios de media mañana que no

arreglarían nunca nada, Dora se preguntaba y preguntaba a algún compañero:

–¿Qué sentido tiene hacer el trabajo dos veces y taquigrafiar los informativos de la radio pública que algún otro trabajador público ya ha escrito antes?

–Los caminos del después-de-un-día-viene-otro son verdaderamente inescrutables –le habría podido responder el interlocutor, si no fuese porque lo único que hacía era encogerse de hombros.

Ahora también se pregunta adónde habrá ido a parar toda aquella pila de informativos transcritos y entregados a un capitoste. ¿De verdad los lee alguien? ¿Alguien se pone cachondo con las transcripciones de informaciones parlamentarias, bienaventuranzas vacuas del gobierno, declaraciones sincopadas y aburridas? ¿Puede alguien captar el sentido de las cosas, como mínimo de la cosa pública, con ese sinfín de declaraciones que responden a un nulo sentido común? Ese alguien, lector de estiércol, suponiendo que todavía esté vivo y no haya sido sepultado por el tedio y la mediocridad, ¿a qué conclusiones llega? ¿Cómo procesa estas deducciones y cómo repercuten –si es que repercuten– sobre la población?

Afortunadamente para su equilibrio mental todo aquello se acabó, aunque su equilibrio monetario salió perdiendo. En realidad, sólo era una sustitución por baja maternal bien pagada. Ahora escribe sobre hormigas domésticas, tapas de nombre impronunciable y combinados vomitivos. Pero hoy, como el periódico anda corto de personal por bajas encadenadas de gripes, le toca ir a una rueda de prensa al Ayuntamiento de Barcelona. Es una de esas ruedas de prensa convocadas el mismo día, deprisa y corriendo (un deprisa y corriendo simulado), que sólo sirve para que el político –en este caso, una teniente de alcalde– haga su declaración, estrictamente la que quiere hacer, cuatro preguntas de rigor en que echará pelotas fuera porque no le da la gana de decir nada más, que reproduzca todo el mundo la frase que ha querido endilgar y fin de la historia. Además, como los periódicos, escasos de papel y de prioridades periodísticas, ahora tienen espacio para muy poca cosa, lo que debería ser un tema menor que encabeza la página acabará convertido en un breve de media columna.

Dora llega al Ayuntamiento de Barcelona, a la sala anexa a la de Lluís Companys, cuando todo el mundo ya está en su sitio. Sólo queda libre la silla al lado de donde se sentará la teniente de alcalde. Un momento, ¿por qué está apartada esta silla? «Es que quiere hacer la *decla* de pie», apunta una periodista. Menuda tontería. «¿Qué quiere que haga, que me siente y la mire desde abajo?», ha exclamado Dora. Parece que el jefe de prensa ha venido y la ha retirado.

El personal de las teles lo comenta. Este plano televisivo estrafalario no les va nada bien por cuestión de imagen. Alguien se arma de valor y pone la silla de nuevo en su sitio. Sería bastante absurda una declaración de una política de pie como un cirio, hierática delante de una mesa de periodistas sentados y por debajo de su campo de visión. Pero da igual: la imagen que se quiere dar es que de ninguna manera, ni por casualidad, el gobierno municipal de CiU está pactando con el PP. De hecho, casi no se pacta nada. Pero por una de esas cosas de la vida las cuentas del ayuntamiento, la columna vertebral del mandato, tampoco hay que exagerar, serán aprobadas con el voto favorable de... Bueno, sí –cuchicheando– «Aquellos Otros». Un trámite como cualquier otro. Es cuestión también de pasar por alto que por la mañana «Aquellos Otros», el PP, ya han dado su rueda de prensa explicando con todo lujo de detalles los «beneficios» que han arrancado del gobierno municipal para los ciudadanos de Barcelona. Una comparecencia que se podría resumir así: gracias a la acción heroica del PP («¡Nosotros!», gritando), los ciudadanos de Barcelona vivirán mucho mejor; qué digo mejor, darán un salto cualitativo extraordinario y definitivo hacia la prosperidad.

Sea como fuere, la imagen que ahora quiere transmitir el jefe de prensa del gobierno de CiU,

obsesionado con la posición de la silla, es que la teniente de alcalde convergente viene del gimnasio, por el camino ha aprovechado para hacer unos encargos y comprar cuatro cosas, y mientras deja el capazo y el bolso sobre la mesa, unos periodistas le preguntan por los excelentes resultados que gracias a Dios tendrá Barcelona (no habría que obviar que la teniente de alcalde de CiU es democristiana).

Entra la teniente de alcalde sin el capazo ni la cinta en el pelo y como ve la silla colocada en su sitio para sentarse, en un acto de coherencia política, se sienta. El jefe de prensa llega demasiado tarde para evitar el desacato involuntario a su estrategia comunicativa. El jefe de prensa resopla. Mira con desconfianza acusatoria alrededor, se enfurruña. La teniente de alcalde se sienta sin acabar de entender qué ha hecho mal. Había una silla y se ha sentado. El jefe de prensa murmura algo y chasquea con desaprobación la lengua; se quedará allí de pie, rompiendo si puede el plano televisivo, y no dejará pasar ni una.

La teniente de alcalde piensa que no es para tanto, ni para la irritación del jefe de prensa ni para el gentío de periodistas que han acudido a esta simple declaración de «gracias por haber venido, pero sólo os tenía que decir que, efectivamente, Barcelona ya tiene las cuentas municipales, y son unas buenas cuentas...». Y no se apartará ni un ápice de este guión: pero ¿y las inversiones? ¿Y el acuerdo con el PP? ¿Y las concesiones a este socio no oficial pero socio al fin y al cabo? Nada, no hay manera de sacarla de ahí.

Por lo que Dora sabe a través de sus compañeros, por lo que ha comprobado las veces que le ha tocado ir allí en sustitución de alguien, las ruedas de prensa pueden llegar a ser una tortura de guiones masticados: es como si un animal rumiara durante horas un mensaje para después expulsarlo en forma de bola, un detritus que será presentado a los periodistas con los elementos justos —o justísimos— para que la bola no se desintegre. Y si por aquellas cosas de la vida se produce alguna pregunta incómoda, siempre está el recurso de esquivarla educadamente («ahora no disponemos de estos datos, ya los pediremos») o de tirar por la vía de la mentira piadosa o de la declaración archipasota.

Sea por lo que explican algunos redactores al volver de las ruedas de prensa, sea por las pruebas científicas que ha ido recogiendo puntualmente ella misma, aliñadas con propuestas deslavazadas de agenda cultural, estas constataciones provocan que Dora se sienta atrapada, sin escapatoria, reventada de tanta previsibilidad y tanto aburrimiento admitidos como noticia. Es como si esta convocatoria para los medios tuviese lugar en una caja raquítica y estrecha y, una vez dentro, uno se convirtiera en un ratoncito de feria encaramado en una rueda que sólo da vueltas y no lleva a ningún sitio.

En cuanto acaba el número circense, Dora vuelve al periódico pensando que tendría que escribir un artículo contando el numerito de la silla, ya que tiene más sentido y contenido que reproducir las cuatro declaraciones desaboridas. El hecho habla por sí mismo y habla mucho más que el breve pusilánime de columna que, efectivamente, acaba realizando. Al final del día, lo más sustancioso, y particularmente menos absurdo, habrá sido la conversación del grupo de terapia. Al menos ellos, hoy, han hablado claro.

SANGRE DE HORCHATA

Tenía que recomendar una horchatería para una de estas semanas tontas de verano. Qué original, pensó. Y encima, la horchata le da arcadas: le parece que es sólo una leche muy dulce.

Cuando la piden delante de ella, evita olerla. Ni siquiera la mira, por lo que pudiera pasar. Una merienda de verano adolescente acabó como el rosario de la aurora precisamente por la horchata, y aquel chaval que apuntaba bastante alto no llegó a ser nunca nada más que un dolor de estómago repentino y pasajero. Las mariposas en el estómago fueron expulsadas de malas formas por culpa de aquel brebaje lechoso.

Dora cogió una bocanada de aire para avanzar con paso seguro hacia la horchatería. Su jefe le había dicho que ésa era la más popular de Barcelona, la que todo el mundo nombraba, la que siempre salía en todos lados. Esta combinación de principios permitiría seguir manteniendo los niveles de originalidad en la sangre. Si había sido capaz de acudir a la última corrida de toros de la Monumental para escribir una crónica costumbrista de los alrededores de la plaza y había aguantado la peste de puros, sudados, engominados y requetengominados (que no es lo mismo, no sé si me explico), seguro que ahora podría aguantar la embestida de una horchatería.

Hacía días que llamaba, sin éxito, a la horchatería que tenía el mismo nombre que muchas otras de la ciudad: Sirvent. ¿Cómo sabía su jefe que aquélla era la buena? Más aún: ¿cómo lo llegaban a distinguir los consumidores de horchata? Dora se había anotado la dirección. «La encontrarás enseguida, está muy cerca de aquí», le había dicho su jefe. Efectivamente, quedaba muy cerca del periódico. Con esas calles siempre se hacía un lío, pero finalmente encontró la Sirvent. No tuvo ni que entrar, porque el propietario estaba en la puerta tomando el fresco y allí despacharon el asunto. Ella le formuló las cuatro preguntas básicas para conocer las bondades de la horchata, desde cuándo se dedicaba al oficio, su trayectoria familiar, alguna anécdota confesable...

—¡Huy!, hay muchas Sirvents en Barcelona —dijo el propietario antes de pasar a detallarle, de manera calculadamente elegante, por qué no tenía que prestar atención a las otras. Dora no hizo caso de las numerosas Sirvents que había en la ciudad. Dentro del mundo de la horchata, debía ser un árbol fundacional, algo así como apellidarse Puig.

Rápidamente acordaron todas las demás contingencias: cuándo vendrían a hacer la foto del establecimiento, cuándo se publicaría el artículo... Por suerte, el propietario, muy amable, no tuvo ningún alarde de generosidad desahogada y no insistió en invitarla a una horchata.

En el corto camino de vuelta al periódico, Dora no dejaba de pensar en cómo debía ser el árbol fundacional y genealógico de los Sirvent, y por qué, pudiendo haberse dedicado a otras cosas, habían ido a parar al trato con aquel género empalagoso. Quizá había un ADN que condicionaba el acercamiento a la horchata, de la misma manera que ella estaba programada para alejarse de ese producto, y en un futuro más lejano tal vez se fabricarían maestros horchateros a partir de modificaciones genéticas, de la misma forma que ahora se manipula el trigo transgénico.

Los trayectos de vuelta al periódico después de cubrir algún acontecimiento, por publicitario y anodino que fuera, eran para Dora momentos de ebullición que estaba convencida de que se tenían que grabar. En aquellos ratos de cierto tono peripatético a causa de estar moviendo el esqueleto hacia algún lado, Dora escribía en su cabeza grandes titulares e inicios de artículos refitoleros que estaban condenados a perderse para siempre. Cuando llegaba a la redacción, se escurrían fregadero abajo, sin escrúpulos, y se daba cuenta de que nadie tenía ganas de escuchar la fabulosa historia de la saga fundadora de aquel refresco de leche vegetal. La actualidad iba bastante más cargada y movida que el terrón de azúcar que había de empaquetar como artículo para la revista ¡Vamos! Claro. Sólo faltaba que rellenara un cuadradito de espacio en blanco con la recomendación horchatera, las propiedades de la bebida y algún dato complementario del establecimiento. Sólo eso, sólo tenía que rellenar el espacio.

Dora sabía que su responsabilidad máxima era asegurar que al día siguiente el cuadradito en blanco que estaba a su cargo saliese con unos renglones rectos y limpios. El resto tenía poca o ninguna importancia. El ávido lector podría pensar que Dora sacaba las cosas de quicio, y que sólo tenía que escribir cuatro banalidades obvias sobre la horchata que, en principio, no darían para una extensa tesis filosófica. Pero Dora sabía que no, que no exageraba. Si sólo fuese la horchata...

Días después de que los renglones sobre el brebaje tirando a gomoso saliesen rectos y limpios, tal como habían sido proyectados, Dora revolvía unos papeles de la montaña mágica existente en su mesa de la redacción. De pronto, medio arrugado, salió un papelito con la anotación del teléfono de la Sirvent a la que había estado llamando varios días hasta que decidió acercarse en persona. Es extraño que por teléfono fuesen tan ariscos y, en cambio, cuando se presentó allí tuviesen una actitud tan amable. Repasó la anotación: «Sí, horchatería Sirvent, calle... ¿Qué nombre de calle dice que qué?» Ella había ido a la calle Sant Pau y la dirección de la nota era distinta. Vaya, era curioso lo de la dedicación en masa de los Sirvent a la producción de esa poción artesanal, pero puede que lo fuera más que dos horchaterías del Raval se llamasen exactamente igual y que estuviesen tan cerca la una de la otra. Suerte que los renglones de aquel cuadradito habían salido rectos y limpios.

DÈRIA. DERI

De regreso a casa, hay un punto en que el tren deja atrás el túnel de Sant Andreu Arenal y se dirige hacia la estación de Torre Baró y después hacia Montcada Bifurca. Dora se sabe de memoria el camino. Por la noche contempla los paisajes decadentes, las lucecitas de la autovía de entrada a Barcelona, las lucecitas de los coches, las lucecitas desvaídas de los barrios de la periferia... Parece que todo flotara. A pesar del cansancio, la oscuridad y la degradación, a pesar de que este paisaje queda donde Cristo perdió el gorro y que nadie se fija en él, Dora, en aquella hora de la noche en que vuelve agotada del periódico, pensando que debería cambiar de trabajo, ve un poso de armonía. Como si los coches que van y vienen, el tren que flota al lado de Torre Baró y Ciudad Meridiana, la gente que sale de la estación, el que introduce el billete apresuradamente para no perder el tren, el que salta la barrera de forma descontrolada para no comprar el billete, como si todos formasen un cuadro en movimiento, a punto de bailar un vals de los que salen en las películas de Sissi (la referencia no ha de extrañar; Dora había visto con su abuela, una y otra vez, toda las películas de Sissi, y cada vez que oía un vals de los que baila Romy Schneider, tiesa como un clavo, se emociona; cada uno tiene su propia idea de la armonía).

De la misma manera que hay barrios de periferia que caen al lado del pedigrí o del deterioro sin que se sepa el motivo, hay pueblecitos que, aun estando en una comarca de costa, parecen de montaña. Justo en un pueblecito de éstos estaba *can* Deri. El nombre de la casa tenía bastante fuerza para extenderse a sus inquilinos. Por lo tanto, en *can* Deri vivía Deri; su mujer, Dèria, y la hija, que heredaría el título de Dèria una vez muerta la madre.

Después de enviudar, Deri se volvió a casar, y por tanto los vecinos corrieron a darle la cerradura; es decir, se presentaron en su casa armados con todo tipo de cacharros que produjeran el suficiente ruido para que se aviniese a cumplir con lo que se consideraba conveniente en unas segundas nupcias: que trajese comida y bebida para el respetable vecindario. La primera vez cuentan que salió enfurruñado y les sacó unas jaulas de conejos llenas de cagarrutas; pero la

segunda ya tuvo que ceder. Con rituales como ése, el pueblo dictaba sentencia. Y de paso hacía enfadar a un hombre irascible y estrambótico que, con sólo ver el enorme cuerpo que paseaba, ya estaba destinado a ser un personaje. Y los niños se divertían abollando sin parar la cacerola que habían traído de casa. En ese pueblo, en la comarca de la Selva, que era el pueblo de la abuela y de la madre de Dora, existían muchos más nombres de sonoridades considerables: *can* Clic (la familia eran los Clics, formados por la Clica y el Clic), *cal* Truch (la Truca) o *cal* Sant (la señora, merecedora o no, era la Santa).

Todos los conocían por la Dèria, la Clica o la Santa, y sólo cuando se dirigían a ellos directamente los llamaban por el nombre de pila. Era una lógica que a Dora le había costado entender cuando de pequeña iba a pasar allí unas semanas en agosto. Sus vacaciones particulares. Sus padres, payeses, nunca habían ido de vacaciones. Lo más lejos que habían ido era a casa de los abuelos. Los demás niños se iban al *pueblo* de la familia, a Andalucía, Castilla o Extremadura, o a lugares más sofisticados, como al Ampurdán, o se iban de viaje.

Una vez que salieron a pasear, agarrada de la mano de la abuela, se encontraron a Dèria, que afilaba los ojos como si fuese una zorra, para apreciar mejor los cotilleos que siempre escudriñaba. De un año para el otro, Dora debía de haber pegado un estirón, y, al verla, Dèria exclamó: «¡Qué pollita más guapa!» Ella se ruborizó, pensando que en lugar de decirle «pollita» alargando la o hiperbólicamente, le podía haber dicho cualquier otra cosa. A partir de entonces, todos los veranos Dèria le repetía esta expresión, aunque apenas hubiese cambiado o hubiese crecido tan sólo un centímetro: «¡Qué pollita estás hecha!»

GILDA. LAS GALLINAS

Un domingo Dora se deja arrastrar para ir a comer a casa de unos compañeros de la redacción que viven en un piso modernísimo de Gracia. Como son una pareja hipster como Dios manda, en la sala de estar, al lado de un sofá construido por ellos mismos con palés de madera, tienen una figura de cartón piedra de Gilda, es decir, de Rita Hayworth, en el papel que la consagró en el cine. Dora enseguida piensa en la suya, en su Gilda.

Los motes, en un pueblo pequeño, pueden llegar a alcanzar un carácter mítico. Ése fue el caso de Gilda, que en realidad se llamaba Consol. Igual que la estrella de cine, la popularidad de Consol siempre estuvo por encima de la retahíla del resto de los nombres singulares que marcan hitos en esa geografía, el pueblo del abuelo por parte de padre, en la comarca de Osona. El nomenclátor popular es inagotable: el París de Noche, el Embustero, el Madriles, el Largo, el Turrone, el Paulinín, el Si por Acaso, el Tambor, el Brutus, el Pedro Trota, el Peonza...

En el caso que nos ocupa, el mito rural de la Gilda nació del erotismo evocado por la estrella cinematográfica, y que ella puso en práctica adaptándolo a su entorno y a las maneras propias del payés: entre masías, campos y corrales, jornadas de sol a sol, granjeros asfixiados o muy rudos y al mismo tiempo alucinados delante de unos pechos flamantes. No hacía falta que fuesen espectaculares –dicen que, de joven, la Gilda no era gran cosa–, pero la visión inédita, sumada a un punto de represión pervertida, podía fácilmente acrecentar el mito. De hecho, no se sabe ciertamente si tenía todos los méritos para encumbrar el nombre o si fue el mismo alias el que la encumbró a ella. Fuese como fuere, cobraba, claro. Entre otras hazañas, se cuenta que un chaval que no estaba en sus cabales le dejaba dinero en la puerta a cambio de que le enseñara los muslos. También cuentan que su marido corría a «hacer el amor» con los camiones que encontraba

tendidos en la era de las casas. «Hacer el amor con los camiones» es la expresión con la que los abuelos le habían contado la historia. Era la manera eufemística de explicar a una niña que aquel hombre se masturbaba con los camiones de las mujeres.

Pero vale la pena puntualizar que la grandeza y la semántica global del apodo no se acababa con la «Gilda» sino que continuaba con los «Huevos». Y es necesario detenerse aquí. Los huevos se refieren a los huevos de la casa de al lado que robaba día sí y día también. La acción, de tan reiterada y ruidosa, le valió un calificativo que duró años. Un día que llovía fue su perdición, la delación y el empujoncito definitivo para el particular Momento Estelar de la Humanidad en aquel pueblecito de Osona. Como solía, la Gilda se había acercado al corral de los vecinos, que quedaba justo debajo de su casa, para birlar unos cuantos huevos. Llevado a cabo el latrocinio, acudieron los amos y encontraron a las gallinas alborotadas y descubrieron, perplejos, que no había ni un solo huevo. Desde el día anterior no habían comprobado la producción de las gallinas ponedoras, y, por consiguiente, la deducción no necesitaba muchas luces.

La lluvia reciente dejaba al descubierto unas pisadas amplias, completamente distinguibles, que iban a parar a casa de la Gilda. Las pruebas eran tan concluyentes que de una parte a otra del pueblo, en la tienda, en el café y en sus partidas de dominó, en las eras, en los bancales con campesinos con la azada a punto, en todos sitios, se extendió rápidamente el acontecimiento gallináceo, y el apodo que requería tal acontecimiento se impuso en un tres, dos, uno... Correría como la pólvora y su conocimiento pasaría de una generación a otra: «la Gilda de los Huevos».

Alguna de las veces que había ido al pueblo, a Dora la había sorprendido una voz estridente, de clueca, con una sonrisa enorme y postiza que daba miedo de tan exagerada como era. Demasiado rojo en los labios, la piel tostada y endurecida, casi agrietada, unos ojos grandes y negros, atrincherados detrás de gafas ampulosas que acechaban de forma penetrante, desagradable. Era la vieja Gilda. Al principio más que nada le daba miedo. Parecía un personaje de cuento destinado a representar el papel del hombre del saco en versión femenina: «La Gilda de los Huevos». Era un nombre rimbombante. Su historia habría merecido llenar varias páginas de periódico, si hubiese existido alguno en aquel pueblo de Osona de los años cincuenta, y si, mientras tanto, no se hubiesen inventado las ruedas de prensa para hacer bulto. Ahora todos estos nombres se han quedado desvanecidos y sólo los puede leer Dora; sólo le sorprenden a ella, el día menos pensado, en un piso modernísimo de Gracia.

A través del relato de sus abuelos, se había introducido en un universo de personajes de cuento, que se asemejaban a zorras o afanaban huevos, un mundo remoto, lejano, que ya no existía. Un ecosistema que la gente de ahora consideraría exótico. De los payeses, le habían quedado las historias fuera del tiempo y del espacio, una arraigada conciencia de la diferencia, de los estratos sociales y sus apariencias, y una pose física un poco tarambana con la que zascandileaba arriba y abajo.

Cuando están a punto de empezar a comer ese tofu a la plancha –o a la cazuela o al vapor, no tiene ni idea–, Dora siente una soledad que no le gusta nada de nada.

EL ÁNGEL EXTERMINADOR EN LA DIAGONAL

Si hubo una película que marcó a Dora, no fue *Gilda*, sino, en verdad, *El ángel exterminador*. La vio el último año de carrera –aquel armatoste llamado Periodismo, que había elegido más por ánimo de descubrimiento que por otra cosa–. Por la misma época vio *Metrópolis*, y el efecto de

revelación fue completo, como si la hubiesen plantado delante de un espejo que mostraba todo lo que no había querido o no había podido entender hasta entonces.

Con *Metrópolis*, la ferocidad del sistema se le manifestó como una herida abierta, como el gajate de un pollo escupiendo sangre a borbotones: el martilleo de la repetición y la rutina productivas, el secuestro de ciudadanos sin alma, robóticos, de ojos empañados, que no conseguirán salirse de la fila, le retumbaron hasta el último rincón del alma. Con *El ángel exterminador* le quedaron enmarcadas, con fondo de papel de satén, floreado, las convenciones grotescas, las figuritas inútiles que dan vueltas sobre sí mismas, en el comedor donde permanecen confinadas. Mientras las figuritas no encuentran la vía para traspasar una muralla inexistente, aparece el conflicto, la crispación, el primitivismo latente en aquel puñado de ciudadanos aparentemente exquisitos y respetables y, sin embargo, tan autómatas como algunos de los muñecos de Fritz Lang. La conciencia de las cosas, que sólo se activa con un gesto primigenio de curiosidad, enmudece para los burguesitos de la historia de Buñuel, que no son capaces de explicarlo ni de explicarse hasta que salen de la fiesta como corderitos. Son corderitos, pero podrían haber sido perfectamente gallinas.

Llegó el día en que el ángel exterminador cayó sobre una carpa instalada en los Jardinetes de Gràcia, un poco más arriba de la Diagonal. A Dora le había tocado trabajar aquel fin de semana, una lotería que la podía llevar a cubrir cualquier evento. A menudo, por la simpatía que le profesaban los duendes de la extravagancia, le adjudicaban los más extraños. Esta vez le había caído encima la presentación de las maquetas de propuestas para reformar la avenida de la Diagonal. Un proyecto estrella que se diluyó en una capa espesa de humo y acabó centrifugando al PSC del gobierno de Barcelona después de treinta y dos años de mandar en el ayuntamiento.

En aquel momento Dora fue incapaz de ver al ángel exterminador encaramado sobre la carpa de lentejuelas levantada para convencer a los barceloneses de las virtudes de una gran reforma urbanística. El acto empezó tarde, con el tiempo justo para que la bestia abriese un agujero en lo alto de la estructura, donde desplegó la suntuosidad de las alas del pavo que desconoce las circunstancias de cómo pasará la Navidad y que por eso tiene prisa para aprovechar todos los preámbulos que le ofrecen.

El alcalde socialista Jordi Hereu y el teniente de alcalde escudero de la reforma y de la consulta que la había de refrendar –un trámite más, parecía– llegaron muy sonrientes al lugar de los hechos. Dieron un vistazo a los paneles informativos y a las maquetas con los trucajes estéticos de rigor, pasando por alto los puntos espinosos del proyecto. Y un pastelero presentó una mona de chocolate de la reforma.

El 78,9 % de los barceloneses que votaron en la consulta popular, que se llevaría a cabo en mayo de 2010, semanas después de aquel sábado en los Jardinetes de Gràcia, se negó a reformar la Diagonal. ¡Bum! Fue como si el delegado de la clase hubiese propuesto una aburrida y multitudinaria partida de damas –«Ya veréis qué bien nos lo pasamos, ¡venga, coleguis!»– y todos hubieran huido, pies para que os quiero, al patio, a jugar al fútbol, y lo hubiesen dejado allí, solo como un pasmarote.

Como en la película de Buñuel, el estado de conciencia de las cosas también se había declarado en huelga en los Jardinetes de Gràcia. Bajo la carpa hacía calor, cada vez más, y todo el mundo comenzó a sudar de esa manera que acaba siendo demasiado evidente y ridícula. Incluida la mona conmemorativa. Rodales en las camisas, mechones de pelos pegados a la frente, algún chorrillo por la mejilla, un huevo de la mona que amenazaba con rajarse... Ahora sabemos que era una señal. Discursos, preguntas, algunas risitas y palmaditas en la espalda, todo fantástico, «Ha

quedado bonito, ¿eh?». Pero nadie fue capaz de identificar el susurro de la bola de nieve que se iba haciendo cada vez más grande y que se abatiría sobre la carpa y haría trizas aquel decorado de cartón piedra.

Dora también sudaba y, diligente, apuntaba en la libreta, deseando que se acabase la pantomima, pensando cómo titularía y cómo rellenaría los renglones destinados a describir aquellas figuras del belén que todavía no intuían que se las llevaría un torrente monumental. Ella, no le importa admitirlo, no había captado los avisos meteorológicos que alertaban del fenómeno que se les venía encima. Después, una vez pasado, siempre había quien afirmaba, con aire de sabelotodo y visionario: «Ya se veía venir.» Aquel día Dora sudaba, tenía sueño y, parapetada entre las maquetas forzosamente esquemáticas, como dibujitos para niños, sin ganas de probar la mona de Pascua que también transpiraba, se sentía enjaulada, y quería huir de aquella escena. En algún momento levantó la cabeza. ¿Llegó a vislumbrar algo similar a un ángel exterminador? Mentiría si dijese que sí. Ella sudaba, como los demás, de forma bastante risible.

Todo el mundo actuó como si no sintiera la incomodidad que causaban los vestidos demasiado ajustados, los zapatos pequeños, el proyecto sacado, como un conejo, de la chistera. Y nadie debía de sentirla, porque, verdaderamente, autoridades y acompañantes actuaban como si la reforma urbanística, desplegada con paneles multicolores, fuese exigida a gritos, como si no existiese otra opción, como si «es tan obvio que Barcelona necesita esta reforma, ¡dónde va a parar!». Era exactamente igual que los burguesitos que no salían del comedor de Buñuel: aquel gobierno del PSC daba vueltas a la idea obsesiva de un proyecto superstar, otro proyecto superstar que lo propulsara a otro triunfo electoral, y se iba liando, liando, hasta que la madeja ya iba de un extremo a otro de la Diagonal, iba y volvía... Hasta que el ángel exterminador habló claro.

LA COMIDA

Domingo plácido. Aprovechando los primeros rayos de un sol de primavera que ya quiere ser verano, Dora comerá en el balcón. Sus padres le cedieron esta casa por un módico alquiler. Queda lejos del centro de Llerona, y da a otros patios vecinos de la parte de atrás de las casas, con los que forma un espacio cerrado. Entre todos, configuran un puzle de terrados ruidosos. En mayor o menor grado se oye el rumor que viene de las otras viviendas. Pero hay una que siempre destaca en las comidas familiares de los domingos, como es el caso. Los Sanguinet se reúnen alrededor de una mesa, comen y gritan, como quien hace un ejercicio gimnástico recomendado por el médico. «Una vez a la semana, darse un atracón y, si es posible, un enfado para desahogarse y pegar cuatro gritos.» Y como se fían del médico y no quieren contrariarlo, normalmente gritan.

Justo cuando Dora ya ha dado cuenta de la comida (un pollo asado, cuatro patatas de churrería y dos copas generosas de vino) e intenta echarse una siestecita bajo el sol agradable, la despierta un estruendo súbito de improperios. Hoy los Sanguinet —el apellido, obviamente, tiene que tener algún eco italiano— han invitado a los abuelos y a un tío abuelo. Hablando claro, son una buena pandilla: el matrimonio de ancianos, el tío abuelo, el hijo, la nuera y dos nietos adolescentes. Tampoco se descarta que se haya añadido algún primo.

—Hombre, no lo haga, noooooo, aquí en la mesa no lo haga; le hemos repetido hasta la saciedad que en la mesa noooo —diversas voces femeninas que se quejan y se superponen.

Cuando Dora, sacudida por la barahúnda, intenta imaginar qué podría ocasionar esa reacción

en cadena (¿hacer pelotillas?, ¿mirar el móvil?, ¿un escupitajo?) y quién ha sido la mano ejecutora, el hijo Sanguinet explota. La palabra lo dice exactamente. Como un volcán, con una previa de gruñidos que preparan el terreno y la subida de presión –hay que imaginarlo con el rostro encendido–, el hijo Sanguinet profiere una ristra de improperios en *dolby-surround*, con altavoces de última generación y casi sin pausa para tomar aire. Seguro que se le oye desde la calle. Dora tiene sobre la mesa *El oficio de vivir*, para ver si consigue retomarlo en algún momento, una segunda oportunidad, pero evidentemente ya es demasiado tarde. Pavese se queda para otro día. Está visto que no tiene suerte y que el sosiego de un mediodía dominical, propicio para la lectura, se ha ido al traste en un plis plas. La erupción del hijo Sanguinet comienza así:

–¡Grrrrrr...! –sería el gruñido y la adquisición progresiva del tono rostroencendido–, pero ¿por qué lo hace, hombre, por qué lo hace? ¡Por su culpa cada vez tengo un follón en casa, tío! ¿Por qué lo hace, coño!

Primera incógnita desvelada: el tío abuelo es el motivo de su ira y, en último término, algún gesto inadecuado el causante de un conflicto o colisión del hijo con su mujer. Aunque no puede verlos, Dora se imagina al hijo Sanguinet con los ojos desorbitados y una vena en peligrosa erección. La hipotética recomendación médica que prescribía un zafarrancho semanal seguramente ahora le aconsejaría una tila o una valeriana. Al tío abuelo no se le oye.

Después del griterío sólo se oyen unos murmullos geriátricos achacosos, ininteligibles. Parece que todo el vecindario hubiera dejado de comer y se hubiese quedado paralizado con el tenedor en la mano, incapaz de acercarlo a la boca correspondiente. Dora teme que, de un momento a otro, alguien se levante de la mesa, tire la servilleta y exclame, con aire dramático: «¡Por Dios, es que ya no se puede ni comer tranquilo!»

Pero nadie dice ni pío, y se instaura un silencio tenso, en cierta manera desconcertante por el alboroto, que esta vez ha sido de los gordos. Tampoco sabe con certeza si los Sanguinet han hecho del bullicio su hábitat natural: la alta subida de decibelios como necesidad imperiosa, su manera de ir tirando. Por cavernícola que sea, ¿puede ser un modo de vida como otro cualquiera? La escena le recordó una frase de su abuela, que era una mujer llena de sabiduría: «Hay gente que parece que disfruta gritando y peleándose.»

El ligero repiqueteo de tenedores y cucharas en casa de los Sanguinet y en las otras casas de alrededor sugiere que todo el mundo ha retomado la comida, que ya se ha acabado el estado de choque. Cuando parece que vuelve una calma aparente, incómoda en cualquier caso, la nuera no puede evitar soltar un comentario que tenía dentro; si no lo soltaba se le atragantaría la comida. Lo ha de lanzar:

–Con el asco que sabe que me da, ¿por qué ha de quitarse la dentadura mientras comemos, en medio de la mesa? –El tío abuelo no llega a responder. Sólo se oye un sorbo de sopa.

DOVLÁTOV EN LA CABALGATA DE REYES

Su padre había pillado la cabeza de una gallina con la puerta. Cerraba el corral, que en realidad es una habitación habilitada de una casa vieja, que había proporcionado unos flacos alquileres –nada que ver con una airosa masía catalana, sino una construcción hecha de repliegues y añadidos maltratados–, cuando notó una resistencia, forcejeó de mala manera y la maniobra resultó definitiva.

–Al cerrar la puerta le ha pillado la cabeza y se ha vuelto loca –le informó la madre, cuando la

llamó por la noche, a la vuelta del periódico, después de cubrir un año más la cabalgata de Reyes.
–¿Loca? Más bien debía estar agonizando...

–No, que se ha vuelto loca, loca, muy grillada. Imagínate que yo estaba en casa y desde allí oía que hacía unos cloooooocs, cloooooocs. Claro, al final tu padre ha tenido que matarla. Dime tú qué iba a hacer si no.

Intentaba imaginar cómo debe de comportarse una gallina que de pronto, con el golpe de una puerta, se vuelve loca. Y cómo debe de ser la reacción de las otras, que quizá han presenciado el tirón gratuito y desagradable del amo del corral. Debe de ser la estampa más parecida a la de un pato corriendo, degollado, después de escaparse de un corte mal dado. En ese caso, la culpa, que siempre la tiene quien la siente, fue del ayudante, es decir, de Dora. Su madre le había pedido que le sujetase el pato que iba a matar. Eran las últimas estampas de un mundo de payeses en vías de extinción o de conversión en otra cosa que tendría poco que ver con lo que había sido: en casa, el padre iba a trabajar a la fábrica, la madre cuidaba de los abuelos y conservaban unas pocas aves y un huerto para consumo propio y para ganar cuatro duros más. No puede decirse que les sobrara el dinero.

A menudo Dora había sujetado el gznate de los pollos cuando su madre los tenía que matar: un buen tajo, toda la sangre fuera y el inicio del ritual de escaldarlos y desplumarlos. La sangre a borbotones, inundando el pelaje marrónáceo, tenía algo de espectáculo. No es que le resultase repulsivo, más bien era lo que era y ya está. En el mundo de los payeses no hay muchos cumplidos estéticos. Al lado de la mayoría de los niños de la escuela, que no habían visto jamás en vivo y en directo un pollo ni un pato, Dora se sentía como una heroína cuando contaba los detalles de la crianza y muerte del averío.

Su pueblo estaba a poco más de media hora de Barcelona, pero en un visto y no visto los polígonos industriales habían arramblado con todo. Cuando Dora nació, el cemento se había comido al campo. Como suele pasar en estas ocasiones, el cemento había fraguado, también, en las azoteas de algunos ciudadanos que miraban con aire de perdonavidas a los cuatro payeses que quedaban. «Pobretones», decían con pose de suficiencia. De rebote, Dora también había notado las miradas de los perdonavidas. «Los hay que se han vuelto finolis, ahora», soltaba su madre, cuando ya habían pasado e iban tres o cuatro metros más allá.

Cuando tocaba matar un pato la escena era muy distinta de la de un pollo: la sangre sobre el fondo totalmente blanco y aquel parentesco lejano con los cisnes impresionaban más y le producían arcadas preventivas. Hay otra cosa con la que no había contado la primera vez que sujetó el gznate de un pato: es mucho más fuerte que un pollo. La madre le asesta el corte seco, el pato se viene arriba, ay, lo que cuesta sujetarlo, aguanta, no lo sueltes, vuelve a chillar, que no se escape ahora, pero el pato resiste, se remueve, no para de aletear y finalmente se le escapa de las manos y se produce la imagen terrorífica, fantasmal: el pato corriendo como un loco, sin cabeza, un buen trecho. Dora, paralizada. La madre detrás del pato, chillando. La gallina enloquecida por el portazo debía de haber provocado, en definitiva, un efecto parecido al revuelo de aquel día.

Con el averío descabezado se había olvidado de la cabalgata de Reyes que había tenido que cubrir para el periódico y sobre la que tenía que escribir por cuarto año consecutivo. Volvía hecha polvo, con dolor de pies y de cuello, harta de mirar hacia arriba las carrozas reales y hacer kilómetros entre familias con niños embelesados y presenciar las peleas para coger caramelos. Sí, era una periodista especializada en cabalgatas de Reyes, carrozas reales, kilos de caramelos, algunos para celíacos, y muchas novedades musicales y visuales.

Se sabía todos los pasos de memoria y todos los años tenía que escribir como si fuese una

novedad: la llegada de los Reyes con el pailebote *Santa Eulàlia* al puerto de Barcelona, la multitud de niños con los padres que compiten para conseguir el mejor sitio, sale el séquito real, bajan los tres Reyes (oh, mira cómo envejece el rey negro, ya tiene el pelo blanco; el eufemismo de «los otros dos me recuerdan a no sé quién»); el discurso del alcalde (que pide a los Reyes que saquen a Barcelona de la crisis, blablablá y les entrega la llave de la ciudad) y entonces toma la palabra uno de los Reyes. El panorama era tan ñoño como cien mil gallinas tartamudeando, todas a la vez y sin interrupción.

Dora, además, tenía que convivir con una ironía inusitada que la fustigaba cada noche del 5 de enero: sus padres no la habían llevado nunca a la cabalgata de Reyes –estaban muy ocupados, los trabajos en el huerto y en la fábrica, los abuelos que cuidar, la cabalgata la veían por la tele...–; hasta los treinta y dos años no fue con sus padres a una cabalgata y, en honor a la verdad, fue ella la que los llevó. Fueron a la cabalgata del pueblo para que se entretuviesen un poco. El padre, un payés hurraño y envarado que debía tener cuidado con el azúcar, cogía los caramelos del suelo.

Ya fuera por estas credenciales infantiles o por algún otro motivo insólito, Dora siempre había tenido problemas para recordar el nombre de los Reyes. En su casa siempre fueron el Negro, el Rubio y el Blanco. En su casa solían reconocer las cosas por el detalle del colorido: el arroz naranja, el melón rojo, las alubias marrones... Y todavía le dura.

El discurso de uno de los Reyes, quizá el Rubio, le solía revolver bastante el estómago: «¿Os habéis portado bien? ¿Seguro que no habéis desobedecido a vuestros padres? ¿Habéis sido buenos hermanooooos?» ¿Por qué tenían que preguntar todo eso? No era un asunto que se pudiese dirimir en una sola respuesta, ni en medio minuto en la falda del rey ni con la entrega y resumen de una carta con prioridad y urgencia para las peticiones. Cuando se acercaba Navidad y la familia le empezaba a preguntar inquisitivamente, Dora intentaba disimular el recuerdo de aquella patada que, conscientemente, le había asestado en toda la tibia a su hermano.

En Barcelona, después de los discursos, los tres Reyes recorren un pasillo inacabable para salir del puerto, niños que les entregan cartas, el servicio del ayuntamiento que se esfuerza para que no se forme un atasco, fotógrafos que se apretujan para tomar alguna instantánea original (¿original?!).

Aquel día la habían acompañado, del bracete, Dowlátov –a esa hora de la tarde ya un poco tocado por la bebida– y su fotógrafo habitual, Jbáňkov –quién sabe si en peor estado–. Haremos las presentaciones pertinentes. Serguéi Dowlátov era un escritor y periodista ruso, autor de novelas y relatos que son como un puñetazo, descarnados, efectivos y secos. Era del grupo de Joseph Brodsky, aunque también del grupo de los patibularios más diversos. Dowlátov se fue de la URSS, hastiado, a Nueva York, donde vivió los últimos once años de su vida, hasta 1990, en que murió, destrozado por el alcohol.

Durante la cabalgata hacía frío, pero ése no era el motivo de convocarlo. La razón principal era que Dowlátov había tenido que escribir sobre historias bastante más esperpénticas que la cabalgata que tenía que cubrir Dora. Tuvo que crear noticias propagandísticas para diversos periódicos de Estonia, justo antes de que lo expulsasen del Sindicato de Periodistas, y se había reído de ello: en *El compromiso* cuenta el trasfondo de la verdadera historia, una historia a menudo rocambolesca y asombrosa; primero, muestra la nota informativa, y después, la auténtica realidad desgarrada y abismal que esconde. En alguno de estos relatos le acompaña Jbáňkov, que ahora acababa de ofrecerle a Dora un trago de la petaca de vodka que siempre lleva encima. Pero Dora no se había sentido con fuerzas. Si lo hubiese hecho, está segura de que habría vomitado todo el aguardiente sobre la alfombra de niños embobados.

–Perdone –dijo Dowlátov–, tendría que hablar con alguien. Tomar notas.

Con las manos entumecidas, una de las cuales sostenía la libreta de la *mala llet(ra)*,¹ la otra el boli, Dora iba anotando las curiosidades insulsas, de vuelo gallináceo, de todos los años. Dowlátov preguntaba: «¿Desde cuándo está aquí?» La madre respondía ufana detallando la heroicidad de esa tarde para estar en primera fila y garantizar un futuro mejor a su hijo. Al lado estaba el clásico hermano mayor que quería aguarle la fiesta al más pequeño de la familia. Otros padres no paraban de gritar, qué manía de gritar cuando no pasaba absolutamente nada, cuando todavía faltaba un rato para que llegase alguien. Con estoicismo admirable, el jefe de prensa del ayuntamiento procuraba tener bajo control la jarana de empujones entre fotógrafos, cámaras y radios.

Serguéi arrugó la nariz ante las coronas que los tres magos llevaban encasquetadas en la cabeza. «Parecen un pavo hinchado, una loca del Paralelo, aquella prostituta pintarrajeada, gordinflona y artrítica que se pasea por el Raval, una vedete indescifrable de los alrededores del Camp Nou.» «He tardado un rato en escribir estas metáforas», puntualizó Dowlátov.

En *El compromiso*, Dowlátov cuenta que un día lo enviaron, junto con Jbánkoy, a un homenaje a los prisioneros antifascistas que era, en realidad, una farsa que acabó complicándose. Cuando le dan un ramo al fotógrafo, éste replica enérgicamente que no es tal, que en realidad aquello es una corona. Eso es justamente lo que había sentido Dora en la puñetera cabalgata de Reyes, lo que había estrechado aún más su fraternidad con Dowlátov, el fotógrafo y los acontecimientos poco informativos que iban a «cubrir» una noche de invierno. ¿Cubrir? ¿Por qué se ha de «cubrir informativamente» una cabalgata de Reyes y gastar papel de periódico, que aseguran que es tan caro, para publicar al día siguiente una crónica, cuando ya no tiene ningún sentido leer cómo ha ido la cabalgata? Si hubiese ido mal, habría corrido la voz y los niñitos del país quizá se habrían dado cuenta, ¿no? Eso le parecía una de las cosas más absurdas entre las que acarreaban alegremente los diarios, como si todavía fuesen periódicos de principios del siglo XX. ¿Sólo veía ella estas rémoras de las rutinas periodísticas?, se preguntaba Dora cuando la mano derecha, enfebrecida, se le empezaba a agarrotar. «Más rutinas que periodísticas», murmuraba, de mal humor, mientras Dowlátov, a su izquierda, le daba un lingotazo al vodka; a su derecha, veía desvanecerse, amuermado y fatigado, el fantasma de su infancia, el de la patada a su hermano.

Dowlátov y Jbánkoy vivieron en aquella URSS que fue una ostentosa farsa, a la que no todo el mundo estaba invitado. Quizá sólo hacían de comparsa, que es como hacer de pueblo, de gallina o de árbol en las obras de teatro de la escuela. Un relleno, por tanto, al que no se otorga ninguna conciencia ni curiosidad para captar el mundo. Más bien se prefiere que no las tengan o directamente los privan de tenerlas. En los últimos años, en España, en Europa, ni los banqueros ni los políticos enviaron ninguna invitación a su fiesta. Más tarde, para quien, sin saberlo, tenía el papel de árbol o de gallina en aquella opereta, quedarían los estragos de la hecatombe económica y de la práctica del cinismo masivo. La tristeza de la fiesta de Dowlátov, su tristeza infinita, es nuestra tristeza, los hilos de plastilina burocrática que taponan las vías del funcionamiento diario. También las vías de escape. Dora ya tenía el título para la crónica, que haría las delicias de algún lector ignoto, entre regalos recién abiertos y el revoltijo de papeles: «Ilusión intacta».

¿Podía haber sido *ésta* la gallina que se volvió loca de un portazo dado con demasiada maña? Nunca lo sabremos, pero en cualquier caso seguro que el ángel exterminador de Buñuel la cogería al vuelo, se la llevaría hasta lo alto de la carpa de las maquetas de la Diagonal y bailarían un vals

con ella. Al fin y al cabo, los dos tienen alas. Quizá si la familia Sanguinet hubiese presenciado el forcejeo con la puerta, se habría lamentado así, profiriendo al unísono esta queja: «¡Hombre, aquí delante no lo haga, que ya sabe que nos da mucho asco!» Quizá la teniente de alcalde democristiana, en un acto de caridad inconmensurable, se levantaría de la silla para comprobar el verdadero estado de la gallina. Quizá Dèria, la hija de Deri, acercaría a un palmo de sus ojos de zorra el animal aturdido y exclamaría: «¡Que pollita estás hecha!» Quizá la Gilda se escabulliría hasta el corral para comprobar si la gallina grillada había tenido tiempo de poner algún huevo. Quizá, en su lugar, encontraría la mistela y unos trozos de turrón de Sirvent, que los niños habían dejado esperando la llegada de los Reyes. ¿Podría haber sido ésta la gallina tarumba que había ido dándose cabezazos en las puertas? Una gallina pinta pipiripinta gorda pipirigorda pipiripintiva y sorda tuvo seis hijos pintos pipiripintos gordos pipirigordos pipiripintivos y sordos; si la gallina no hubiese sido pinta pipiripinta gorda pipirigorda pipiripintiva y sorda sus hijos no hubiesen sido pintos pipiripintos gordos pipirigordos pipiripintivos y sordos.²

DUBLÍN CON GALLINAS

Las gallinas forman parte del paisaje de la casa de los padres de Dora. Los huevos que consume son de allí. Los animales no le provocan, por tanto, ninguna extrañeza, porque de una manera o de otra siempre ha convivido con ellos. Sabemos que sus escasas dotes teatrales la habían llevado a hacer de «pueblo», de árbol o de gallina en los festivales de la escuela, hay pruebas documentales, papeles que en ninguno de los casos habían colmado sus aspiraciones infantiles. Y, más concretamente, podríamos convenir que Dora arrastra cierto trauma no digerido por este papel de gallina que le había sido otorgado de pequeña y por todas las resonancias poco piadosas que comporta.

Más datos. De pequeña, en el pueblo de veraneo, la afirmación que le dirigía Dèria —«Estás hecha una pollita»— incidía en aquel malestar mal digerido, además de que le parecía una expresión de un mal gusto intolerable. También sabemos que el día que cubrió la cabalgata de Reyes para el periódico, acompañada de Dovlátov, precisamente ese día, ocurrió que su padre pilló la cabeza de una gallina con la puerta del cercado. Es un detalle que podría parecer irrelevante, pero que fue la gota que colmó el vaso, después de la tarde que había pasado detrás de los reyes Negro, Rubio y Blanco.

Conocemos estos y otros acontecimientos gallináceos ocurridos recientemente en su vida. Pero hasta ahora ninguno de ellos había tenido un interés lo suficientemente elocuente para establecer una relación con los otros. Hasta ahora todos esos hilos sueltos giraban sobre sí mismos, mirándose el ombligo, sólo movidos por la fuerza del absurdo, del sinsentido que es admitido con naturalidad en la comedia diaria. A la hora de entrar en la discoteca, al absurdo nunca le piden el carné. Le hacen reverencias, le dan invitaciones y palmaditas en la espalda. En cambio, el grupo terapéutico con el que había tropezado en el tren, el grupo que, sin subterfugios, sería identificado como de pequeños chiflados, aquella pandilla de pasajeros que interrumpieron *El oficio de vivir* que Dora no ha podido retomar, carga siempre con una etiqueta. Son etiqueta. Completamente identificable y nítida. También estigma. Pero ¿quién es más estafalario, el diagnosticado que habla sin tapujos ni eufemismos o el que se pone un disfraz social solvente y pasa por la acera de lo que es aceptado como normal? ¿Y por qué el que es diferente, el que va por otro camino, es señalado y difícilmente sus dotes son vistas como una oportunidad? Al contrario, la oportunidad

es siempre la identificación con el rebaño de ovejas, poder salir de un comedor como en la película de Buñuel. Un cuadro para enmarcar en la vida de cualquier corderito.

Las estupideces del trabajo y del vecindario, los temas insípidos de los que tiene que escribir, la falta de sal y pimienta que encuentra en cualquier material de su entorno conducen a Dora a inventarse un viaje a Irlanda para el verano. «Me voy a inventar un plan para escapar hacia delante», cantan los Standstill. Sin haberlo premeditado, el viaje consigue que deje de mirarse el ombligo o, como mínimo, que deje de hacerlo con la fruición obsesiva con que lo hacía hasta entonces. Para empezar, levanta la cabeza hacia el tapiz verde que no tiene fin. Bueno, puede que exagere un poco, porque enseguida se ve Dublín. «Enseguida se ve.» Ésta es una frase viajera que actúa de latiguillo en las conversaciones sobre las ciudades visitadas. En el momento más insospechado puede deslizarse un «enseguida se ve». Tiene la misma función que el latiguillo no pedido que le colocan a Dora precisamente a la vuelta, cuando alguien le comenta que es mucho mejor Edimburgo que Dublín:

—¡Oh! Por supuesto, a mí me gustó más Edimburgo, pero con diferencia.

Dora la mira con cara de póquer. Con gusto le habría soltado: «Y a mí qué me cuentas, ¡tontalculo!» Es un impropio recurrente en boca de Dora.

Pero dejemos las frases hechas de cartón. Una vez que han visto Dublín —plural que incluye a su pareja del momento, Ricard; no le gusta hablar de sus parejas, a nadie le importa, pero están profundamente enamorados—, un mediodía se pierden por unos callejones lejos del centro. Y ¡oh, Dios de las casualidades!, van a parar a la Chemist Sweny, la farmacia Sweny, en Lincoln Place. «Los farmacéuticos rara vez cambian de sitio. Aquellos tarros verdes y oro son demasiado pesados de mover.» Es una tienda llena del imaginario Joyce: libros, traducciones, cartas, objetos, símbolos y fotografías del escritor: el James niño, el James adolescente, el marido, el que apenas ve, el viajero, el errático, el que anda escaso de dinero, el avisado, el cargante, el cosmopolita, el genio, el invertebrado, el venerado... Todo está allí, amorosamente colocado como si fuera un santuario-sala de estar-farmacia de barrio, y, detrás del mostrador, Murphy. Corbatín fino, una mata de pelo blanco con un mechón que le cae hacia delante, ojos azules diminutos pero llamativos, mayor de lo que parece, formas exquisitas, expresivo con las manos, casi con una gestualidad femenina, bata blanca como si estuviese dispuesto a vender y aconsejar, voz afable... El pelo algo alborotado deja al descubierto, de vez en cuando, un trozo de coronilla reluciente. Cecea un poco. Puede saltar del inglés al francés *sans aucun problème*, cosa que alivia a Dora y a su inglés a veces macarrónico. Tiene un hijo en París y otro en Barcelona. Efectivamente, es de esas personas que enseguida te cuentan su vida, quizá para mostrarse próximo. También es de esas personas con parecido a un animal: Murphy tiene algo de anfibio.

A Dora y a su acompañante les fascina una traducción del *Ulises* al catalán, muy a la vista en el mostrador. Le echan una ojeada a la cubierta y deciden no caer en el agujero económico que supondría comprarla. Murphy les explica qué es toda esa puesta en escena. Una asociación de fanáticos de Joyce conserva ese establecimiento tal y como aparece descrito en el Bloomsday (tampoco es que lo describa mucho, es más un aire de época), para difundir y rendir honores al venerado escritor, que aparece en todas las rutas, guías, carteles, tiendas, souvenirs..., en cada esquina de la ciudad. Es muy curioso que un escritor que de adulto vivió tan poco en Dublín fuese quien elaborase un retrato más afilado, un catálogo de postcarditas de un belén de lo más preciso, que se toma como canon indiscutible, la medida de lo que es auténticamente dublinés. Además de un antes y un después en la literatura universal, claro.

Con todo el ambiente densificado, la Sweny's Pharmacy quiere reproducir el establecimiento

relatado por Joyce y rendir homenaje a su figura, convertida en dios pagano. Es un altar literario. «El farmacéutico pasó hoja tras hoja. Un olor arenoso y marchito parece que tiene. Cráneo encogido. Y viejo. Búsqueda de la piedra filosofal. Los alquimistas. Las drogas te envejecen después de la excitación mental. Letargia entonces. ¿Por qué? Reacción. Una vida entera en una noche. Poco a poco te cambia el carácter. Viviendo todo el día entre hierbas, pomadas, desinfectantes.»

Pero todavía hay una demostración más fehaciente de la huella de Joyce. La certificación de los pubs rigurosamente auténticos recibe el nombre de Awards Joyce, lo que tiene su lógica teniendo en cuenta que en tres cuartas partes del *Ulises* sus figurillas se lo pasan bebiendo. En O'Connell Street, el cogollo de Dublín y del turismo, un pub rivaliza, muy de cerca, con dos Burger King. Provisto de la correspondiente iluminación tenue y la madera oscura, luce la placa del Awards Joyce, donde consta que aquél es uno de los pubs más genuinos y auténticos, por el ambiente y por las características físicas, que pueden encontrarse en Dublín.

«James Joyce identificó y describió el característico ambiente de un pub irlandés con tanto éxito que los personajes de *Ulises* pueden ser ficción, pero la obra está basada en multitud de formas de vida y de personas que Joyce encontró en pubs como éste. El establecimiento mantiene inalterados una serie de rasgos que Joyce inmortalizó en sus obras y es un auténtico pub irlandés porque conserva lo genuino del ambiente, la amistad y la buena compañía.» Esto reza en la placa, aunque en *Ulises* las descripciones están más dedicadas a las borracheras de sus personajes que al interiorismo de los locales donde las cogen. ¿Qué pensaría Joyce, el escritor que en París las pasa canutas y escribe a su hermano renegando de aquel Dublín chato y raquíptico, de este oportunismo?

El Joyce atractivo turístico, el Joyce barómetro para todo, el Joyce inicio y final del punto kilométrico, ¿aporta algo a su obra? ¿O más bien se burla de ella y la vacía de contenido? Cuando Joyce es todas estas figuras de consumo o delirio masivo, ¿es aún útil para la literatura o sólo es un objeto de consumo y delirio masivo? Igual que hay quien escoge el manga como pretexto de entretenimiento, ¿puede que haya quien escoja Joyce para salir adelante? ¿Qué pensaría el escritor dublinés de esa sarta de inventos joyceanos de los que se atiborra la ciudad? ¿No se mearía, también, encima? ¿No se mearía sobre el canon que, a pesar de él, parece haberse erigido sobre las auténticas formas de vida dublinesas, que sólo podían remitir al siglo XX, que es cuando las conoció y las describió? ¿Por qué el interés sólo se pone en su descripción, que se circunscribe a principios del siglo XX...? ¿No es ésta otra perversidad del canon? Todo esto no se lo pregunta de golpe Dora, sino en los días y semanas siguientes, pero ahora lo ha querido concentrar para descubrir su propia gran paradoja.

Dora se pregunta todo esto, pero, en realidad, ahora mismo no ha leído casi nada de Joyce. Comenzó el *Ulises* una vez, pero enseguida desistió. En la universidad había tenido que leer *Dublineses* y no se acordaba casi de nada, quizá del cuento aquel de los muertos, aunque ahora, delante de Murphy, que conoce totalmente y a fondo la literatura anglosajona, prefiere no admitirlo e incluso disimularlo. Y se refugia en algunas ideas vagas, algo leído furtivamente en la Wikipedia en un rato de aburrimiento en la redacción, los últimos días antes de tomar las vacaciones y volar a Dublín. Con esas ideas difusas, mal digeridas pero efectivas, ya le va bien. De hecho, ¿no es justo eso, muchas veces, la práctica periodística? De acuerdo, en estos momentos no es más que una periodista especializada en cabalgatas de Reyes, y en principio esta premisa no parecería dar demasiado crédito ni solvencia de cara a mostrar una supuesta capacidad analítica que resultase admisible. Sin embargo, aunque sólo fuese intuitivamente y llevada por un enraizado sentido de

observación del entorno, Dora tiene todo el derecho a pensar que la práctica periodística funciona, totalmente aceptada, a partir de cuatro cosillas. De trapillo, como se diría de forma clásica.

Sea como fuere, adaptando a la irlandesa este patrón, Dora se ha plantado en una tienda-santuario de Joyce, haciéndose la entendida sobre el escritor irlandés y con esa actitud impostada de quien no sólo se interesa sino que reconoce, como si las tuviese en el comedor, todas las piezas expuestas allí. Por tanto, con esta retahíla de hechos y actitudes, Dora y Ricard no pueden rechazar la invitación de Murphy para asistir, por la tarde, a la lectura del último capítulo de *Finnegans Wake*. Puede estar bien, ¿verdad?, se dice la pareja convencida de que ha encontrado la nota de color que les hacía falta en su viaje.

El resto del día hasta las cinco de la tarde, hora de la lectura, lo pasan inquietos, esperando aquel acontecimiento que en su imaginación empieza a agrandarse y ya tiene un aire casi mágico, de sesión chamánica dedicada a venerar a Joyce e iluminar sus sombras más misteriosas. Una sesión donde todos los enigmas alrededor de Joyce serán desvelados, en la que Murphy será el chamán iniciador que mostrará, clarividente y exacto, el verdadero signo de la obra de Joyce y, a la sazón, de un Finnegan al que Dora no tiene el gusto de conocer.

Dora ya se imagina a Murphy como un médium sacramental entre la obra y los lectores escogidos que pasarán la tarde en la Sweny's Pharmacy. Ya se ve volviendo a casa convertida en una especialista en Joyce, lo que la llevará a cambiar los artículos sobre cabalgatas de Reyes y notas de agenda cultural por otros en los que expondrá de manera original y afinada, bajo una nueva perspectiva hasta ahora inédita, las claves de *Finnegans Wake*, de *Ulises* y de los diversos estratos de lectura. Esta tarde lo puede cambiar todo, elucubran Dora y Ricard. Acabará trastocando las realidades, sí, pero por fortuna no estrictamente como ellos se imaginan.

Diez minutos antes de las cinco de la tarde, la hora acordada, ya están delante del establecimiento para empezar a captar el ambiente que se respirará. Esos diez minutos, sin embargo, sólo sirven para desmontar, pieza a pieza y de manera inapelable, todos los castillos de naipes que han conjurado durante el día. De golpe y porrazo, se dan cuenta de que no han reparado en una eventualidad que puede adquirir un significado manifiesto: ninguno de los dos ha leído una página de *Finnegans Wake* ni tienen la menor idea de qué va. Y, por otro lado, existe una cuestión aún más importante: no se han preguntado quién hará la lectura. Por esta razón el desasosiego va creciendo hasta que traspasan el umbral de la tienda y se percatan de la presencia de un pequeño ejército lector y amante de Joyce, sentado, bien posicionado, con un volumen de *Finnegans Wake* preparado, en las manos. Lo van releyendo de manera concentrada, bajo la mirada atónita y aturdida de la pareja que, de entrada, ha llegado ungida de esperanza.

Ya hay ocho personas, y a Dora y Ricard les tocan las dos únicas sillas vacías, que son precisamente las que quedan más lejos de la puerta, al otro lado del mostrador, casi en la rebotica de la farmacia. Ven por todos lados un desaliño notable que hace que se sientan incómodos e inmóviles en la posición donde han quedado parapetados. Miran alrededor con cara de pánico. A la derecha de Dora se sientan dos jovencitas alemanas recién llegadas a la ciudad, que tampoco parecen dispuestas a leer. Eso la alivia. ¿Quién las habrá embaucado? Da una ojeada al último capítulo del libro, que es el que leerán en esta sesión. Viendo lo largo que es, seguro que sólo leerán una parte, piensa.

Pasada la ronda de presentaciones personales, siempre ridícula y próxima al grupo de autoayuda, Dora y Ricard se dan cuenta enseguida de la magnitud de la tragedia. Una lectura pesada, monótona, cada uno siguiendo su turno y vuelta a empezar, esto va en serio, van a leer el último capítulo entero... Es una barbaridad...

Dos horas de lectura. Dos horas allí como clavos. Dos horas sin entender nada. Si *Finnegans Wake* ya no se entiende de por sí, en inglés podría decirse que aún menos. Dos horas siguiendo líneas rectas sin sentido alguno. Dos horas de pensar, ahora sí que lo entiendo, ahora parece que lo cojo, y la frase acaba en un principio o en un precipicio o sólo es una palabra inventada, aunque suena un poco más cercana porque su raíz es identificablemente latina. Pero sólo es eso, un invento que provoca una sonrisa con alguna salida semántica, o bien alguna sonrisa que imita una sonrisa de otros, para conseguir formar parte del ambiente del grupo y que flote un poco la empatía. Sólo es eso.

–¿Qué hacemos? ¿Y si nos vamos? –dice Dora.

–¿Ahora? ¿A la mitad? –duda Ricard.

–Sí, quizá quede un poco mal, ¿verdad?

Y persisten, a pesar de todo, en aguantar un poco más. Se ven obligados a buscar entretenimientos para resistir esta locura. Han quedado atrapados. Parece una broma de mal gusto. ¿Cómo podían presentar una lectura vespertina como si fuese un acontecimiento normal, cuando en realidad era una silla de tortura en la que habían quedado secuestrados? Éste es un buen concepto para describir el panorama: un secuestro.

–Me parece que me voy, no aguanto más. –Ahora es él.

–Venga, hemos quedado en que aguantaríamos –rebate Dora, intentando ganar un poco de tiempo.

Ricard asiente y, con el gesto de perro apaleado, vuelve al mamotreto de la traducción de *Ulises* que había descartado y lo vuelve a hojear. No es que esté pensando otra vez en comprarlo, es que de alguna manera hay que matar el tiempo. Hace rato que Dora ha tenido que poner en práctica un recurso que no utilizaba desde los tiempos de la universidad, en aquellas clases de periodismo plúmbeas de primerísima hora de la mañana: pellizcarse para no dormirse. Se va pellizcando y moviendo los pies, las manos, haciendo unos estiramientos discretos para mantener el cuerpo activo, lejos del intenso letargo que la envuelve. Queda todavía otra fórmula, que es la de removerse en la silla, restregando la vagina a derecha e izquierda, una fricción deliciosa, medio placentera, que en ocasiones conseguía despejarla. Otras veces, el ligero placer le producía sueño. Ahora, hasta esa parte del cuerpo está amodorrada.

Igual que le pasaba en algún momento de debilidad en una clase de Teorías de la Comunicación o de Documentación –todavía puede haber cosas más soporíferas que un *Finnegans*–, igual que le pasaba en alguna asamblea de barrio de Barcelona, a pesar de los esfuerzos, el sueño le golpea los párpados y no puede evitar dar algunas cabezaditas. En la Sweny's Pharmacy, la cabeza se le queda colgando más de una vez.

Más adelante, la emoción de vislumbrar el final de aquel absurdo Finnegan durmiente pone en marcha las últimas fuerzas, como si fuese el sprint final de una carrera. Dicen que a la mitad de una maratón lo más importante es medir bien las energías y conservarlas para los kilómetros finales que, según cómo, pueden llegar a ser infernales. El final de la lectura irlandesa es aparatosamente diabólico, sin cálculo previo que la salve. Se han metido en la boca del lobo y ese lobo no para de eructar. Para recortarlo Dora empieza a aplicar los trucos del sistema numérico: dividiendo y multiplicando el terreno recorrido, va sumando coraje de cara a ver posible la

llegada a meta ante aquel desvarío. Llegan a ella con la sensación de tener que vomitar a causa del esfuerzo. Dora no puede descartar que internamente sintiese una arcada. Tiene que levantarse enseguida con el pretexto de estirar las piernas. Alguno se queda con la palabra en la boca. Ricard la sigue, igualmente atónito y angustiado por que alguien le pregunte algo sobre la lectura. A duras penas sabe decir cuatro palabras en inglés.

Pero cuando todavía no ha podido tomar la primera bocanada de aire, Dora observa una escena estrambótica. Uno de los asistentes, un chico bizco con un ojo medio cerrado, se diría que cosido, sale corriendo, espantado. Acaba de ver cómo le robaban la bicicleta y se lanza a la caza del ladrón. El chico bizco echa a correr como alma que lleva el diablo, y unos minutos después vuelve victorioso con la bici, bufando y sudado. Es francés, de La Rochelle, y la bici es de las pocas cosas que se ha traído a su odisea irlandesa. Va a la aventura. Y no ha encontrado nada más estimulante que una lectura pantanosa de *Finnegans Wake*. Viviendo al límite.

Durante un rato, el mozalbete bizco tantea el terreno para ligar con las otras chicas joyceanas, pero ellas sólo tienen ojos para Joyce: una alemana radiante se esfuma al instante porque ha quedado con el novio –primer corte– y una especie de androide pálida, una inglesa especialista en Cortázar, se dedica a observarlo todo fríamente sin decir ni pío ni cambiar de expresión –segundo corte–. Dora se imagina a la androide experta en Cortázar haciendo el amor sin inmutarse, dejándose hacer, como quien hace gimnasia, y sintiendo, de fondo, un mantra que no es otra cosa que el último capítulo de *Finnegans*. Sin embargo, juntos, con el bizco, la androide y dos neoyorquinos gourmets de Joyce, se van a tomar una cerveza. ¿Qué otra cosa podían hacer? La tarde ha sido desastrosa, pero quizá el pub pueda arreglarlo un poco. Si la cosa empeora, tampoco lo notarán mucho.

Se van al pub con esta tropa y, por supuesto, también con Murphy. El pub no pasaría ningún certificado joyceano de autenticidad, dicho sea de paso. Es más bien vulgar, con un exceso de plástico. Enseguida se forman grupitos de conversación: los neoyorquinos a la suya, la otra alemana se ha ido al cabo de un rato de mariposear, la androide no da muestras de vida humana y Dora y Ricard quedan encajonados en la conversación con Murphy y el mozalbete bizco.

Murphy lleva la voz cantante. Se nota que está muy avezado en el trato con gente nueva y diferente, que le encanta la experimentación social. Ahora parece que sus formas extremadamente delicadas se vuelven todavía más expresivas. Joyce es el tema central. A pesar de que a ratos pasan al francés, se comunican sobre todo en inglés; el acento irlandés de Murphy provoca que se produzcan algunas lagunas en la conversación. Ricard, que cada vez pilla menos la lengua, se desentiende y sin disimulo se dedica a mirar alrededor, con actitud seria. Pero Dora se empeña en sacar algo de provecho de esa tarde...

–¿Comemos algo aquí? –propone Dora.

–No, tomamos la cerveza y nos vamos –responde Ricard, manifiestamente inquieto.

Los demás han empezado a comer unos trozos de pizza. Horror. Los cuchillos chirrían en el plato. La pareja no lo soporta. Es una manía, de las más excelsas, que los une como pareja. Unidos en el amor y en la manía, debería ser su divisa. Ellos van apurando la cerveza e incurren en la típica confusión con el horario mediterráneo. Cuando salgan del pub e intenten buscar un lugar para cenar las pasarán canutas.

–Para mí, una de las cosas más interesantes de Joyce es la ironía, el juego –apunta Murphy.

El bizco mete baza:

–Cuanto más leo a Joyce más me gusta. Es inacabable, fascinante, cada vez descubro un giro, un detalle escondido.

Y a Dora le viene a la cabeza algo que leyó en el avión, camino de Irlanda:

–En cierta manera, *Finnegans Wake* es como el juego de Perec, del OULIPO, ¿no os parece? – Cuando dice Perec y OULIPO enfatiza la entonación francesa, para darse credibilidad, contenido y autoestima.

–*Who?* –responden Murphy y el bizco, casi al unísono, con la misma cara de no comprender nada.

–Sí, Perec, el escritor francés, y OULIPO, un movimiento...

No hay manera de que la entiendan. Dora empieza a pensar que le están tendiendo una trampa. Ha pronunciado Perec de todas las formas posibles, con todos los acentos impostados. Nada de nada. No lo conocen. ¡Qué desengaño! ¡Cuánta perplejidad, oh, posmodernidad! Decide ir a buscar media pinta, que compartirá con Ricard, para hacer frente a esa laguna de comprensión contemporánea.

–Una más y nos vamos –responde él, a punto de cabrearse e impacientarse.

Cuando Dora regresa, el bizco está de pie, lanzando un ataque a la desesperada para que la androide reaccione. Los neoyorquinos han salido a fumar. Por tanto, Murphy se queda solo para ellos.

Dora da por acabado a Joyce como tema de conversación y emprende otro camino. ¿Qué hace? ¿En qué trabaja? ¿Siempre ha vivido en Dublín? El diálogo fluye solo. Dora es una buena entrevistadora y, en general, con sólo eso arranca las ganas de charlar del interlocutor, que se siente honrado por tanto interés.

Parece que Murphy ha sido profesor, también corrector tipográfico, diversas tareas, estuvo en la universidad y lo dejó. «Aquí, la crisis..., ya se sabe...» (Se pierde la señal; tap, tap, tap.) Y ahora, sobre todo, prefiere una vida tranquila, menos ajetreada que la de antes... En su casa, con las (tap, tap, tap, se vuelve a perder la señal)... Sí, es una afición que tiene...

–¿Cuál?

–Las... (tap, tap, tap)... Muchos amigos me ayudan, como tengo amigos por todo el mundo, me envían huevos, de distintas razas, y yo los crío y los saco adelante. ¡Es todo un arte!

Ahora es Dora la que no entiende nada y así lo expresa, porque aquello no tiene ningún sentido:

–Perdona, ¿de qué huevos hablas?

–Sí, de... (se pierde la señal, tap, tap, tap)...

–¿Cómo?

Y empieza la ristra de sonidos para entenderse:

–*Ah, like the chicken, le coq...* –suelta Dora, medio vislumbrando algo similar a un significado comprensible, a una luz al final del túnel.

–*Well, they are just hens.*

–*Hens?*

–Sí. –Y Murphy sonrío y Dora abre unos ojos como platos; trata de explicarle a su novio lo que está pasando:

–Oye, que me dice que...

–Sí, puedo decir que tengo dos grandes pasiones, Joyce y las gallinas –culmina, lleno de gozo, Murphy, consciente de que ha hecho una afirmación contundente, universal y vibrante.

–Ah, caramba. –Y lo dice así Dora, con un poco de acento catalanoirlandés que ni pintado. No puede evitar las preguntas dubitativas, como si fuese ella la gallina que después del portazo camina turuleta, chocando por aquí y por allá.

–Pero... ¿son para comérselas? –tantea Dora.

–No, no, sólo como animales de compañía.

–Ah, caramba. –Empieza a tener un aire a Capri, el humorista–. ¿Y tienen nombres?

–Sí, por ejemplo, hay una que se llama Ofelia...

–¿Ofelia?

–Yessss! –responde, radiante, orgulloso de las inquilinas que acoge en su casa, como a uno más de la familia.

–Pero a ver, ¿cómo te mandan los huevos? ¿No se rompen por el camino?

–No, me los mandan con un sistema especial, a través de... (tap, tap, tap)...

–¿Cómo?

–Sí, a través de... (se pierde la señal, tap, tap, tap).

Esta vez Dora asiente mostrando interés, como si hubiese entendido de cabo a rabo el sistema de envío de huevos que garantiza que no se rompan y, con ello, que Murphy pueda cultivar felizmente su pasión gallinácea.

–Es curioso, porque mis padres tienen gallinas. Y antes también habían criado pollos. Pero, claro, todo para comer. De hecho, en catalán... –Dora deja la frase a medias. Ahora piensa la manera de trasladar aquel dicho gracioso de «Gallina vieja hace buen caldo». Por suerte, antes de que encuentre la fórmula que habría podido provocar un cataclismo, él le pregunta sobre el color de los huevos de sus gallinas.

–Hombre, no lo sé, son como de un color entre blanco y marrón, ¿no?

–Ah, entonces serán... (y blablablá, se pierde la señal, tap, tap, tap), también hay de otros tipos (y blablablá, tap, tap, tap)...

Le está dando una clase sobre los diferentes huevos de gallina, las especies y algunos de los principales hitos exóticos que tiene en su casa. La conclusión más destacada, a grandes rasgos, es que hay tres tipos de huevos.

–Pero ¿cuántas gallinas tienes? –dice Dora.

–Ahora mismo unas veintiocho.

–¿Veintiocho?

–Sí, ya te digo, tengo dos grandes pasiones, Joyce y las gallinas.

–Ah, caramba. –Y se vuelve hacia Ricard–. Escucha –le susurra, forzando una sonrisa–, este hombre dice que tiene dos grandes pasiones, Joyce y las gallinas.

–Ya podemos irnos.

Ella mantiene como puede la sonrisa hacia Murphy, cuyos ojos azul turquesa han adquirido un brillo especial al compartir sus aficiones. «Oh, es que para mí son verdaderas pasiones», enfatiza. Pronuncia la palabra mágica destacando hasta el infinito la e de «heeeeeens». Completan el ritual de intercambiarse las direcciones y se despiden. Ahora les costará encontrar un lugar donde comer algo. Pero Dora, en realidad, no tiene hambre. En su interior se ha resquebrajado algo, como un huevo incubado durante horas o días, tampoco sabría precisar cuánto tiempo se incubaba un huevo, que de golpe, cuando nadie esperaba que saliera nada, se agrieta y comienza a abrirse. Ahora no sabe cómo explicarlo.

IMAGEN

Dora recuerda, de una manera muy nítida, una fotografía: en ella aparece con una amiga,

Esther, de su misma edad, en un festival de la escuela. Blusa y falditas rojas, colorete en las mejillas y una especie de pequeña estructura hecha con cartulina, del mismo color, en la cabeza. Artefactos rojos que pretenden ser alas para que parezca que, efectivamente, son gallinas. Unas gallinas con cara de manzanas agrias, de las que no pondrán nunca un huevo. Debían de tener unos seis años. A su lado aparece un niño, Àlex, disfrazado de gallo, de color marrón. Y detrás otros niños, más oscuros, que hacían de lobos. Siempre ha pensado que el sentido pedagógico de estos festivales de escuela era la nulidad completa. Por no hablar del punto de partida en cuanto a los roles de género: niño-gallo-oscuro, niña-gallina-rosada.

No obstante, más allá del ridículo de ir engalanadas de esta manera, como si fuesen un número de feria, hay otro aspecto que sólo conoce quien ha sido gallina, quien ha sido pueblo o quien ha sido árbol en estas funciones escolares. Es justo esta invisibilidad: ¿quién se fija en la gallina, en el pueblo o en el árbol? ¿Si al menos la gallina tuviese una connotación virtuosa dentro del imaginario colectivo! Ser pueblo todavía podría estar bien visto; y sobre todo ahora, que se ha hecho mayor, cuando todo el mundo quiere ser pueblo, no hay burgueses ni *bon vivants*, y se ha vuelto a cierto sentido colectivo de las cosas, real o no. Y ser árbol podía conllevar un mensaje ecologista, de sabiduría de la madre naturaleza, de conectarse con las fuerzas telúricas.

Pero, dejando de lado que los tres casos sólo servían para rellenar la escena, ¿qué gracia tenía ser gallina? ¿De qué podía pavonearse delante de los padres, delante de los amigos después de haber hecho de gallina? ¿Quién miraba una gallina fijamente y le decía: muy bien, gallina, has hecho un papel fantástico, has estado espléndida? En la foto que recuerda está enfurruñada, queriendo evitar el objetivo del fotógrafo. Imposible.

Habían pasado los años y el niño que salía vestido de gallo en la fotografía se había hecho punk. Si Dora hubiese tenido alguna dote musical, habría seguido el mismo camino. Por el contrario, ¿qué había hecho? Una adolescencia al pie de la letra, un ir siempre tanteando la orilla, un sí pero no, sin dejar de agarrarse a la barandilla cuando recorría un sendero estrecho, ni carne ni pescado, ni chicha ni limoná, como si buscase aquella tercera rueda de la bicicleta que con penas y trabajos había dejado.

Dice «bicicleta» y le viene otra imagen poderosa: iba a todo trapo, por una ligera bajada, en un sendero del barrio, cuando una vecina a la que le faltaba un hervor se le plantificó delante con la intención de abrazarla. La bicicleta pequeña no frenaba bien y ella salió disparada. Seguramente la cosa no fue tan grave como aparecía en el recuerdo magnificado por la infancia, pero desde luego no le quitó la sensación de volar. Y una brecha en la cabeza. ¿Por qué estas imágenes se le presentan en los momentos más insospechados, como sal gorda que sale disparada a los ojos? ¿Por qué nunca se había liberado del todo del significado implacable de las gallinas? ¿Por qué había sido un viaje improvisado a Dublín, un encuentro fortuito, un hombre con dos pasiones incondicionales, lo que hizo de detonante?

A primera vista puede parecer que exagera la huella de un simple festival de escuela. Sin embargo, la razón de esta empanada mental es precisamente que no era un simple festival de fin de curso. Suponía la preparación durante semanas, la expectación y el secreto que rodeaban la representación, la complicidad y la atención para quien tenía un papel destacado... Pero ¿haciendo de gallina? Haciendo de gallina pasaban la mitad de cosas y con la mitad de intensidad. Como gallina no producía interés ni atención, ninguna chispa de creatividad, ninguna oportunidad de salirse del camino trazado. En definitiva, el papel escuálido de una gallina quedaba ventilado en

un plis plas, entre otras cosas porque el papel consistía en no hacer nada, en no molestar, en pasar inadvertido, de cualquier manera, y cloc, cloc, cloc. Entonces venía, enseguida, veloz y armado con cerca de cien mil efectivos, el vacío. Un vacío perfecto y magnificante.

Seguramente, si sólo hubiese tenido que hacer de pueblo o de árbol, la huella en el recuerdo estaría más próxima al rastro de una babosa. Pero tuvo que ser gallina: «La gallina se distingue del macho porque es más pequeña, tiene la cresta más corta y no tiene espolones. Las distintas razas de gallina se pueden clasificar en salvajes y domésticas. Tienen una esperanza de vida de entre cinco y diez años.» Y ahora piensa: ¿qué haría Murphy cuando se le moría una gallina? ¿Cómo se podía querer a una gallina como animal de compañía?

DIÁLOGO CON OFELIA

–Ofelia, ¿sabes quién ha venido hoy a verme a la Sweny? Una pareja de Barcelona. El chico, con cara de pez, no entendía ni una palabra de inglés. La chica algo más, entre el inglés y el francés nos entendíamos. Se llamaba Dora, qué gracia. Sólo quería preguntar cosas. Enseguida ha dicho que era periodista. Los periodistas siempre lo utilizan como carta de presentación. No sé, así se creen que los has de invitar a algo o tenerles más respeto. Que se lo ganen, eh, que se lo ganen, ¿a que sí, Ofelia?

–Clooooc, clooooc.

–Ay, me parece que te estoy agobiando, *ma chérie, ma petite* –le dice, acariciándola y acercándole un poco más de pienso al pico. La gallina reacciona a las carantoñas sacudiendo la cabeza, se supone que como muestra de calidez.

Ofelia es una joven noble de Dinamarca. Se enamora del príncipe Hamlet, el de *to be or not to be*, uno de los hijos más excelsos de Shakespeare, y la cosa no acaba bien. La tragedia de Ofelia se puede explicar de muchas maneras. Entre las argucias de unos y otros, las intrigas de palacio, venganzas, amores prohibidos y muertes accidentales, se vuelve loca. Otra. Primero Hamlet mata al padre de Ofelia, después, ésta, ya convertida en una marioneta a merced de todos, se cae al río o se tira, y se ahoga. Así, telegráficamente, a la manera posmoderna tuitera, ésta es la historia de Ofelia, uno de los personajes femeninos más «bellamente trágicos» de Shakespeare. Pero parece que eso es como no decir nada. Murphy la considera una figura incomprendida, deformada por las traiciones de unos y otros y por el drama central de Hamlet, incluso menos panoli de lo que frecuentemente se la ha pintado.

En *Ulises*, a lo largo de un puñado de páginas Stephen Dedalus habla de Hamlet y de Shakespeare, sobre los que elabora toda una serie de teorías extraordinarias. Murphy procura hacer justicia a Ofelia bautizando con este nombre a una de las gallinas que más aprecia. Las epifanías literarias no tienen por qué producirse sólo dentro de un libro o del entramado de Joyce; también pueden suceder en el patio calmoso de una casa de las afueras de Dublín, donde un hombre, después de un puñado de avatares, de estudios, de lecturas y disquisiciones, de idas y venidas, ha encontrado la tranquilidad. Entre las gallinas y los tarros y ungüentos literarios de un boticario de principios del siglo XX. Es su pretexto. Si ha llegado a alguna conclusión al cabo de los años, es que la pasión incondicional, aunque se salga de lo corriente, sin reglas ni prejuicios, no debería estar penalizada. No debería ser señalada:

–Puede que sea un romántico, ¿no crees, Ofelia?

–Clooooooc –le corresponde con un cacareo un poco más largo.

–Hablo de las cosas con una pasión que sorprende. Es una pasión mesurada, serena, quizá fuera de los titulares que interesan a la gente, ya lo sé. Ahora nadie quiere pasión; sólo quieren euforia y alucinación de una noche, de unas horas, a partir de lo que todo el mundo conoce, de lo que les es fácil y directo y se recibe como una bofetada. ¡La puta estética! Estética vacía, claro. Les importa un pimiento el *mainstream*, pero necesitan reconocerlo para reconocerse. Mira, si no, la moda de las series. Claro que nosotros no tenemos tele...

–Coc-coc.

–Ya sabes que tengo facilidad para relacionarme y no me cuesta hablar con naturalidad de cosas de las que otra gente no hablaría...

–Cloooc-clooc-cloc-cooooc-cooo. –Ofelia se alborota, algo que Murphy comprende perfectamente.

–Sí, de acuerdo, la gente no tiene gallinas de compañía ni los amigos le envían huevos para crear un pequeño ecosistema diverso y armónico en el patio de casa... Ay, ahora que me acuerdo, la cara que ha puesto la chavala cuando le he contado que me enviaban huevos. Primero no se lo creía. Le he explicado varias veces el método para que los huevos no se rompan y seguía sin creérselo. Fíjate, qué cosa más curiosa, Ofelia: la gente tiene una facilidad pasmosa para creer a ciegas en la tecnología, sin plantearse lo que pasa con su privacidad ni quién le sigue el rastro; ahora bien, de las gallinas ni les hables. La gente necesita gurús que la iluminen y le señalen el camino y hasta es capaz de creerse a esos maestros vudús que entregan tarjetas milagrosas por la calle; hoy me he topado con otro al bajar del tranvía, por cierto. En cambio, no entienden que un huevo de gallina pueda viajar de un lado a otro del mundo sin romperse. Al final, no sabremos ni de dónde venimos.

–Cloc-cloc-cloc –prorrumpe Ofelia, como quien aplaude.

–No sabemos quién fue primero, ¿si el huevo o la gallina! –exclama con una fina agudeza.

Las risas de Murphy se funden con los cloooocloooocs desahogados de Ofelia. Se ríen mucho con las bromas gallináceas. Murphy es muy dado a la ironía. Retoma, sin embargo, el tono reflexivo.

–Es lo que hemos dicho muchas veces. La gente ya no sabrá nada del huevo ni de la gallina. Ni si es un huevo o una castaña.

La afirmación se mezcla con el fragor de otras gallinas que se acercan, y sume a Murphy y a Ofelia en el silencio.

Un caso especial es el de Nora, la mujer de Joyce, nombre con el que ha bautizado a una gallina de origen italiano. Pensó mucho en a qué gallina le quedaría bien el nombre. Sabía que no podría haber más de una Nora. Pero como Trieste fue una de las primeras ciudades donde estuvo el matrimonio cuando se autoexilió de Dublín, le pareció adecuado. Primero la pareja pasó fugaz y desafortunadamente por Zúrich y después fue a parar a Trieste, donde nacieron sus dos hijos, Giorgio y Lucia. En Trieste es donde Joyce conoce al escritor Italo Svevo, que le serviría de modelo para Leopold Bloom, centro del universo de *Ulises* y marido de Molly. Por tanto, la gallina italiana se tenía que llamar Nora, de la misma manera que la gallina de las afueras de París se llamaba Lucia.

Con el asunto de los nombres, Murphy intenta llevar una coherencia muy especial. Es como si el bautizo idóneo de las gallinas sirviese de plena redención a las personalidades que habían acarreado aquellos nombres. Lo que fuera resulta inconcebible, en su patio es posible: contraviniendo una especie de norma natural, Murphy ha proyectado un gallinero ordenado. Es un romántico. Aquello, ciertamente, no parece un gallinero.

La hija de Joyce y de Nora, Lucia, era una prometedora bailarina. Cuando tenía veintiséis años, el psiquiatra Carl Gustav Jung la tuvo como paciente. Poco después, le diagnosticaron esquizofrenia, lo que la llevó a estar internada en diversos centros psiquiátricos. Entretanto, se acabó la relación que mantenía con Samuel Beckett, aquel rostro de piedra picada, escarpado, a la sazón asistente de James Joyce. Beckett confesó a Lucia que, en realidad, él estaba interesado literariamente en su padre. Algunos estudios recientes indican la influencia primordial de Lucia, a quien su padre bautizó como una «maravilla salvaje», en la creación de *Finnegans Wake*. Después de haber quedado extenuado con el remate de *Ulises*, Joyce se puso a trabajar en esta obra claramente experimental, que escribiría durante diecisiete años en París. Dicen que los juegos de palabras y las investigaciones lingüísticas que contiene se inspiran en los diálogos y la correspondencia que mantuvo con su hija.

Murphy se levanta con parsimonia y le lleva un puñadito de pienso a una gallina que da saltitos sobre cuatro ornamentos del patio. Cuando deja el grano, Lucia se abalanza con avidez después de torcer la cabeza. Un poco más allá está Bidy, que no levanta el pico del suelo, como si buscara algún tesoro en la arena que sólo ella espera encontrar.

Si Murphy hubiese sabido que, a 1.472 kilómetros al sur de su patio, otro propietario de gallinas ha oído un ruido cuando cerraba la puerta del corral, no se ha dado cuenta de lo que era, ha tirado con fuerza y ha vuelto tarumba a una gallina, se le habría venido abajo todo el sistema armónico de convivencia, reequilibrios y relaciones que estaba construyendo. Por suerte, eso Murphy no lo sabrá nunca. Sería demasiada casualidad. Ahora bien, algo del cielo rojizo que ha dibujado este día más ventoso que de costumbre en Dublín ha sumido a Murphy en un estado nostálgico.

—Ay, Ofelia, cómo pasa el tiempo...

Los dos se han quedado absortos, con la mirada perdida.

EL REGRESO

El avión la cansa, pero lo que la cansa sobre todo es ir acompañada en un avión. Es más fácil dejar volar la imaginación cuando se va sola. Pero esto no está socialmente aceptado, así que Dora ha tenido que seguir la conversación a Ricard, aunque se le hayan taponado los oídos y sólo lo entendiese a medias. Tap, tap, tap. También ha tenido que agarrarle fuerte la mano en el despegue y en el aterrizaje. El chico tiene miedo. Habían salido muy temprano de Dublín y por eso, en el tren que los llevaba a casa, encontraron los periódicos que la gente había dejado a primerísima hora. Vaya moda, regalar periódicos de pago en el tren. Pequeña paradoja insignificante. Después de servir para cubrir el piso mojado, ésta es otra excelente manera de dignificarlos. Entre toda la hojarasca, que sólo ha podido repasar con pereza, ha descubierto un artículo de columna breve que busca llamar la atención a partir de un tema curioso, aunque, en el fondo, inocuo:

CHICA

Tan buscada como está la gallina de los huevos de oro, una gallina que podríamos imaginar de dimensiones fastuosas, y ahora resulta que la última tendencia para estar *à la page* es criar gallinas pequeñas, las más pequeñas del mundo, cuentan. Es obvio que esta especie de gallina, que es de Malasia y oscila entre la consideración de *delicatessen* —más concretamente sus huevos— y el animal de compañía (paradojas del oficio de clueca), entronca de manera directa y natural con nuestra mitología de trabalenguas (más paradojas que nos unen): la gallina de Malasia, conocida con el nombre de *serama*, podría responder categóricamente a la

descripción de una gallina «xica, tica, mica, camacurta y ballarica»,³ que transforma la cultura catalana en universal y la emparenta, por tanto, con la de Malasia y su gota.

Al parecer en Vilanova del Vallès tenemos un criador de esta gallina chica, Francisco Bermúdez, al que hace algunos años se le ocurrió traer unos cuantos huevos de Alemania y ahora es un verdadero especialista. Cloqueando un poco por la página web del club estatal de los aficionados a la gallina chica, que el mismo Francisco fundó, se descubre un mundo maravilloso, de pequeñas curiosidades. Debe ser la erótica del perfume en frasco pequeño se guarda. A pesar de mi confianza ciega en las bondades de la *mongeta del ganxet* como valor protegido, no tendríamos que menospreciar las opciones de la gallina chica. Y, menos aún, todas las metáforas campechanas que nos recuerda.

Parece que la afición gallinácea todavía tiene algún seguidor más especial que Murphy, piensa Dora. Ricard se ha dormido nada más subir al tren. Ahora en los trenes ya no ponen música. Hubo un tiempo en que tenían hilo musical. Si continuara la costumbre, y alguien eligiera la canción con un poco más de gracia que hace años, la ideal para hoy, de regreso a casa después de la experiencia dublinesa, sería ésta:

«Los locos»

Los locos van contentos entre el campo y la vía del tren. A la caza de grillos y serpientes, a la caza de grillos y serpientes.

Los locos van contentos, atados a su locura, a la caza de grillos y serpientes, entre el campo y la vía del tren.

Los locos se han quedado sin nada, a su alrededor ya no hay ninguna ciudad; aunque griten, quién los oye; aunque griten, da igual.

Los locos van contentos, en el borde de la normalidad, como estrellas fugaces en el mar de la Tranquilidad. Arrastrando grandes bolsas de plástico con todo el peso del corazón, llenas de basura y de silencio, llenas de frío y de rumores.

Los locos no tienen corazón o si lo tienen está desperdiciado, es una cueva completamente negra.

Los locos todavía piensan en un tren que nunca llegó o en una mujer arrastrada quién sabe por qué tormenta.

Los locos sin licencia para caminar, los locos toda la vida, dentro de la noche, bajo llave.

Los locos van contentos, detienen el tráfico con la mano después cruzan la mañana con la ayuda de una botella de vino. Se paran durante horas para que los huesos y las alas descansen, los huesos y las alas y en las iglesias van a fumar centenares de cigarrillos delante del altar.

FRANCESCO DE GREGORI,
«I Matti»

Segunda parte

I

La revelación gallinácea de Dublín merecía una acción múltiple. Las pasiones confesadas por Murphy habían ocasionado el primer indicio, el cosquilleo de un cambio colosal en Dora. El ovillo se iba desenredando poco a poco. Aquella grieta inicial, atisbada una tarde en un pub dublinés que no se parecía en nada a un pub de Dublín, después de dos horas de lectura soporífera de *Finnegans Wake*, se había ensanchado y ahora dejaba entrar mucha más luz y, de paso, una brisa fresca que transportaba a Dora hacia nuevos parajes, el sueño de una vida nueva. Las pasiones de Murphy la habían sacado de la penumbra, del espacio invisible, de la cabeza gacha y la mirada baja.

El primer cambio que introdujo fue la moto. Dora no tenía carné de conducir por culpa de una pereza ancestral y profunda, quizá también por el temor inconfesado de tener que poner los cinco sentidos en el manejo de un bólido que podía ser fácilmente mortal si la atención se relajaba un poco. Por este motivo se había refugiado en autobuses y trenes, por precarios que resultasen, por retraso que llevaran.

El transporte público de este país ganaría cualquier competición si el parámetro de medida fuese el desbarajuste. Da igual lo concurrido que fuese el concurso. Ella se había acostumbrado a estar pendiente de los horarios, los retrasos, las debilidades e incontinencias del sistema, la poca vergüenza y la falta de seriedad del servicio de cercanías. No se puede descartar que este animal de costumbres pétreas en cuanto a la movilidad que era Dora guardase algún vínculo subterráneo con su parentesco gallináceo, los festivales de escuela y aquellos fantasmas mal digeridos que arrastraba.

En cambio, se podía afirmar con seguridad que la incorporación de la moto a su vida había sido una palanca más para seguir abriendo la grieta de Dublín, para operar la Transformación. Aunque efímera y reducida, la experiencia de la velocidad era como un dulce narcótico. Decidió, pues, comprarse un sencilla Vespa, para la que no necesitaba carné y que le permitía cubrir trayectos cortos. Ahora, para ir a trabajar, iba en moto desde Llerona hasta la estación de Granollers-Canovelles o de Granollers-Centre, donde los trenes pasaban con más frecuencia, y cogía uno a Barcelona. Treinta y cinco minutos de viaje. Lo que reducía el trayecto del tren y le daba más margen de maniobra con los horarios de ida y vuelta.

Ir en moto la relajaba; esos veinte minutos de audibilidad cero a su alrededor, con sólo un rumor suave que lo envolvía todo, la afianzaban en la tierra, le imprimían una fortaleza y una determinación imprescindibles en esta nueva etapa iniciada por la revelación gallinácea. Se acabó bajar la cabeza, cloquear siempre como pidiendo perdón, como diciendo «sí, señor marqués», «sí, señora baronesa»; se acabó ir siempre en la dirección del canon, seguir el sistema, lo establecido. Esa Dora ya no existía. Si alguien podía amar las gallinas, a las que siempre había considerado un símbolo de cobardía, fragilidad y sombra, ella podía alcanzar un estadio superior, responder a todos los sapos que se había tenido que tragar durante años. ¿Qué dice, sólo responder? Vomitar unos ciento cincuenta kilos de sapos que dormían todas las noches bien agarrados a su estómago y que de vez en cuando, en el momento más inesperado, la desvelaban con su croar inoportuno. ¡Basta ya de croar! ¡Basta ya de borricadas! ¡Basta de canon! ¡Basta de invisibilidad! El proceso

de transformación de Dora estaba repleto de lemas y proclamas que se gritaba íntimamente, como un fuego nuevo que alimentaba con paciencia franciscana.

Acariciaba un plan, y el plan empezó a tomar forma, precisamente en los viajes en moto, cada vez más ambiciosos, que hacía de su casa al tren, preferentemente a la estación de Granollers-Canovelles. Dora exploraba con curiosidad arqueológica los barrios, calles y rincones que había alrededor de esta estación de la periferia, notablemente más deteriorada que la estación de Granollers. Le había tomado predilección a este entorno.

En el lado más próximo a la estación se encuentra Can Giner, un barrio de bloques de pisos surgido durante el *desarrollismo* de la dictadura franquista, en los años sesenta; en aquel tiempo acogió una fuerte inmigración del resto del Estado. En los últimos veinte años habían llegado gentes procedentes de otros países. Un poco más allá, pero al lado todavía de Can Giner, estaba Can Besllum, una urbanización de nivel económico alto, con casas que se empezaron a levantar desordenadamente en los años ochenta, y que ahora tienen, por regla general, dos plantas, patio o jardín y en algunos casos también piscina.

Can Giner está en el lado de Granollers: la mayoría de los pisos son baratos, y durante años sufrió falta de equipamientos básicos y problemas de comunicación con la ciudad, de la que queda muy alejada; un autobús directo, pero de paso esporádico, une Can Giner con el centro. Los últimos años, en plena crisis económica y con el escándalo de las hipotecas, sucumbió a una plaga de desahucios. Can Besllum está en el término de Canovelles: las casas suelen ser caras y, desde 2008, a causa de la crisis, empezaron a aparecer carteles de «En venta», carteles que todavía se pueden ver. El barrio dispone de pistas de tenis, gimnasio y un club de tiro de precisión, y los vecinos tienen grandes coches aparcados delante de la puerta o, sobre todo, en el garaje.

Can Giner y Can Besllum muestran, por su proximidad geográfica y por lo que significan, las contradicciones de la periferia. Dora lo iba descubriendo poco a poco, a través del hallazgo de nuevas calles y vistas originales, de las peculiaridades de las casas y los paisajes urbanos exóticos que le proporcionaban sus pequeñas excursiones. Hacía igual que cuando iba a correr, el otro peldaño de su cambio que había aflorado: siempre procuraba alargar un poco más la vuelta para recorrer nuevos caminos desconocidos. La metáfora sale sola.

Primero, Dora salió a correr tres veces a la semana; después, cuatro, y alguna vez incluso cinco. Una cosa llevó a la otra y se acabó aficionando a las carreras populares, de diez kilómetros, en primer lugar, y más tarde, medias maraton. Madurar también debe ser crear unos hábitos a los que se otorga un valor incalculable, casi aleccionador. No obstante, tampoco es que practicara el ejercicio de ir pregonando las virtudes de correr y «tú por qué no corres; deberías probar, ya verías qué bien te sentaría, se te pasarían todos los males». Dora apreciaba demasiado su propia individualidad como para ir a fastidiar la de los demás.

Bien mirado, correr y hacer yoga son actualmente dos *trending topics* del consejo fácil al prójimo, del remedio que todo lo arregla. Ambos son elementos que una amiga suya, Luci, había practicado de cara a las nuevas etapas quincenales, incluso semanales, que iba abriendo en sus ciclos regulares de altos y bajos. Su periodicidad en los desequilibrios era la de un reloj suizo. Una vez a la semana comían juntas. Y Luci salía siempre con la misma historia:

–Soy una persona nueva, siento que el yoga me está funcionando muy bien, que me estoy encontrando a mí misma. Estoy «haciendo limpieza» de verdad –exclamaba Luci con un convencimiento totalmente sincero.

Otro día:

–He estado hablando mucho con la psicóloga y lo veo todo claro, mucho más claro. He de dejar que las cosas fluyan más. No hay que preocuparse por lo que no puedes controlar, ¿verdad? Además, ahora corro veinte minutos todos los días y me siento como nueva. Como te lo digo.

Otro día:

–¿Te he contado que fuimos a cenar con las madres del cole de Cesca? –preguntaba a Dora.

–No, no me lo has contado... –respondía ella, sospechando la cantinela que le venía encima. Efectivamente, Luci se ponía en marcha:

–Huy, en la cena, una madre que estaba sentada a mi lado, cuando ya llevaba un gintónico encima empezó a contarme que no se llevaba bien con el marido, que éste siempre le decía que adelgazase, que hiciese algo, que no podía continuar así. Yo la consolé. «Tienes que escucharte a ti misma, tienes que ser tú», le dije. Cosas así, para darle seguridad, para que se sintiese comprendida y acompañada. Me va muy bien este papel de consoladora. Creo que también forma parte de la nueva Luci. Estoy haciendo limpieza, Dora, esta vez sí que estoy haciendo limpieza. – El mundo de las madres de la escuela podría llenar varias tesis doctorales.

Otro día:

–He ido a clases de guitarra... –anunciaba Luci, rezumando alegría por las puntas de los dedos.

–¿Y el yoga? ¿No decías que te iba tan bien? –inquiría Dora, adivinando el giro de la historia que vendría a continuación.

–No, no acababa de gustarme. Y por los horarios, ya sabes, los niños... Además, el profesor de guitarra es el hermano de una madre del cole. Es especial, me parece que hemos conectado y me entiende muy bien –se liaba.

–¿Y cómo va la guitarra?

–Muy bien, hoy me ha dicho que prepararíamos una de Paco de Lucía, que lo haríamos juntos, aunque para empezar él la tocaría y yo podría cantar... ¡Me gusta tanto cantar!

–Pero a ver, Luci, ¿tú sabes tocar la guitarra? –Dora a veces no podía evitar impacientarse.

–Eso es lo de menos, Dora, no seas tan rutinaria.

Así más o menos todas las semanas. Con una regularidad extrañamente estricta, el ciclo siempre volvía a empezar. Luci encarnaba esa necesidad de convencerse a sí misma de alguna pequeña mentira vendiéndoles la moto a los demás. Con mensajes de nuevos ciclos y mantras de quincalla, iba tirando. E iban tirando los demás. Al final, cada uno se lo monta como puede y se busca sus pretextos para sobrevivir. Éste era un ejemplo. Un clarísimo exceso de afirmaciones de Alicia en el País de las Maravillas.

Tenía también otro amigo, Ramon, que era una negación constante ante cualquier avance o cambio posible porque rechazaba la existencia de cualquier problema, molestia u obstáculo propios. El proceso de negarlo era ejecutado de la manera más fácil y directa: no lo escuchaba. Ramon se perdía en debates grotescos de dudoso interés, criticaba todo lo que le rodeaba y sus infinitas contradicciones por medio de opiniones emitidas a bocajarro, en un *dolby-surround* que nadie le había pedido. Al final, siempre volvía al punto de partida: convencer al interlocutor para convencerse él mismo de que todo iba como la seda porque el problema siempre eran los demás.

Ramon polemizaba sobre todo y emitía opinión de cualquier cosa: desde la rana que despierta a los vecinos cuando croa hasta el pan de espelta, las bicicletas con motor o un defensa del Barça que chupaba banquillo. Estaba un poco solo y tenía todo el tiempo del mundo para pensar estas truculencias y muchas otras; el tedio le llevaba a enfrascarse en discursos inacabables que parecía

que hubiese traído preparados de casa. Los traía preparados de casa. Ya podía aparecer un dragón en la conversación que él lo aprovechaba para llevar el diálogo hacia la rana, y después, como el que no quiere la cosa, sacaba a colación el pan de espelta mezclado con las bicicletas con motor. Totalmente embalado hacía una no-pregunta a alguien invisible y, como si nada, se iba al terreno que le convenía para sacar a relucir lo que quería destacar y afirmarse un día más. «Eso, al final, es como esa defensa del Barça, del que no se acuerda nadie, siempre calentando el banquillo, aunque está claro que debería tener más minutos...»

Esta capacidad de polemizar sobre cualquier tontería –reflexionaba Dora– se reproduce como un ejercicio gimnástico en las tertulias de radio, en las que casi ningún interlocutor tiene la menor intención de prestar atención al otro. Sólo se trata de fingir que se escucha y simular alguna pirueta verbal –nada del otro mundo, evidentemente que permita poner al otro fuera de juego y provocar un poco de griterío. Esta sociedad grita, y considera –se acaba convenciendo– que quien más grita es quien más razón tiene.

Es como si todo el mundo quisiese hacer el papel del «loco de la redacción», pero sin fijarse, sin ser consciente de ello. Aunque no se den cuenta, todo el mundo apuesta por un papel más consistente que el de pueblo, árbol o gallina. Puede ser que, después, no sepan demasiado bien en qué se convierten. Alguien hace de Ramon, alguien de tertuliano desaforado, y otro alguien del «loco» que describe Àngel Ferran en su *¿Cómo se hace un diario?*

Finalmente se abre la carta del loco de la redacción.

Cada redacción, es sabido por los periodistas, tiene su propio loco. Un loco pacífico, que, unas veces poeta y otras crítico, envía carta tras carta con sus últimas poesías completas, o bien con críticas hacia lo que el periódico va publicando.

Con una sonrisa de complicidad, Dora volvió a mirar estos papeles con alguna de las muchas ocurrencias del periodista y dibujante Àngel Ferran, aguijón afilado del humorismo. Como muchos otros, en 1939 tuvo que exiliarse y su rastro nos ha llegado mucho más difuminado de lo que merecería. También ahora esta ocurrencia de Àngel Ferran servía para aliviarle un rato la larga jornada. Esta hoja la tenía guardada entre el batiburrillo de una caja que había llenado en el último traslado de la redacción a raíz de la oleada de recortes:

Hasta que un día, además de la carta llega el loco en persona, y ya no es tan pacífico como su literatura. Entonces, si ha conseguido entrar, cosa que sucede casi siempre, desaparecen en un santiamén director y redactores, y el más modesto, el que se ha incorporado el último, es designado para recibirlo. Generalmente, sin embargo, no recibe.

Después de devolver la hoja a su hábitat desordenado, Dora echó un vistazo a su alrededor y captó una de esas conversaciones que se producen en un extremo de la redacción. No era exactamente un debate que escrudiñara las razones y concomitancias de la última noticia que sacudía la política catalana. Las cosas siempre pueden ser un poco más de estar por casa:

–Está buenorra la vicepresi, ¿eh? Ha salido guapa en la foto, ¿no? Uhm mmm –onomatopeya que indicaba placer–, el día que fui a entrevistarla estaba... Vaya, ni te cuento cómo estaba –decía uno de los periodistas estrella, refiriéndose a la vicepresidenta del gobierno. Lo dijo bien alto, con ostentación.

–Ésta todavía tiene un buen meneo o algo más, ¿eh? –continuaba otro. Rieron babeando.

–Ya está bien, chicos, que la vicepresidenta podría ser vuestra madre –metió baza, con eficacia, la secretaria del director, que pasaba por allí de manera oportuna.

Y la madeja se enredó de una manera idiota, sin interés. La actualidad y la familia estaban

bien, sí, como siempre.

Dora volvió a su mesa. Y oyó que alguien la llamaba.

–Eh, Dora, a ti que te gustan las noticias insólitas. Mira esta que acabo de ver en Twitter. Creo que es de hace tiempo, pero da igual, tiene mucha gracia. Léetela.

Y le mostró:

MUERE CUANDO PRACTICABA ZOOFILIA
CON UNA GALLINA

Un hombre de 39 años murió aplastado en Orense por una gran roca mientras practicaba zoofilia con una gallina, según informó ayer el periódico *Faro de Vigo*. Herminio R. C. tenía entre las manos a la gallina, y su cuerpo fue descubierto por unos niños que estaban jugando. El forense explicó que el movimiento de la víctima cuando «intentaba beneficiarse al animal» provocó el derrumbamiento de la roca que lo aplastó. Efe.

La Vanguardia, 11 de diciembre de 1990

Dora no oculta que le gustan las noticias peculiares, pero ésta más bien le producía angustia.

Hay un tipo de comportamiento social en el que, si no se vigila, la arenga lleva al inmovilismo, a la esterilidad. Es un fenómeno bastante reiterado e incluso corriente: siempre es más fácil culpar a los otros que intentar cambiar lo que está al alcance de cada uno. «La culpa es negra y nadie la quiere», había oído decir Dora a su abuela. Algunos han hecho de ello, de echar la culpa al vecino, su deporte de riesgo, como quien saca la gallinaza del corral y la suelta en el portal del vecino. «La gallinaza es muy buen abono para encima», dice alguien en *Ulises*. Pero claro, los locos siempre son los otros y siempre es en los demás donde se aprecian las rarezas. Y se señalan con fruición, incluso con encarnizamiento, para provocar la risa. Y los pobres diablos ríen, incapaces de entender el significado profundo de las cosas. Y la actualidad y la familia están bien, sí, como siempre.

–He encontrado a la terapeuta que me hacía falta, soy un persona nueva, ¿lo notas?

Luci estaba constantemente en disposición de decir que había encontrado el equilibrio, aunque, para ello, reclamase la atención de los demás con verdadera disciplina, y se comparase con ellos, los imitase y los emulara, a falta de otras referencias. Ramon no salía de su yo. A Luci se le multiplicaban hasta el infinito. Los dos eran sus amigos. Con una comía. Con el otro tomaba una cerveza alguna tarde cuando ella salía del trabajo.

Entre no abandonar el yo y perderse en la infinidad de posibilidades, entre el aleccionamiento por todos sitios y la perforación del propio ombligo, Dora confiaba en el movimiento. El desplazamiento tenía que servir para que pasasen cosas. Tenía que ser una palanca, un detonador. Éste es el sentido que dio a la incorporación de la moto, y también al otro cambio profundo, el de ponerse a correr. Todo son imágenes que conducen a constatar, de forma muy clara, que su trayectoria orbital se estaba moviendo de alguna manera. A pesar de que Ramon y Luci la llevaban a sus territorios, se había producido un viraje. Y el derrotero en el rumbo también pasaba por mantenerlo firme, corriendo dos o tres días a la semana. Cuando preparaba una media maratón podían llegar a ser cinco.

Ésta fue la manera más natural que encontró de tomar impulso, de sumar empeño y añadir fuerzas a su cambio de coordenadas. La última media maratón que había completado era la de Montornès, el pueblo que todo el mundo confunde con Montmeló, pero que, se diga lo que se diga, es Montornès del Vallès. Cuando era jovencita había cubierto esa media maratón como periodista,

en unas matinales de domingo que recordaba gélidas y resacasas, con los ojos arenosos. Era muy joven y ésa era la máxima contestación que se permitía. Pero ahora, al cabo de los años, y de encontrarse mejor, aliviar preocupaciones, urdir mutaciones y activar performances, le producía cierta sacudida correr la media maratón. Correrla y acabarla. Y eso ocurría un domingo, a las diez y media de la mañana, la hora en la que ya estaba a punto de comenzar una carrera que había tomado cariz popular. Quizá incluso demasiado popular, teniendo en cuenta que en la línea de salida le sorprendió reconocer a uno de los yonquis míticos del pueblo. Una de esas figuras predestinadas desde muy jóvenes al trapicheo, por mucho que ahora lo quisiese desdibujar con el sudor de una carrera.

Aquel día asomaba la patita un sol engañoso que más tarde daría una coz, demasiado calor. El cronómetro de Dora se declaró en huelga justo cuando dieron el tiro de salida y no le funcionó en toda la carrera. Pero daba igual. Ultramotivada como estaba, se encontraba bien y podía resistir. Y resistió. Es agradable la sensación de que las piernas responden a las proyecciones del cerebro. A medida que quemaba kilómetros su autoconfianza aumentaba y se crecía. Como referencia – conviene tener alguna siempre que sea posible, sobre todo si el cronómetro no carbura– tomó a un par de amigas que, por la pinta que tenían, parecía que hubiesen salido a pasear o de compras. Odiosas. Delgaditas, casi escultóricas, no tenían el aspecto desgarrado de ella, sino que corrían como si bailasen. Aunque hubieran tenido debajo un montón de mierdas, habrían corrido con el mismo estilo refinado. Adelantaban como gacelas, sin perder la elegancia que se intuía heredada, de buena familia. Parecían de esas personas que ni en la letrina se descomponen. Como este estereotipo en concreto le daba una rabia extraordinaria, como se consideraba una tarambana y como estaba urdiendo el Gran Cambio, se lanzó a perseguirlas.

«Estas tontas del culo no me ganarán», se repetía por dentro, y repetía el insulto.

Correr conseguía sacarle lo peor de sí misma y, por tanto, le resultaba incluso agradable. Por eso lo incorporó a su particular performance. A lo largo de la carrera, Dora no perdió de vista a los dos figurines. Las tres dejaron atrás a un negro que parecía un profesor de aeróbic, un embutido de Vic. Si ellas se paraban para beber, Dora no les daba tregua; y cuando Dora bajaba de ritmo en las subidas, ellas lo aprovechaban. Así fue durante los veintiún kilómetros de recorrido, al cabo de los cuales consiguió su mejor marca. Tendría que estar contenta, ¿no? Pero en los cien metros finales aparecieron ellas, imperturbables, como si todavía no fuese hora de que se despeinasen, y la adelantaron. Dora había corrido mucho más deprisa de lo que estaba acostumbrada y en el último tramo ya echaba los higadillos por la boca. No podía hacer nada. Cruzaron la meta, se detuvieron, volvieron a cruzar las miradas, sabiendo que se habían estado observando mutuamente durante la carrera: las maniqués fingían una cordialidad inexistente, forzada, que ponía de manifiesto su triunfo; Dora intentaba disimular la respiración dificultosa y desacompañada. Por un momento estuvo a punto de vomitar.

De acuerdo, le habían ganado, pero la nueva Dora no se daba por vencida así como así. De un modo esencialmente camaleónico, aprovechando el tumulto caótico que suele haber al final de las carreras, las siguió al lavabo. En ese momento –oh dioses, oh duendes– en el lavabo de señoras no había nadie más esperando. Sabía que esos pocos segundos eran una ocasión única y que no la podía desperdiciar. El pecho le volvía a golpear como a la llegada. Cogió papel del que se acumulaba en la basura, sucio a causa de diversas contingencias, quién sabe cuántos días llevaría allí, lo restregó por el suelo, lo mojó con agua y lo lanzó como un cóctel molotov a los dos habitáculos que ellas ocupaban... La puerta no llegaba al techo, fue fácil. Cuando oyó unos chillidos dentro del lavabo, Dora ya salía sonriente y colorada –correr siempre le da un rubor

extra, un toque de Heidi– y vio la cara de curiosidad y sorpresa de otra corredora, exhausta, que entraba.

II

Si primero fue la moto y las carreras, experimentar la velocidad y la competición y vislumbrar nuevos horizontes, después vino el pretexto artístico. Sólo de manera intuitiva, a Dora le pasaban por la cabeza retazos sueltos de pensamientos. Sólo percibía algunos olores que no podía identificar: creía que le faltaba método y estructura y, lo más importante, una conexión con la tradición. Por casualidad, este pliego de fundamentos lo encontró encuadernado, como un regalo para desenvolver, una de esas tardes tontas de domingo, que si salgo que si no salgo. En el pueblo proyectaban un documental del que apenas sabía de qué iba. Era una historia sobre un artista con ínfulas de modernito y heterodoxo, unos atributos aproximativos que fueron lo bastante apetitosos para que le desapareciera la abulia y se le despertase cierta curiosidad de pasar el rato.

Llovía y hasta última hora Dora había dudado si ir. Pereza dominguera. ¿Qué se puede esperar de las tardes de domingo? Hubo un tiempo en que esperaba tan poco que no le importaba encerrarse a trabajar recogiendo resultados y crónicas deportivas para un periódico comarcal. «Sí, Miguelón, hola, te llamo para que me cuentes cómo ha ido el partido de la Extremeña... ¡Joder! ¿Habéis vuelto a perder? ¿Qué ha pasado? ¿El árbitro? ¿Otra vez el árbitro, Miguelón?» Y así toda la tarde.

También es verdad que aquel domingo necesitaba tomar el aire: hacía pocos días que había roto con Ricard. Él no entendía su insistencia en la historia de las gallinas y Joyce, en los garbeos con la moto, en las carreras... «Desde que fuimos a Dublín, no eres la misma, ya no te importo», le había llegado a soltar Ricard. Entonces Dora comprendió que no había nada que hacer. Siempre le agradecería la escena que compartieron en la Sweny's Pharmacy.

Al salir de casa vio que llovía mucho pero, a pesar de los pies empapados y las ganas de dar media vuelta, se impuso aquella épica personal de al mal tiempo buena cara, confiando en una recompensa que sólo ella deseaba de una manera personalísima. Ya en la sala del casino del pueblo donde proyectaban la película, Dora sintió un segundo malestar: el público parecía saber mucho de cine, y, además, notaba que sabían a lo que iban, mientras que a ella apenas le sonaba el nombre de Banksy, el artista callejero que esconde su identidad y propaga sus fabulosas y sorprendentes obras, acciones y pintadas alrededor del mundo. Banksy era el director del documental que se disponía a ver (*Exit Through The Gift Shop*) y, en parte, también el protagonista, en un ejercicio metaartístico de trapacería.

Al principio, sentirse tan neófita, tan extraterrestre, le daba cierto reparo. Esta intemperie sensitiva se esfumó en cuanto empezó la cinta; sonó la canción «Tonight the Streets are Ours» («Esta noche las calles son nuestras») y apareció Banksy, con la silueta en negro y la voz manipulada para no ser reconocido, con la cabeza cubierta con la característica capucha de sudadera, y proclamó: «La película es la historia de lo que ocurrió con este tipo, que intentó hacer un documental sobre mí, pero él era más interesante que yo...»

Con este arranque que rezumaba ironía, los ojos de Dora se abrieron como platos de tiro al plato, como lunas llenas o como los del trompetista Louis Armstrong. Es decir, Dora se había tropezado, sin buscarlo, con la palanca que le faltaba en su proceso de transfiguración estelar: un diablillo anónimo que se había infiltrado en algunos de los más grandes museos del mundo para

dejar una pieza, una intervención y, sobre todo, para sacarles la lengua de una manera sorprendente. Éste era Banksy, un icono global, que actuaba a uno y otro lado del planeta, de Gaza a Nueva York, pasando por los campos de refugiados de Calais. Un ser invisible de resonancias casi mágicas, que aparecía y desaparecía, para depositar su huella donde menos se esperaba, donde más difícil era de colocar. Un duende del bosque plantado en la gran ciudad, que había hecho grandes instalaciones y exposiciones en los lugares más emblemáticos, que había creado murales que mezclaban, de una manera y otra, la crítica social, la bofetada al sistema, la ironía, el discurso doble, la provocación, el juego con el espacio y el momento, el gesto y el trazo irreverente.

Contra este sistema y enfocando directamente a todas sus paradojas, se dirigía ese documental que llevaba la firma de Banksy. Como él, medio ocultos y distorsionados, a lo largo de la cinta aparecían toda una serie de binomios contrapuestos: la realidad y la ficción, la gamberrada y la crudeza, la obra excelsa y la copia burda, el mercado y la originalidad. Eran parejas de baile que se perseguían como el perro que da vueltas sobre sí mismo para atraparse la cola.

Su sentido lúdico cargado de significado, de intención y de interpelación y brochazos de mordacidad hizo que Dora se enamorase de Banksy, de ese personaje sin cara, lacónico, que vapulea a través de pinturas, murales, instalaciones y lemas en la calle, en Twitter, ocupando galerías... Se enamoró también, aunque de otra manera, de Thierry Guetta, el otro personaje del documental. Thierry es la figura obsesiva, el corredor popular que es absorbido por una locura de maratones inabarcables, el artista mimético que persigue las huellas de Banksy, que lo quiere conocer y tocar y que, finalmente, quiere convertirse en él. Es el acto de mimesis llevado al extremo, en versión descarada y de masas para el siglo XXI, el nacimiento de Mr. Brainwash (el señor Limpiacerebros), alias que utilizará cuando se convierta en artista.

Thierry empezó a filmar todo lo que lo rodeaba. «Me encantaba filmar en la calle, de noche, porque era una mezcla de miedos con la novedad de filmar lo que nadie veía», relata en el documental. Dora anotaba mentalmente esas palabras: «calle», «noche», «miedos», «lo que nadie veía». Y aún añadió otra más: «fantasma». «Me sentía como un fantasma, yendo con los artistas callejeros», proclama el videocámara, desaforado. Y ¡alehop! Tropieza con la senda del azar que lo lleva a conocer a Banksy, el *súmmum*, el exponente máximo de los artistas callejeros, el enigma, la sorpresa que no da explicación ni deja tarjeta de presentación, «el provocador misterioso», el centrifugador de «aventuras ambiciosas». «Aventuras», otra palabra. Los trabajos de Banksy, sus *street stencil* –plantillas de calle–, se estampaban por todo el mundo, se vendían a precio de oro, con una resonancia internacional cada vez más notoria, y, en cambio, el artista se mostraba tan escurridizo como siempre. «Banksy estaba llevando el vandalismo en una nueva dirección.» «Vandalismo», retumbaba en la cabecita de Dora, sin que supiera, todavía, qué sentido darle.

La película la sumió en un mar de dudas desordenadas, sacudida por tantas señales. ¿Puede haber muchas obras de arte que se parezcan, que sean, adrede, copias y que funcionen, que alguien las compre, que el gran público las acepte y aquí paz y después gloria?, se preguntaba. Puede haberlas, le respondía la voz de la conciencia luminosa. Llevando el agua a su molino, se preguntaba si podía haber periodistas de cuota, previsibles, que sólo emitieran la opinión dictada por aquellos a quienes consideraban que representaban. Puede haberlos, otorgaba la misma voz, quizá un poco más diáfana.

Se había quedado hipnotizada. Se había abierto un agujero en el espacio y el tiempo para que el genio de la lámpara le brindase justo lo que necesitaba. Una gran acción-reflexión sobre la

línea que divide arte y mercado, genio e imitador, impostura y triunfo, y, sobre todo, sombra y esplendor. «Sombra y esplendor», murmuró.

«Salida por la tienda de regalos.» ¡Qué ironía! En un domingo anodino, Dora había tomado el camino que la llevó allí. Como todo el mundo sabe, ésta es la vuelta más larga para poder regresar a casa con una bolsa de kikos o golosinas o cuatro herramientas de fontanería de pacotilla. Por el contrario, aquel giro violento le había proporcionado el regalo más valioso. A través de aquella película de autorreflexión, parodia y dardos despiadados había conocido el arte callejero y la posibilidad de ir más allá. No tenía ganas de escrutar las trampas del documental. Le daba igual dónde acababa la realidad y dónde empezaba la ficción. Tan sólo escudriñaba un subterfugio, como el móvil de un crimen pero bastante más inofensivo, un pretexto para trazar su plan. «Un plan para escapar hacia delante.»

Empezaba a emprender un viaje, el plan que acariciaba, que no sabía con precisión adónde la llevaría, por mucho que se adivinasen algunos puntos cardinales, como Dublín, Can Giner y Can Besllum. Pero con una certeza casi tangible: sería muy difícil volver atrás.

Cuentan que un periódico británico, el *Mail On Sunday*, publicó en su momento lo que podría ser la verdadera identidad de Banksy, su contexto familiar y el nombre de su mujer. De inmediato y en respuesta recibió cartas de lectores pidiendo explicaciones al periódico de por qué lo había hecho, por qué quería ser un aguafiestas, por qué pretendía arruinar una cosa especial. Ésa era la actitud con la que Dora salió del documental, armada con un puñado de razones artísticas a punto de estrenar. Tenía el método y el pretexto. El éxtasis la llevó a compartir el impacto increíble, el hechizo insospechado con otros asistentes, aunque no los conociese, e intentar confesarles sus impresiones. Necesitaba compartir ese estado de choque. Y entonces fue cuando le lanzaron un jarro de agua fría que dejó aturrida la energía motriz con que había salido del casino.

–Me parece que demuestra que «*quien la sigue la consigue*»⁴ –apuntó una espectadora, con aire de resumirlo todo a partir de titulares de pacotilla.

–Bueno... –fue lo máximo que pudo llegar a susurrar Dora delante de aquella bobalicona que acababa de resumir de la manera más catastrófica inimaginable la tesis del documental. Pero la bobalicona no tenía bastante: continuó y quedó demostrado que el hilo de la ironía, que puede ser delgado pero no invisible a no ser que se tengan cuarenta dioptrías en el cerebro, no hay quien lo pesque a veces.

–Además, me parece que lo de Salinger está muy visto, ya lo habían hecho Lou Reed y Pynchon –alargó excesivamente el sonido de la i y de la che–, pero, en resumidas cuentas, lo que demuestra es que en Estados Unidos se trabaja mejor. Aquí lo que sucede es que la gente no trabaja tanto. Eso me lo han dicho muchos amigos, y vaya, yo misma lo he observado. Ya te digo.

Dora cogió el paraguas con parsimonia, con un sentimiento, ahora, un poco aguado por culpa de la pava esa que tenía un concepto ultramoderno de sí misma. Este altísimo concepto propio le impedía percibir, por sí sola, la formidable mema pasada de rosca injerto de clueca que estaba hecha. Seguía lloviendo, y en la plaza que Dora tenía que cruzar para volver a casa había un poco de barro. Por detalles como éstos, algunos creen que hay que urbanizar las plazas. Pero si el problema de lo que pisamos, de la fragilidad de los territorios por donde transitamos, fuese sólo el barro de una plaza, tendría un pase. Si el problema fuese sólo el barro de la tierra y no lo que transpira el cerebro, también tendría un pase.

Cuando Dora comía con Luci o tomaba una cerveza con Ramon, adoptaba un papel de espectadora al que estaba muy acostumbrada. Salvo contadas ocasiones, como cuando les contó que ya no estaba con Ricard, su papel era el de público agradecido. Durante años no se había percatado de una cuestión que ahora veía con toda claridad: sin ser consciente, a menudo había sido testigo de lo absurdo de los demás. Sabía verlo e interpretarlo. La anomalía de los otros, como si tuviese alma y pensamiento propios, se le acercaba sigilosamente, buscando su complicidad, la comprensión que tanto le costaba encontrar en el resto de la sociedad; y Dora, capaz de ver más allá, la observaba y la escuchaba en las diversas formas en que se presentaba. Era como si rindiese homenaje al gesto primigenio de escuchar las historias de Dèria y de la Gilda de los Huevos, esos personajes de los que sólo ella se acordaba porque los demás ya habían desaparecido. Y los que no, no tenían memoria.

Dora no había pensado nunca que pudiese sacar provecho de todo aquello hasta la revelación de Joyce y las gallinas. Desde aquella tarde en Dublín, desde aquel domingo con Banksy y el Limpiacerebros, sabía que se convertiría en una coleccionista de absurdos. La gente es capaz de tener toda la paciencia del mundo para coleccionar cualquier nimiedad de dudosa o nula utilidad. La providencia le había reservado a ella el campo de la rareza, un material para el cual había que tener desarrollado un sexto sentido que no era muy frecuente, de la misma manera que había comprobado que el sentido común era el menos común de los sentidos.

Y si echaba la vista atrás, se daba cuenta de que, de pequeña, el festival de gallinas la había colocado de lleno en el terreno intangible y pantanoso de lo absurdo, de lo que, no sirviendo para nada, se mostraba como magnífico y valioso. Seguro que su olfato para esta serie de contingencias se había afinado definitivamente en aquellos años primerizos, ataviada de gallina, blusa y falda rojas, cartulina-cresta en la cabeza.

Si el Limpiacerebros había explotado la copia, una incondicional némesis sin sustancia, ella estaba convencida de dar un paso más allá: tenía que ir tan al fondo como el Limpiacerebros, ser tan invisible como Banksy, porque la invisibilidad que durante años la había lastimado ahora la armaba de consistencia y fuerza, ahora sería el argumento y la repuesta. A diferencia de Luci y Ramon, dedicados a convencer a los otros de sus empresas –activas o pasivas–, Dora evitaba pregonar la naturaleza del cambio que estaba experimentando, del plan que trazaba. Este sutil secreto formaba parte de la misma performance.

En sus encuentros con Luci y Ramon, cuando las acometidas de éstos eran más punzantes, Dora se había acostumbrado a activar una especie de reacción de resistencia íntima. Una autodefensa que partía de un gesto aparentemente inocente. En la salida del metro del Paralelo, donde Dora bajaba para ir a trabajar, a menudo había un chico jovencito, enclenque, que repartía unas tarjetas algo cutres en las que se consignaban el nombre, el contacto y los poderes de algún maestro vudú. Estas tarjetas, compendios de superpoderes, la divertían mucho:

Profesor Kabirou. Gran vidente especialista en toda clase de problemas y dificultades. Problemas matrimoniales-sentimentales. Recuperación de pareja-amantes-atraer a la persona amada. Amor-impotencia sexual-amor. Éxito en los negocios, en el trabajo, exámenes... Atraer clientes (compraventa). Conservar el puesto de trabajo. Protección de la vida de familiares. Quitar el mal de ojo y otros maleficios. Arregla casos muy desesperados con rapidez y resultados positivos y garantizados.

Y puesto que la divertían, empezó a darles estas fotocopias tronadas, a modo de indirecta, de travesura socarrona, a Luci y Ramon. El espíritu de Banksy se unía a los maestros videntes. «Mira lo que me han dado hoy a la salida del metro, quién sabe, ¡quizá te ayude con tus asuntos!» Las reacciones de sus amigos eran previsibles: Luci, de entrada, veía en el profesor Kabirou la

salvación crucial que estaba esperando, la oportunidad de «hacer limpieza» de forma plena y absoluta; Ramon, descreído y crítico de pies a cabeza, despotricaba del gran vidente y de que Dora cogiera una de esas tarjetas. ¿Cómo se le ocurría? Así que ninguno de los dos aprovechó las ofertas de los médiums; en el caso de Luci, sin embargo, fue porque Dora se lo impidió, ya que ella iba directa a uno de esos maestros «kabirous» para plantearle sus dudas existenciales.

Más allá de las reacciones estereotipadas de sus amigos ante la broma, la bobada de coger aquellas tarjetas llenas de poderes y de un futuro luminoso tuvo otra consecuencia. Dora se quedó cautivada por el fenómeno: ¿realmente alguien llamaba a esos vudús en busca desesperada de ayuda? Si la respuesta era afirmativa, ¿quién, exactamente? ¿Qué le hacían? ¿Cuánto le cobraban? ¿Qué supuestas mejoras experimentaban los pacientes? ¿Dónde vivían estos sanadores del siglo XXI? ¿Por qué todos se ponían encima esa túnica de reminiscencias africanas ligada a los antiguos chamanes? ¿Podían realmente llegar a ser médiums con una fuerza inmaterial? A pesar de encontrarse en una época abocada de lleno a las peripecias atómicas, cierto ADN escéptico en la piel de Dora le impedía intentar cualquier visita a esos personajes.

Ahora bien, la descripción de la hoja de servicios de cada uno de ellos le parecía ejemplar. Sólo les faltaba mejorar la puntuación y la sintaxis. Curaban las grandes preocupaciones contemporáneas, sanaban los aspectos por los que el ciudadano moderno se sentía más aquejado, inquietado o golpeado. Estaba claro que la necesidad de buscar salvaciones inmediatas, vía infusión divina o vía maestro iluminado, continuaba teniendo público y adeptos. Como prueba bastaba la primera reacción que tuvo Luci delante de la posibilidad de una salvación eterna.

La mecánica es inequívoca: las tarjetas identifican los males que nos afectan y presentan al sanador milagroso, con un resplandeciente currículum –de estar por casa– incluido. ¿Por qué no probarlo, entonces? La tentación es grande, y prima hermana, en parte, de la larga tradición del mundo rural catalán de creencias religiosas ligadas a las animillas, al mundo de lo que no se ve pero se *sabe* que existe. Ése era el mundo del que provenía Dora. Sus orígenes estaban en un mundo rural que creía en la presencia de animillas invisibles, que podía explicar así una contingencia cotidiana como ésta, por poner un ejemplo gráfico: si una gallina hacía días que no ponía ningún huevo, había que preguntarse si alguien le había echado mal de ojo, y, en ese caso, no estaría de más llamar a un sanador para que fuese a hacerle «una limpieza». Al lado de este panorama, los librepensadores que Dora se encontró un día en el tren, repasando terapias, experiencias y desasosiegos, llamando a cada cosa por su nombre, podrían pasar por científicos acreditados por la academia. Cuando le daba vueltas a todas estas cosas le volvía a surgir la pregunta: ¿qué es exactamente lo extraño? ¿Qué es lo que se puede considerar normal?

El mundo de las animillas necesita pequeños trucos cotidianos para asegurarse la continuidad, aunque sea en pleno siglo XXI, y aunque el mundo rural de donde provenía Dora ya había desaparecido, ella se había acostumbrado a llevar siempre alguna de esas tarjetas en el bolsillo. La consideraba un amuleto que la acompañaba en sus paseos por Can Besllum. En definitiva, era un ejercicio de llevar la superstición del terruño a una urbanización acaudalada de la periferia de Barcelona.

En sus particulares viajes en moto se había decantado por Can Besllum, con sus calles más amplias, diseñadas para los coches y, al mismo tiempo, menos transitadas que las de Can Giner. Desde una perspectiva trascendental, todo encajaba categóricamente con sus ideas sobre las gallinas.

El lecho natural de la gallina es la sombra, un espacio que, en el plano simbólico, está encarnado por la periferia, esa área definida por la distancia con el centro de atención de las

cosas. Algún día –solía pensar Dora– la gente se dará cuenta de que es en la periferia donde pasan las verdaderas aventuras que merecen la pena. Cuestión aparte es que los focos pongan la atención en un centro, porque *tiene* que existir un centro, y oscurezcan otras cosas y de paso, durante el proceso, dejen a todo el mundo medio a oscuras. Conceptualmente, la gallina es un ser pensado para vivir en la periferia. Y el espíritu libre que, a ojos de Dora, simbolizaba su propia Santísima Trinidad (Murphy-Joyce-Banksy) se veía obligado por naturaleza a descubrir y circular por la periferia. En los caminos no frecuentados tienen lugar las nuevas travesías. ¡Qué manía la de querer parecerse todos a todos, cuanto más identificables y repetitivos mejor! Cuando alguien visita un nuevo país, se aproxima a él con la premisa de reconocer en él todo lo que sabe que ha de transitar. La finalidad es acumular el catálogo de fotos ya conocido, sólo para poder apostillar «me lo imaginaba más grande, es mejor Edimburgo que Dublín». Según estos postulados, por encima de todo hay que evitar la sorpresa, el imprevisto, el callejón paralelo o perpendicular al central –la alternativa a la Rambla, a la calle Ferran o a la Portaferriça de Barcelona...–, que tirarían por los aires la postal prevista.

Dora huía con la Vespa del pronóstico, la repetición y el calco y seguía la estela de Banksy para plasmar su propia interpretación personal, libre, en las paredes de sus latitudes periféricas. «Es todo una venganza, puedes ser el amo de la mitad de la ciudad haciendo garabatos en ella», declaró Banksy en una entrevista. De manera natural, las vueltas diurnas de Dora por Can Besllum se prolongaron por la noche, y se hicieron más largas. En las horas nocturnas ya no tenía la urgencia de coger el tren y llegar a la hora, puntual, a Barcelona. Y entonces los muros impolutos se distinguían mejor.

De la misma manera que Banksy cuando preparaba su acción en un museo importante –daba una vuelta previa para tomar medidas y detectar el mejor espacio en blanco entre las otras piezas–, Dora realizaba el reconocimiento de Besllum. «Es como el plan del atraco a un banco», afirmaba un colaborador de Banksy para explicar cómo proyectaban estas apariciones fantasmales en los museos; y eso vale para hacer un truco de magia tanto en una gran galería de arte como en una urbanización de gente boyante. Fiel a esta idea, a Dora la invadían unos niveles de agitación y maquinación próximos a los de asaltar la principal sucursal bancaria de su pueblo.

En 2003, un Banksy disfrazado de anciano se había plantado en la sala siete de la segunda planta de la Tate Britain, en Londres, buscando el mejor espacio donde colgar su cuadro. Al final, escogió el vacío existente entre un paisaje bucólico del siglo XIX y la puerta que llevaba a la sala ocho del museo. «La maniobra fue planeada con precisión y ejecutada con aplomo», confirmó *The Guardian* el 18 de octubre de 2003, al día siguiente de llevarla a cabo. El cuadro que colgó era una vista bucólica de una casa en medio del bosque, cruzada con unas cintas adhesivas de la policía –«police line, do not cross»– que medio tapaban la obra. Además, para despejar cualquier duda, incorporó este mensaje en una tarjeta: «Banksy 1975. La reconstrucción del crimen en el Reino Unido nos ha arruinado la escena de campo.»

En el Museo de Historia Natural de Londres el artista de Bristol depositó una rata de peluche dentro de una urna de cristal, con un espray, un micrófono, una linterna, una mochila, unas gafas de sol y unos signos en forma de grafito tachados en el envoltorio. Estos signos, salidos de la boca de la presunta rata, anunciaban la buena nueva: «Llegará nuestro tiempo.» Cuando todavía no había aprendido a hacer plantillas, ésta era una de las frases que Dora había estampado deprisa y corriendo por las calles de Besllum. «Llegará nuestro tiempo.» Le parecía un lema contundente, díscolo, desafiante; adjetivos que definían de forma ajustada su momento vital. Utilizó también otros lemas como himnos inspiradores y contraculturales, los escribió como pudo, con una mala

letra ostensible a causa, también, de la poca habilidad que ya le venía de fábrica. «Aplasta el sistema», «Los punks no han muerto; cresta de por vida», «Life is beautiful» (éste era un homenaje al Limpiacerebros, porque era el título de su exitosa exposición en Los Ángeles), «This'll look nice when its framed», «Cómete a los ricos», «Self-expression», «El mundo es tuyo», «Take the money and run»... Algunas proclamas las ponía en inglés, otras en catalán. Le parecía que así ampliaba la repercusión, el sorprendente eco sobre el hipotético público desconocido. También pintaba algunas de sabiduría popular que había visto en algún sitio, no sabría precisar dónde, como: «Yo aquí no pinto nada» o «Tonto el que lo lea». En medio, Dora colocaba su firma por doquier. Banx, inspirada en la primera firma que había utilizado Banksy (Robin Banx), era la personalidad que había adoptado.

Poco a poco aprendió a elaborar plantillas –algo rudimentarias, a decir verdad– para poder pegar en las paredes alguna forma que pudiese ser fácilmente reconocible: una vez elegido el espacio y el agujero, era cuestión de verter allí espray a tutiplén, sin salirse, claro, de los límites de la plantilla. Las dificultades técnicas que padeció al principio –las plantillas no demasiado bien rematadas que había diseñado y la velocidad con la que aplicaba el color por miedo a que la descubrieran– dieron como resultado unos desaguisados que no produjeron ninguna reacción. Los vecinos, acostumbrados a que su paisaje cotidiano no cambiase un ápice, con los sentidos un poco adormecidos, apenas alcanzaban a comprender qué era esa deformidad que había emergido en una pared.

La espiral en la que había entrado Dora la había conducido a una actitud de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, o bien, por decirlo a la manera de Buñuel, de *Belle de Jour*. No es que Dora fuese de prostituta elegante por el día y de esposa fiel por la noche, como en la película. De día se vestía de ciudadana civilizada que daba una vuelta por Besllum como para distraerse y observaba las reacciones de los pocos vecinos que salían a pasear. Y, más concretamente, escrutaba los semblantes de los que salían a pasear al perro, que prácticamente eran la totalidad de los que salían a pasear. Deambulaba un rato como el que no quiere la cosa, como si no buscase nada en concreto; disfrutaba de la calma de la urbanización en la que, a aquella hora, todo el mundo estaba trabajando, en la escuela, en el gimnasio o en el campo de tiro. Si durante sus inspecciones matinales conseguía ver a una mujer mayor con perro –ya tenía vista una que llevaba un rottweiler imponente– que se paraba un momento delante de uno de sus garabatos, Dora tenía una sensación de triunfo que le insuflaba energía para todo el día de rutina periodística que le esperaba.

Por la noche, todo el mundo se encerraba en casa, y sólo se veían algunos grupos de adolescentes en algún rincón de la calle –*pijos* de Besllum o *quillos* del barrio de al lado–, pero, al fin y al cabo, jovencitos con ganas de fumarse el tiempo, provistos de porros de medidas ostensibles y algún licor o vino del supermercado. Algunos de estos ejemplares pandilleros todavía iban con una bici de esas pequeñas de dar saltos y hacer piruetas para impresionar a las niñas. El resto exhibía su moto al lado, como un elemento más del kit de adolescente ocioso.

Con este decorado de fondo, si alguna vez Dora había sido sorprendida haciendo alguna pintada, los vecinos la habían asociado automáticamente con esta patulea. «¡Venga, vamos, vete a fumar porros y deja de ensuciar!», había oído que le decía un hombre mayor una tarde; era un hombre que tenía por costumbre sacar la basura a horas intempestivas y aprovechar el viaje para pararse en una valla cercana: alargaba la rabadilla y el gáznate y espiaba a una vecina. Para desesperación de Dora, el grupo de adolescentes tampoco tenía tiempo para prestar atención a sus pintadas ni daba señales de mostrar el menor interés.

Debía ir perfilando su *modus operandi* si quería tener un impacto mayor sobre el vecindario

de Besllum. El poco espacio libre que quedaba en las paredes del barrio la llevaba de cabeza. Las paredes sólo eran muros reducidos que delimitaban la propiedad y el patio, pero no auténticas fachadas pomposas donde pudiera explayarse. A menudo presentaban irregularidades, con la caja de los servicios de luz o agua sobresaliendo, lo que dificultaba todavía más sus maniobras. Con todo, pronto comprendió cuál era el siguiente paso para el salto artístico: el elemento simbólico de las gallinas debía tener una función primordial en su camino de imitar el sentido de la justicia, el humor o el comentario social que consideraba que imprimía Banksy a sus obras. Dora, como Banksy, quería traspasar las barreras y los muros, ir mucho más allá de lo que era estrictamente el mundo grafitero. Y más allá también de lo que se esperaba de ella.

En una plantilla recurrente de Banksy aparecían unas ratas diciendo precisamente «Tonight the Streets are Ours». Cuando Dora vio el documental enseguida tuvo la intuición de que las ratas significaban para Banksy lo que para ella las gallinas. Una especie de elemento mágico que actuaba como llave maestra ante todas las maldades y oscuridades; la coyuntura que desarmaba las hipocresías del sistema, arrancaba las máscaras y pisoteaba las injusticias.

Según los caminos escrutables del canon –también en este ámbito existen– y un libro sobre Banksy que Dora había devorado (*The Man Behind The World*), los grafiteros solían escribir sólo su nombre y algunos caracteres: la clave para entenderlos es que entran en un juego de impresionarse unos a otros, sin pensar en ningún momento que se dirigen a un público; de hecho, *ellos* no se dirigen a nadie. Banksy y los otros artistas callejeros, por el contrario, producen imágenes que inmediatamente son comprendidas: buscan la relación con el público y la reacción de éste. A partir de eso, el genio de Bristol produce toda una imaginería que ha llegado a ser un distintivo (tan identificable como fácil de copiar). Tal vez donde esta marca se manifiesta de forma más evidente es en sus piezas más famosas, elaboradas con espray y plantilla. Sin embargo, una ojeada al resto de su obra permite comprobar que ha materializado la interpelación constante al ciudadano, al público, al visitante, al rebotado, al cabreado (depende de los casos y circunstancias), también en los montajes y exposiciones. En la muestra que presentó en una tienda de mascotas, la Village Pet Store de Nueva York, en 2008, unos *nuggets* animatrónicos –animados electrónicamente–, como si fuesen seres vivos sobre dos patas de pollo, picoteaban en la salsa en la que tenían que bañarse. En otra exposición de provocación social, el mastodóntico montaje *Banksy Versus Bristol Museum*, en 2009, el visitante se encontraba con un policía antidisturbios, también animado, montando y balanceándose sobre el caballito de un ti vivo. En diciembre de 2011 instaló en la sala dedicada al arte del siglo XVII de la Walker Art Gallery de Liverpool, y de acuerdo con la galería, un busto de un cardenal con el rostro cubierto de pequeños azulejos, como piezas de baño, que provocaban la distorsión de la cara: el cardenal se llamaba Sin (pecado, en inglés), y el conjunto era una protesta contra el escándalo de los abusos de la Iglesia católica a los niños.

Inspirándose en ese talante y en las ratas de Banksy, Dora se esforzó por bordear la crítica afilada, la lucidez y la colleja artísticas mediante una multitud de gallinas que hacían o decían cosas cuya misión era que nadie se quedara indiferente. Llenó su casa con pruebas de plantillas, de copias sacadas de Internet que le podían servir para perfilar la silueta de una gallina. Todo esto era un descubrimiento para Dora, que no realizaba manualidades ni nada que se le pareciera desde la infancia: desde las cartulinas que imitaban la cresta de gallina. En aquel tiempo tenía cierta pericia, pero habían pasado muchos años, quizá demasiados. Convirtió el comedor en un «campo de Bramante», como denominaban sus padres a un panorama de desorden devastador como el que se estaba produciendo allí en pro de la quimera gallinácea.

Con este despliegue de medios y con este proceso de fotosíntesis vertiginosa, a veces Dora llegaba al periódico con el dedo vendado por culpa de un corte inoportuno o con alguna mancha de pintura en la mano. Si coincidía con uno de los días que quedaban, bien para comer o bien para tomar una cerveza, Luci y Ramon le preguntaban si estaba pintando la casa o haciendo bricolaje y ella respondía lacónicamente que sí. Al fin y al cabo, tampoco decía ninguna mentira. Debido al esfuerzo de la creación gallinácea y las performances de protesta en Besllum iba por el mundo con unas ojeras hasta media cara, pero ella se justificaba aduciendo que últimamente no dormía demasiado bien. «Tendré que tomarme alguna vitamina, debe de ser el otoño» (cuando era otoño); o «Debe de ser cosa de la primavera» (cuando era primavera).

Banksy sembraba ratas y ratones por todas partes. Un dibujo de una rata con pincel clama: «Estoy fuera de la cama y vestida; ¿qué más queréis?»; otra rata observa una pintura y comenta: «Si el grafito cambiase algo tendría que ser ilegal»; aparece una rata vestida de rapero, con un radiocasete; y después, una rata con un colgante con el signo de la paz y una pancarta: «Londres no funciona»; más allá, una rata con un cartel: «Mentís»; rata con cámara de fotos; rata con rodillo de pintar que exclama: «No hay nada como la buena publicidad»; rata haciendo equilibrios, con pértiga incluida, sobre un candado; rata peluda y asquerosa, con un maletín del que asoma un fajo de billetes, que manifiesta: «Dejadlos comer crack.» Dora probaba todas estas versiones con gallinas, aunque muy a menudo no pasaban de croquis que no llegaban a ninguna parte. Sin la presión de la copia, intentaba alguna creación propia: una gallina que picoteaba el huevo, que se iba agrietando, con la leyenda: «Revienta el sistema»; una gallina enfadada, con los brazos o las alas cruzadas, que exclama: «¡A que no hay huevos!»; otra todavía más airada que grita: «¡La gallinita ha dicho basta!»,⁵ y otra en que había querido dibujar un gallina plácidamente sentada con el lema: «¡Sé clueca, pon tu sueño!»

Se lanzó a diseminar durante toda una noche por las calles de Besllum el material más digno que finalmente había podido preparar, que era, a pesar de que se sentía orgullosa de él, un poco escaso. Era su acción más arriesgada y sentía el latido acelerado del pánico. La misma sensación que la embargaba de pequeña cuando iba al lavabo y le daba un miedo horrible porque imaginaba que en la bañera, muy grande y colocada al lado del váter, se escondía Drácula. (Ha de confesar que a veces se había tenido que levantar y comprobar que, efectivamente, en la bañera no había nadie.) También se apoderaba de ella un pánico adrenalítico cuando tenía que ir a abrir la casa de los abuelos para que se ventilase. Ya no vivía nadie allí, y su madre la obligaba a abrir y cerrar las ventanas de la casa, a la cual se accedía por una escalera de peldaños muy empinados. Al final de la escalera, el rellano quedaba escondido del campo de visión del que subía. Dora se imaginaba que, cuando llegase al rellano o cuando traspasase el umbral, le aparecería alguien blandiendo la pierna ortopédica del abuelo, que estaba justo detrás de la puerta. El abuelo había sido un hombre alto, y, en consonancia, era una pierna imponente. Pero, en realidad, la pierna ortopédica no se movió nunca de donde estaba. Y la noche en que Dora diseminó las calcomanías de gallina por Besllum no la descubrió nadie. Eso no quiere decir que no volviese a sentir ese miedo infantil cuando el vecino cumplió su ritual de sacar la basura a deshora y empinarse para tratar de espiar a la vecina, o cuando una moto de motocross pasó zumbando, o cuando vio el coche de la policía a lo lejos, en su vuelta rutinaria por el barrio, o cuando el rottweiler de la anciana empezó a ladrar. Ninguna de estas contingencias fue obstáculo suficiente para que no pudiese estampar en los muros de Besllum sus plantillas de gallinas indignadas. Los espectros del

Drácula de la bañera y de la pierna ortopédica del abuelo se habían ido a dormir, viendo que aquella noche cualquier intento de tomar cuerpo sería en vano.

A pesar de haber dormido sólo cinco horas, a la mañana siguiente muy temprano Dora ya estaba en Besllum para comprobar los efectos de las gallinas alborotadas que había soltado. Al principio, aunque fuese porque el día era gris, plomizo, y quizá había acudido demasiado pronto, la indiferencia la mortificó. Recordó aquel comentario de Banksy sobre la actitud del visitante de la galería cuando él se ponía a pegar un cuadro al lado de otro ya existente: «La mayoría de la gente ve pasar el mundo y no presta atención a las cosas, ni tan sólo a gente con grandes barbas que lleva entre las manos piezas de arte y las pega.» Dora no se había provisto de grandes barbas pero sí había aventado unas gallinas con toda la ambición y el entusiasmo que había podido imaginar.

Para combatir el desengaño, Dora se dio más tiempo: llamó al periódico para justificar que llegaría más tarde, tenía que acompañar a su padre al médico. Enseguida se fue a Can Giner y entró en el bar La Jungla –en Besllum no había bares– para matar el tiempo. Mientras leía la prensa deportiva más chapucera y cavernícola, ideal para tener la cabeza en blanco, se tomó un cortado y un cruasán rocoso. Los nervios hicieron que los engullese demasiado vorazmente, llevada por la avidez de obtener nuevas noticias, y más concretamente reacciones gallináceas. No había transcurrido ni un cuarto de hora cuando ya se lo había zampado todo y apenas había pasado el tiempo.

En La Jungla había unos albañiles tomándose un bocata y una cerveza, y Dora consideró que era adecuado seguirles el rollo, así que pidió una caña y continuó leyendo *El Mundo Deportivo*: «Yahoo indemnizará a una ex de Ronaldo por un vídeo muy subido de tono», se leía en uno de los titulares de análisis futbolístico. Resoplido y vistazo al reloj del móvil. Temprano todavía. Mejor que esperase un rato más para evitar llevarse una decepción demasiado tempranera y tener que teletransportarse a Barcelona con las manos vacías y el alma por los suelos. «Jessica Geneaux, la última locura de El Loco Palermo», se leía en la contra del *Marca*, con una imagen de una tía enseñándolo todo.

–Ostras, tú, ¿sabes lo que me ha pasado hoy, Martín? En la casa donde trabajo, aquí en Besllum, nos han jodido con una pintada. Es algo raro, raro. En la pared de la casa, que no es muy grande, han pintado una gallina. Sí, macho. Una gallina con una cara extraña que te cagas, yo qué sé, mal dibujada, y con una frase que dice: ¡A que no hay huevos!

–Vaya, tío, ¡qué cosas te pasan! –le replicó Martín, el dueño de La Jungla, con aire burlón.

–*Joder*, es lo que he pensado yo, tío. Los de la casa se han hecho caquita. Me han preguntado si podía ser cosa de los gitanos, si es que les pedían pasta por las obras, por vigilar el material o algo así.

–¿Y tú qué les has dicho? Piensa que, según cómo, es la oportunidad para montártelo bien y sacar un poco más de pasta –soltó rápido Martín viendo un nicho de mercado–. ¡Te podías sacar para las vacaciones, pavo!

–¿Qué dices, tío? ¡No quiero perder el trabajo! Les he dicho que seguro que era una gamberrada de esos zánganos que circulan con moto por las noches. Que no tienen nada que hacer y se dedican a guarrear las paredes. Qué otra cosa podía ser. He tenido que llamar a un pintor para que lo venga a borrar todo. Y la gracia que les hace a los pintores que los molesten por una gilipollez así y, además, ¡que les metan prisa!

Dora se quedó con la mirada fija en aquella modelo pechugona que se había ligado el impetuoso delantero argentino, ex del Atlético de Madrid. Pero no porque estuviese observando esos pechos que le importaban un rábano. Dora lucía una sonrisa de victoria íntima, de por fin se ha hecho justicia, y no es más que el comienzo; se levantó, cogió el bolso y pagó su cruasán, su cortado, su cerveza y la del albañil.

–Cóbremela, por favor, que parece un pedazo de albañil, este chico –pidió, alegremente, al camarero atónito.

Regresó a Besllum excitada, dando gas a la moto para llegar a las paredes del barrio que ya se sabía de memoria. La cabeza se le empezaba a llenar de pájaros: quizá descubriría grupos de vecinos comentando algún grafito, quizá las cámaras de televisión ya estaban allí para documentar aquella acción singular, quizá los adolescentes porretas harían una sentada al lado de una de aquellas gallinas y pedirían que no las borrasen... A menudo ocurre que la realidad siempre está a punto, ataviada con las mejores galas, para echarte un jarro de agua fría. A esa hora de la mañana, la hora en que todo está tranquilo, en que todo el mundo está en la escuela, trabajando, en casa o en el club de tenis, Besllum continuaba en una calma anodina. Los jóvenes del instituto que hacían pellas estaban en el rincón de siempre, con sus canutos y cervezas. La anciana del rottweiler se había detenido delante del dibujo de la gallina que exclamaba que no pondría más huevos, y justo cuando se disponía a mirarla, poniéndose bien las gafas para leer la letra apretada de «La gallinita ha dicho basta», su perro se había acercado a la pared, había levantado la pata y, sí, correcto, había meado sobre la gallina y la había dejado un poco amarilla. Uno que pasaba por allí y que parecía dirigirse hacia las pistas de tenis había esbozado una sonrisa al pasar junto a la gallina que aseguraba, parafraseando a la rata de Banksy: «Dejadlos comer crack.»

Dora estuvo esperando un buen rato nuevas reacciones a la performance gallinácea, en algún rincón, y por fin dio la vuelta para salir del barrio por la calle principal donde estaba el club de tiro de precisión; entonces se iluminó una última esperanza: ¡la pintada de la puerta de entrada al campo de tiro! Allí había puesto una gallina picoteando el huevo, un huevo simbólico: «¡Reventad el sistema!» Un huevo que parecía el plato al que habían de disparar los socios del club –habrían podido pensar al entrar, si hubiesen sido zarandeados por el mismo ardor que Dora–. Cuando pasaba por delante de esta instalación deportiva, minutos antes de tomar el tren que ya no podía perder si quería llegar a tiempo a Barcelona, vislumbró a unos socios que señalaban la pintada, más gruesa y visible que las otras, con actitud indignada:

–¿Quién coño habrá hecho esta gamberrada? –se preguntaba uno.

–Joder, ¿no tienen nada más que hacer? No sé si nos quieren tocar los cojones, pero no lo conseguirán, no saben con quién se la están jugando –pataleó otro, visiblemente enfadado.

Un socio del club menos presuntuoso y más dado a mostrar cierto sentido práctico se vio con el ánimo de añadir:

–Me parece que tendríamos que pedir una reserva de dinero a los socios para borrarlo. Ya sabéis que estamos sin blanca. Con la crisis, hemos perdido bastantes socios... –precisó, asumiendo la voz de la conciencia.

–La pintura ya la pago yo de mi bolsillo, me cago en Dios. ¿Qué se han creído estos golfos? –concluyó el más encendido, que no rebajaba en absoluto su rabia.

El runruneo suave de la moto de Dora atravesó la escena, ella con la cabeza levantada, muy erguida, disimulando y riendo dentro del casco. También reían Drácula en su bañera y la pierna ortopédica tras la puerta. Banx ya tenía un nombre, ya era alguien en Besllum.

Casi pierde el tren, embobada en regodearse con el triunfo que había certificado la escena del club de tiro de precisión que acababa de presenciar. El club, situado en la calle Quinta Avenida, tenía un par de plantas y una buhardilla, y el aire de una instalación cerrada y exclusiva. Por fuera, resaltaban las letras rojas —«tiro olímpico»— y un par de Mercedes que estaban aparcados delante. Un Mercedes, con matrícula de dos letras, era el de los Sanguinet, los vecinos que gritaban ante las dentaduras postizas. Dora lo había identificado por la matrícula. Mira por dónde la afición al tiro olímpico estaba más extendida de lo que pensaba.

En el tren, en el viaje a Barcelona, repasó mentalmente todos los puntos en los que su acción gallinácea había dado en el blanco. Calculó si le quedaba algún rincón por explorar. Difícil. Las últimas semanas había descubierto algunas complejidades de la urbanización. La primera era que empezaba a tomar un aire decadente, algo abandonado, y, como consecuencia, los abetos descuidados o las palmeras muertas molestaban más que otra cosa e interrumpían el acceso a algunas paredes. Por otro lado, las enredaderas invadían los muros en algunos casos, y en otros, el letrero de Engel-Völkens mostraba que en aquella casa no tenía sentido intentar ni un esbozo de garabato porque, al estar en venta o en alquiler, nadie se fijaría. A todo esto había que sumar los muros que daban a patios equipados con cámaras de vigilancia bien visibles. Tenía que ser muy cautelosa con ese obstáculo. La conclusión era que los muros de Besllum se acabarían pronto y había que pensar en soportes alternativos.

Mientras iba ordenando pensamientos en el trayecto en el tren, Dora reparó en el enorme error que había cometido por culpa de la precipitación infantil de buscar reacciones. No había fotografiado ninguna de sus estampaciones gallináceas. Si algo explica el fenómeno de Banksy es su uso intensivo de las redes y de Internet, a través de los que esquivo el vacío notarial y el carácter efímero que se supondría a unas pintadas en la pared. Alarga la contundencia de lo que, en principio, estaría condenado al instante, a la arbitrariedad del brochazo que lo eliminase definitivamente. Algunos entendidos se atreven a tildarlo del «primer artista internacional de Internet». Esta etiqueta podría sugerir la pregunta: ¿qué sentido tiene, entonces, su anonimato? Simplemente, quiere decir que no ofrece ruedas de prensa ni grandes entrevistas en la televisión; por el contrario, propina un buen gancho ofreciendo las imágenes de las obras y sus dibujos en webs especialmente elegidas o ideadas para la ocasión, difundiéndolos por las redes, reinventando las reglas de difusión y la publicidad dirigidas al gran público. El creador de Bristol hace brotar de él mismo y de nadie más su difusión.

Con estos descuidos, las gallinas de Dora Banx tuvieron una resonancia mucho menor de lo que esperaba o podía haber sido. Sólo se acercó la televisión comarcal a grabar algunas imágenes peculiares de las gallinas, para acabar haciendo un vídeo breve sin casi ningún pesquis artístico. Todo ello hizo que se diera cuenta de que había quemado una etapa. Había que tomar un camino menos trillado, quizá teñido de unas gotas de vandalismo que no habría imaginado nunca. Tenía que pasar a las acciones en los patios de las casas: no veía otra salida que saltar el muro.

La jardinería de los patios de Besllum la formaban, mayoritariamente, rosales, algún que otro olivo y geranios. Con la vigilancia de las cámaras y los perros, estaba convencida de que una performance en un patio podría conseguir un efecto más directo. Y máxime si se tiene en cuenta que el espacio público del barrio era poco menos que una cámara mortuoria, en el sentido de que era una tierra de nadie, sin nadie que la reivindicara. Esta nueva estrategia que estaba decidida a emprender comportaba otro beneficio colateral que no había que menospreciar: podría realizar

una acción mucho más completa. Según sus planes iniciales, la obra consistiría en lanzar o colgar una plantilla ya elaborada que no le sería necesario estampar en ningún sitio (aparte de que no acababa de dominar el espray, evitaría también las limitaciones de las paredes), y la inclusión de diversos mensajes-guatazos de pensamiento libre, combinados con alguna operación suplementaria de descodificación diáfana, como la de arrancar un geranio o cortar un rosal. Y, para coronar el sarcasmo, una guinda muy especial. Al lado de la firma de Banx, Dora proyectaba dejar, enigmáticamente, una tarjeta de un maestro vudú que todo lo arregla, una tarjeta, por ejemplo, como ésta:

Profesor Musa. Vidente médium. Veinte años de experiencia. Elimino todo lo malo y cambio tu Destino. Especialista en el Amor. Negocios. Problemas que tú crees que no tienen solución.

Le parecía estar en proceso de preparar un cóctel molotov de efectos incalculables, que en ningún caso podía fallar. Para más adelante, aparcaba otros sueños de grandeza, como el de idear de alguna manera una traslación de la acción de *La Sirena de las Ovejas* en el Glastonbury Festival. A este certamen de artes y performances contemporáneas, que tenía lugar al sur de Bristol, Banksy llevó un camión con animales de granja de peluche, un convoy en el que había ovejas, pero también algunas gallinas y vacas. Todos eran peluches y sonaba una sirena a todo trapo, mientras el ganado de juguete era llevado al matadero. Dora ya salivaba imaginando un convoy similar –quizá con más cloc-clocs de las gallinas– con su particular revolución de griteríos (¡chirridos, aullidos y gorjeos!) en las plácidas calles de Besllum. Esta fábula ganadera le hizo tomar conciencia de algo que no se había planteado hasta entonces. Es posible que la elección de Besllum para sus acciones al llamamiento y búsqueda de un determinado espíritu mordaz, de perfil afilado, estuviese salpicada por algo cercano al odio social. Fuera cual fuera la forma que tomaban sus dibujos, lemas y performances, todos destilaban un ápice de rabia. Seguramente sus raíces rurales, tal vez imbuidas de cierto carlismo del siglo XIX, le removían los hilos internos. Y seguramente, también, su verdadero blanco era una forma extendida de hipocresía. Aun así, se veía salvada porque este presunto odio social estaba expresado, en el fondo, con lengüetazos punks de felicidad, muy lejos de los trabucos que habrían esgrimido sus predecesores. Si había algo que no le iban a quitar era la alegría.

Besllum era una urbanización pensada para que las casas se ahuecaran como cluecas, amplias y ufanas. Las viviendas tenían todo lo imprescindible para que sus inquilinos, ya fuesen de toda la vida o nuevos ricos de cliché, no necesitaran estar en contacto con nadie más. La aspiración era ésa, tenerlo todo dentro de casa, no tener que ir a buscar prácticamente nada fuera, a no ser que uno lo eligiese, como podía ser la sesión del club de tenis o del tiro de precisión.

Dora se preguntaba con frecuencia si los que habían caído al otro lado –estaba desplegando una metáfora– se habían preguntado alguna vez cómo es que tenían esto y lo de más allá: ¿llegarían a pensar cuántos privilegios de casi nobleza aristocrática tenían la suerte de tener? Sí, de acuerdo, en el origen de todo, en un momento u otro, siempre había alguien al que le debía de haber costado Dios y ayuda poder deslizarse hacia el lado bueno. Pero ellos, ¿ellos se acuerdan de ese alguien? Porque ellos eran los que frecuentemente le daban lecciones sociales, de consciencia y moralidad. A ella, que en la escuela y en el instituto había conocido a un montón de estimables *quillos* semidelincuentes, algunos tontos de capirote y otros emporrados hasta las cejas, algunos náufragos sin remedio provenientes de familias desestructuradas, tipos pasivos que, ciertamente, no tenían intención de mover un dedo... Precisamente a ella, esos que habían crecido

entre algodones le querían enseñar instrucción social. Dora también había conocido a muchos descarriados entrañables que, si alguien les hubiese dado la más mínima oportunidad o si se la hubiesen dado ellos mismos, habrían encontrado su pretexto. Al final, todo el mundo busca un pretexto u otro para ir disimulando, ir tirando e ir bailando el vals con aparente armonía.

No estaba dispuesta a aguantar ni una sola lección de esa gente que iba disfrazada de normales como tú y como yo. Hipsters, *pijos*, riquillos, progres de salón, marxistas de salón, lenins de salón, derecha por encima de la Diagonal, izquierda por encima de la Diagonal, fantasmones de la doble moral... Dora los llamaba el establishment. Pensamiento petrificado que ni se cantea, era el hecho y la actitud. Una sociedad puritana, en resumen, que no estaba dispuesta a tolerar el camino más largo para volver a casa o la salida distinta por la tienda de regalos. Del establishment, del pensamiento unívoco, Dora huía en moto. Huía como gato escaldado que del agua fría huye. Huía y lo atacaría. A su manera. Le daba igual si, de entrada, no se entendía del todo. Estaba acostumbrada a que no la entendiesen. ¿La había entendido alguien cuando hacía de gallina? La moto, las plantillas, las tarjetas vudús eran armas cargadas de futuro y de poesía.

Si comparásemos la transformación del metabolismo que experimentaba Dora con una alteración como la diabetes, se podría afirmar sin miedo a equivocarse que sus niveles de abnegación e identificación con Banksy eran propios de la hiperglucemia. Su próxima acción tomaba cuerpo. Sólo necesitaba un dibujo listo para colgarlo, una tarjeta de un sanador que todo lo arregla, una firma y unas tijeras de podar. Unas tijeras afiladas, por supuesto. Nada podía salir mal.

IV

Si el Limpiacerebros, la copia espuria de Banksy, comenzó la carrera que le llevaría a la fama –no se descarta que sólo a la fama– filmando las más variadas escenas cotidianas, Dora ya tenía claro cuál era su objetivo: haría de barrendera de los retazos de vida que cazaba en sus viajes en tren. Cuando descubrió la obsesión de Thierry por grabarlo todo (primero la cotidianidad, después a los artistas urbanos por las noches, finalmente a Banksy...), Dora tomó conciencia de que disponía también de un material muy valioso e igualmente voluble. Los viajes en tren para ir y volver del trabajo. De Granollers a Barcelona. De Barcelona a Granollers.

A menudo había barruntado que estos recorridos diarios eran una fuente inagotable de humanidad comprimida. Cápsulas que se transportan y rezuman una ligera secreción en forma de comentarios peculiares, diálogos que parecen gags, mugidos y empujones, llamadas telefónicas o pintas que no se sabe cómo se portan por la vida. Todos están allí, congregados, todas las cápsulas de supuesta indiferencia que llegan a condensar tantas y tantas historias.

Antes de tomar el tren o después del viaje de vuelta, el garbeo dilatado que daba por Besllum, todas sus indagaciones en los detalles del barrio, la escampada de las gallinas y los planes de futuro le permitían cubrir el flanco de acción. En el trayecto en tren, en cambio, atacaba otro aspecto esencial, como el de la reflexión, si queréis, afrontada por una vía poco ortodoxa. Con disciplina férrea, anotaba las conversaciones que dejaban entrever un retazo de vida detrás. Quería recoger esbozos de vida que quizá jamás serían más que eso, esbozos, pero al menos ya no se perderían en la nada. Había en su gesto la voluntad de impartir cierta idea de justicia que la vida rutinaria pocas veces era capaz de incluir. La misma noción de armonía que movía a Murphy

a la hora de organizar su gallinero doméstico como si fuese una arcadia feliz, empujaba a Dora a recoger las historias del tren. Si no lo hacía ella, ¿quién lo haría?

Era una manera de hacer visible lo que era invisible, lo que, por naturaleza, estaba condenado a perderse desagüe abajo por las alcantarillas y hasta el mar. Las gallinas, por su condición de gallinas, parecían programadas para vivir en el desorden del sonido del cacareo y en la estructura organizada para la producción de huevos. Y basta, nada más. Pero, en cambio, un héroe dublinés había sido capaz de minar esta costumbre de la historia, la rutina que se impone machaconamente durante décadas y años: Murphy había dado un vuelco a lo que parecía la única e indiscutible función de las gallinas en la tierra.

A su manera, Dora quería administrar este mismo giro al orden de cosas que detestaba. Harta de ser uno de los últimos monos de la redacción –se ha de aclarar que el lugar de último mono solía tener diversos candidatos en lucha encarnizada–, había emprendido una huida imaginativa y artística que pretendía, también, trastocar el papel tradicional otorgado a las gallinas. El papel que la había afligido –por decirlo de alguna manera– en la infancia y la adolescencia.

Las gallinas que había esparcido hasta entonces en Besllum y las que proyectaba propalar tenían un espíritu libre, de insurrección. Como Banksy, como el Limpiacerebros, como Joyce, como Murphy... Pero, además, sentía que, como el creador del binomio «Joyce y las gallinas», ella había de poner un pedacito de literatura. Fijar por escrito los mensajes que oía en el tren sería un paso en esa dirección. En principio, no tenía ningún plan preconcebido sobre lo que podría hacer con todas aquellas conversaciones captadas de improviso, como un acto reflejo. ¿Qué podría hacer con las confesiones, las peleas, los llantos, las chispas de felicidad y de miseria, las cargas de ironía, de audacia, los guiños, los dobles sentidos, las muestras de tontodecapirotismo...? Tal vez con todo eso podría escribir un día la Gran Novela del Tren. Contar algo cercano al entramado de la vida a partir del mosaico de momentos auténticos, reales, cazados al vuelo, sin que nadie se sintiera observado.

Trataba de ejercer la función de un entomólogo riguroso que pone la lente sobre una diminuta mariposa que, a priori, no sobresale ni por la belleza ni por el color. Mirándola bajo la lente, sin embargo, detecta el ala dañada, la antena más pronunciada de lo normal o un latido especialmente elegante. Igual que si las conversaciones se le plantificasen delante y la interpelasen: «Escúchame, mírame, soy más real, más de carne y hueso que todas esas ruedas de prensa soporíferas y kafkianas que os empeñáis en ir a *cubrir*, escúchame, mírame...»

Dora sustituyó *El oficio de vivir* por cuadernos de notas que llenaba de retazos del tren, diálogos sin sentido, extravagancias o valiosas absurdidades. Para añadirle un toque de sofisticación a la empresa, se impuso no usar las libretas estridentes rojas que utilizaba en el trabajo del periódico, con hojas cuadriculadas, letra apretada, descuidada y rápida. Su salto más allá tenía que ir acompañado, también, de un salto estético. Por este motivo tampoco llevaba cuadernos de notas Moleskine, los prototipos de los cuadernos modernos más populares. Dora llevaba cuadernos de color negro y de la casa Leuchtturm1917, una marca alemana de calidad superior, mejor papel y con las páginas bien encuadernadas. Desenfundaba la Leuchtturm1917 y aprovechaba la media hora y pico de viaje hasta Barcelona para hacer visible lo invisible.

Estrenó el cuaderno con una anotación que no se había producido en directo. Era de hacía tiempo, pero le venía al pelo. A Dora le encantaban esos gestos simbólicos y pensó que aquella conversación tenía que ser la que abriera la Leuchtturm1917. Quedaba, pues, definitivamente fijada la escena que la había sacudido:

–¿Cómo te ha ido hoy la sesión?

–Bien, ahora tengo una buena época, a ver...

–Pero ¿tú qué tenías?

–Yo, paranoia y depresión. Sobre todo más de lo primero. ¿Y tú?

–A mí me dijeron que tenía brotes de esquizofrenia.

Una vez puesto por escrito, el grupo se desprendía de su carga de etiqueta y estigma. A causa de su deformación profesional de titularlo todo, Dora añadió un título interrogativo: «¿Quién es el chiflado, en realidad?»

Ésta fue la primera anotación de las muchas que vendrían después. Episodios efímeros, inconexos, sin contexto, estampas fugaces, personajes desubicados, que por un instante habían pasado raudos ante sus ojos. A veces añadía una indicación para saber quién había proferido una determinada alocución:

Estudiantes camino de la universidad: «Cuando fuimos a coger las células estaban todas contaminadas y muertas, fue de chiste.»

Chicas adolescentes relatando sus operaciones de rodilla y los efectos producidos por la anestesia: «¿Sabes qué me pasó después? ¡Que no notaba el chocho!» «Yo tampoco, hasta que fui a mear», respondía otra.

Apuntaba estas afirmaciones y jugaba a imaginarse el contexto, hacer el ejercicio de llenar los vacíos y cuñas para cada ocasión. En general, eran apuntes de carácter casi notarial, sin florituras. A veces, sin embargo, se permitía un adjetivo indiscreto, tipo Josep Pla, o algún giro lingüístico que diera la medida de la situación, de la especificidad del friso sociológico que estaba retratando. Dora era así.

«El hombre que vende pañuelos va un poco pasado. Cadavérico, desabrido. Pero el mocoso no tenía derecho a meterse con él ni a gritarle: “Acaba de ganar cincuenta céntimos.” Después, le ha aplaudido.»

La verdad es que su proceso de coleccionista de absurdos le agudizó tanto los sentidos que algunas escenas reclamaban una descripción más precisa, casi un relato, o una reproducción del diálogo más cuidada. Ciertas conversaciones le parecían vedetes emperifolladas que quisieran llamar la atención. Sin embargo, detrás del maquillaje y el atuendo, se escondían historias de gran crudeza, que la Leuchtturml917 salvaba de la nada, del silencio absoluto:

«Hay una mujer borracha en el tren. Habla con alguien por teléfono y suelta palabrotas: “Joder, puta mierda, estoy en Torre Baró, no sé, aquí... Ya he pasado... Ah, puta mierda, me da igual.” En Parets, cinco estaciones después de Torre Baró, sube un niño con su padre. “Está aquí”, señala el niño, apuntando con el dedo a la mujer de los improperios. La saludan con un hola desganado y se sientan al lado. A la hora de bajar, el niño, de unos diez o doce años, agarra animosamente a la madre por el brazo. Ella se levanta con dificultad y se inclina hacia donde está el que debe de ser su pareja y padre del niño. Bajan, tambaleándose, juntos. Adoptan la forma de una familia. El padre-pareja la sujeta por un lado; el niño le da la mano. Ella se apoya entre los dos para bajar las escaleras que hay al salir de la estación. Es un milagro que no se caiga de morros.»

Una mañana que iba hacia el trabajo más temprano que de costumbre, medio dormida todavía, Dora oyó el relato vibrante, desenfadado, de una noche de juerga. Sólo por cómo lo contaban, por la intensidad de los detalles, sin pensar en el qué dirán, ya exigía una anotación:

«Dos chicas que quizá son camioneras, acompañadas de otras dos muy femeninas. Las camioneras son pareja y recuerdan una noche que acabaron en el Saratoga con un grupo. Les acababa de tocar la lotería e iban invitando a todo el mundo. “¿Ya sabes lo que cuesta eso? ¡No

hay problema, ¡tira de tarjeta! Nos despertamos al día siguiente, tía. Todavía teníamos que ir a recoger el cordero de Navidad.” La otra apostilla: “Lo que me dio más vergüenza es que teníamos la ropa muy sucia y nos la tuvimos que poner.” La primera vuelve: “Cuando vi lo que nos costó... Ahora no se me ocurriría, porque vamos un poco justas... ¡Pero entonces nos sobraba! ¡En una sola noche puede ser que nos gastáramos dos mil euros!”»

También había sitio para los expertos que necesitan exhibir su punto de vista sobre un tema de análisis o sobre la geoestrategia de algún punto del mapamundi. El mundo globalizado multiplicaba los polos de atención y el vocabulario gallináceo se revelaba, una vez más, con una profundidad inacabable:

«Un pollo de Osona, de acento y volumen considerable, se está marcando un rollo monumental sobre la situación política y social de las dos Coreas: “Corea del Norte no es exactamente como la pintan.”»

«Huy, ya sabes cómo va eso, ya las pueden haber pasado canutas y los puedes haber ayudado, que después la gente no tiene memoria: si te he visto no me acuerdo.»

El misterio de los personajes del tren, criaturas engendradas específicamente para interpretar cuadros dentro de un vagón, estaba a la altura del misterio del calcetín desaparejado, de la bota perdida en un descampado de un polígono industrial. A ratos estos personajes podían dar un poco de repelús porque costaba ver de qué pie cojeaban y cómo podían reaccionar, pero, aun así, a Dora le gustaban. Le gustaba especialmente una anotación sobre un friki inexplicable y otro que le seguía la corriente, para no perder comba en la particular competición de personajes excelsos del tren. La Leuchtturm1917 de Dora lo consignó así:

Un tipo tararea no sé qué, me mira desvanecido y se saca una bolsa de plástico con billetes, muchos, que comienza a contar. Me he levantado. Me molestaba con su cantinela. Se ha subido bien la bragueta, ostensiblemente. Delante tengo un hombre encorvado, con los ojos cerrados, que va moviendo la cabeza de derecha a izquierda. Dice que no, aunque, en realidad, no dice nada. Es un movimiento inarmónico, de muñeco articulado. Como si quisiese desatornillarse el cuello o rematar un balón de fútbol. Ahora ha abierto los ojos, los vuelve a cerrar y prosigue los movimientos sincopados. Tiene demasiada chepa para ser tan joven como aparenta.

¿Qué haría con todo eso? Dora imaginaba infinidad de posibilidades y motivos de reconocimiento. Eran tantas opciones que elegir una acababa convirtiéndose en un problema. En su cuaderno negro, dejó retratados muchos más animalejos tristes e inofensivos. Entre el cúmulo de notas, había otras secuencias que no habían ocurrido exactamente en el tren en el que viajaba, pero que, cuando las oyó, le parecieron adecuadas para su investigación. Por ejemplo, anotó un tuit que había puesto el escritor escocés Irvine Welsh, el autor de *Trainspotting*, cuando viajaba en un tren de Chicago:

«Reconfortado al ver que la mujer que tengo delante, en el tren, es una tarada que habla sola en lugar de poner el culo en un auricular y un teléfono.»

Los adorables chiflados volvían a aparecer. Se hicieron corpóreos en una de las frases que circularon en las necrológicas del ex primer ministro italiano y político longevo, impávido ante los embates de las circunstancias, Giulio Andreotti. El hombre propiciaba titulares. Podría decirse que en la línea de Pavese si no fuese porque el signo y sentido de sus trayectorias eran antagónicos y daba cosa ponerlos juntos. Cuentan que Andreotti dijo:

«Hay dos tipos de locos: los que se creen Napoleón y los que se creen capaces de sanear la red de ferrocarriles del Estado.»

Aunque sólo fuese por la inclinación a viajar en tren, Dora se veía más apta para sanear la red

ferroviaria que para intentar fundar y extender un imperio. Sin ser consciente, puede que el primer paso para completar este saneamiento se hubiera activado el día que comenzó a rellenar sus Leuchtturm1917 con detalles cotidianos periféricos: estampas que habitualmente eran desterradas del espacio reservado a los grandes titulares, a los hechos considerados noticia. Dora no podía quitarse de encima la impresión de que a veces las rutinas periodísticas quedaban lejos de la realidad. La repetición machacona de cierto funcionamiento las alejaba de lo que los mortales vivían en realidad. Aunque prefería el tren antes que a Napoleón, los sueños de grandeza de Dora no disminuían y tenía por delante nuevos hitos extraordinarios.

V

A Dora la corroía el ansia de saberlo todo del nuevo mundo al que asomaba la cabeza, del hábitat natural de las gallinas. No quería nada de inventos posmodernos ni discursos moralistas elaborados desde una atalaya de superioridad del siglo XXI. Quería conocer la verdad sobre la forma de vida de las gallinas. Internet estaba lleno de tutoriales que explicaban cómo tener gallinas en el jardín de casa, cómo tratarlas como mascotas, cuál era la alimentación más idónea, cómo se comportaban y cuáles eran sus ciclos vitales... Pero no llevaban a ningún sitio. Dora quería algo más que una voz desangelada y aséptica que le explicara que «tú también puedes hacerlo, tener gallinas en el patio es muy fácil». Su metamorfosis reclamaba acción y decisión, y no quedarse repantigada en el sofá como una clueca, tragándose las voces enlatadas de esos vídeos preparados de Internet. Así que decidió ir a ver a Quim Marfany, un amigo de sus padres, que había estado toda la vida en el negocio del pienso para animales, sobre todo para vacas y terneros, pero también había tratado con cerdos y gallinas.

A pesar de que su especialidad era el sector bovino, Marfany sabía de todo: era de esos hombres de la calle, con un historial detrás, que siempre tenían algo que decir y le daban colorido a cualquier relato, incluso al de la vida diaria de las gallinas, con ocurrencias afiladas y divertidas. Aunque no quisieras, salías de su casa con una sonrisa en la cara, tal como le pasó a Dora después de haber adquirido los fundamentos básicos de la alimentación con pienso para gallinas.

El relato comenzaba así: una vez que el especialista realiza la operación de sexar al pollito (es decir, determinar si es pollo o polla, y meterlo en un cesto o en otro según el género), se aborda la cuestión de la dieta de la gallina. En este momento el discurso de Marfany era tajante: «Primero usamos un pienso durante un mes, con muchas proteínas. Una vez han puesto el primer huevo, hay que cambiar el pienso por uno de ponedoras. Así se ha de continuar todo un año. Después necesitan un suplemento vitamínico, para que se rehagan y puedan aguantar un año más poniendo.»

—¿Cuánto tiempo dura una gallina? —preguntó Dora.

—Si queremos ganar dinero, lo que se dice ganar, dos años. Piensa que con las gallinas que tienen tres años ya se pierde pasta —soltó Marfany sin pelos en la lengua—. Ahora vivir, lo que se dice vivir, una gallina puede llegar a los tres o cuatro años.

Dora iba trasladando mentalmente este acervo informativo al gallinero de Murphy. ¿Sabría Murphy todas estas cosas? Claro que en su caso quizá sólo con tener la compañía, con el exotismo de las diferentes especies y con disponer de algún huevo de vez en cuando para hacer una tortilla

o unos huevos con beicon, ya tenía suficiente. Le costaba imaginar que Murphy quisiera «ganar pasta» con ellas.

–Una gallina puede poner un huevo al día. A partir de las seis o siete semanas ya ponen. Si no lo hacen, es que no les dan buen pienso. Y si no les dan el pienso adecuado, después, para volver a subir la puesta, cuesta. Piensa que a los terneros que no marchaban, se les notaba.

Marfany se las sabía todas. Bregado en la calle y en los tiempos en que todavía había grandes explotaciones ganaderas –a finales de los setenta y principios de los ochenta–, era un espabilado que había sabido ver las azagayas de la vida. Él sí que parecía un maestro a punto de desplegar sus trucos de magia que tendrían el efecto deseado. Y la gallina pondría el huevo que tocaba. A su lado los médiums vudús eran de estar por casa. Marfany también conocía todo lo que había que saber sobre el engorde de los animales. En los años de «eso da igual» y «si la carne no es rosada los clientes no la quieren», las prisas por el engorde y el negocio rápido provocaron algunos disparates.

–Para que ganasen peso y color rápidamente, drogaban a los terneros. Las drogas hacían que aguantasen la meada, se ponían gordos y enseguida ganaban peso. Tenían mucha agua, claro, quedaba una carne rosada, bonita... Pero si se pasaban de las dos semanas, algunas vacas acababan explotando. Era lo que llamaban el clembuterol. Esa carne que cuando la frías hace «schchchhh» y salpica, pues es que tiene demasiada agua.

Dora escuchaba con cierta angustia, pero no quería interrumpir el relato de Marfany ni desaprovechar su sabiduría sobre el tema. Se empieza hablando de gallinas y se acaba con las drogas de los terneros o con una lectura extraterrestre de *Finnegans Wake*. Fue una lástima que aquel día en la Sweny's Pharmacy sólo leyesen el último capítulo. A Dora se le pasó por alto el papel relevante que asume una gallina, Biddy, que desentierra una carta-confesión de una bahía llena de maleza. Gallinas y cartas al margen, la epifanía dublinesa había tenido otra estructura coherente en sí misma: gracias a que el *Finnegans* fue tedioso e insoportable decidieron ir a tomar una cerveza después y Dora recibió la revelación gallinácea por boca de Murphy: «Tengo dos grandes pasiones, Joyce y las gallinas.» En consecuencia, y tal como se desarrollaron las cosas, Dora prefirió no hojear nunca *Finnegans* ni sondear el terreno y, en cambio, sí que lo intentó con *Ulises*. Como no podía ser de otra manera, se había aproximado a la obra desde una perspectiva gallinácea y atraída por un sentido de viaje íntimo, de trazar un nuevo itinerario. *Ulises* era lo que más se adecuaba a su periplo. Así, también gallináceamente se puede leer esta obra colosal que dio un giro definitivo a la literatura del siglo xx. *Ulises* proporcionó a Dora un hálito de valor para sus acrobacias y fondeadas en nuevos puertos, se llamasen Besllum, Banx o Kabirou.

–Hay tres tipos de gallinas, la rubia (Warren), la negra (Harco) y la blanca (Legorn) –le explicaba Marfany.

Más o menos como los Reyes de Oriente. Y tal como le ocurría con los monarcas exóticos, era más fácil designarlos por el color que por el nombre específico. ¿Qué gallinas preferiría Murphy? En *Ulises* aparece una gallina negra, Liz: «Pone huevos para nosotros. Cuando pone el huevo está muy contenta. Coroc. Cluc Cluc Cluc. Entonces viene el buen tío Leo. Mete la mano debajo de la negra Liz y saca el huevo reciente. Co co co co Coroc. Cluc Cluc Cluc.»

Hay también en *Ulises* otras referencias ligadas al universo gallináceo que Dora anotaba para descifrarlas algún día, junto con el resto del material de investigación que iba acumulando. Al lado de los consejos de Marfany («hay que vigilar que las gallinas no se constipen, en aquel tiempo era una enfermedad muy mala»), conviven las notas cazadas al vuelo de pasajes de *Ulises*.

Puede que parecieran difíciles de desentrañar, pero tenían un significado. Una descripción: «Mar, viento, hojas, trueno, aguas, vacas mugiendo, el mercado de ganado, gallos, las gallinas no cantan, las serpientes sisssean.» Una impresión: «El jodido chucho soltó un gruñido que ponía carne de gallina.» O bien un juego de palabras: «Peter Piper picó una pizca de pico de pizca de picante picadillo.» La inmensidad de *Ulises*, su capacidad de abarcar lo inabarcable, de incluir todos los juegos, voces y perspectivas, lo permitía todo. Y, por supuesto, también permitía que se colara el universo gallináceo.

Dora tenía la sensación de descubrir prodigios en cada esquina. La capacidad de sorpresa, medio aletargada por culpa de recomendar horchatas, hormigas voladoras y cócteles indescifrables para la agenda del periódico, o bien por cubrir ruedas de prensa anodinas y observar maquetas de proyectos fallidos, se le despertaba ahora con este mundo fascinante. Volvía a tener el entusiasmo de tocar realidad, una vibración auténtica que adquiría tintes fabulosos. Primero, había sido el mundo que Joyce y su estudioso apasionado le habían mostrado. Ahora, era el espacio que Marfany le detallaba con naturalidad sin olvidar la logística de la historia, tocando con los pies en el suelo.

–La gallina rubia y la negra son mejores. Siempre se ha dicho que las negras resistían más las enfermedades. –Después, claro está, venía la clasificación por infinidad de razas y variedades–. Pueden tardar tres semanas o un mes en poner. Pero ya te digo, Dora, las gallinas actualmente no son lo que eran.

¿No son lo que eran? Dora se estremeció. Habría querido explicarle a Marfany que no habían perdido tanto como parecía, quizá en cuanto a la producción sí, de acuerdo, pero servían para otras cosas; en Dublín conoció a un hombre que tenía veintiocho y le hacían compañía, y las gallinas comenzaban a ser un símbolo de la libertad de pensamiento en el barrio de Besllum... Pero era demasiado largo de explicar, y además acababan de llamar al timbre: una vecina que venía a visitar a Marfany porque hacía poco que lo habían operado de una cadera. Él, dicharachero como era, se libró rápidamente de la vecina-clueca (clooc-clooc, saluda):

–Sí, Maria, es que es mi sobrina de Torelló, que ha venido a verme; pero estoy muy bien, gracias, ya lo creo.

En cuanto cerró la puerta, Marfany volvió a la mesa cojeando, todavía con una sonrisa pícaro:

–¡Oh, es que, si no, no se habría ido! ¿Por dónde íbamos? Ah sí, te quería decir una cosa. Escucha bien lo que te va a decir Marfany, que nunca miente: «A los diez años, todo nos gusta; a los veinte queremos ser valientes; a los treinta, tenemos la fuerza; a los cuarenta, somos prácticos; a los sesenta, ya nos angustian los pequeños contratiempos; a los setenta, la vida se encamina hacia el cielo; y a los ochenta, faltan veinte para cien.» ¿Qué te parece? Es que es realmente así, ¿no crees?

Dora se sacudía y se zafaba de las alas, del jersey y de los colores rojos de los festivales de la escuela. Todo a la basura, también las puñeteras metáforas que soportaban. Fuera el plomo de las alas. Las gallinas jamás serían ya lo que habían sido. Dora, tampoco.

Como las ratas de Banksy, las gallinas tenían en esta historia la misión de despertar las conciencias. No tenía por qué sorprender a nadie. La Biblia narra cómo Jesús anuncia a sus discípulos que, antes de que cante el gallo, Pedro lo negará tres veces. Y el gallo canta justo a la hora para que se cumpla la admonición cristiana. Con esta misma precisión de reloj suizo habían actuado las gallinas en la vida de Dora. ¿La última vez? La visita a Marfany, que le regaló una

enseñanza de vida más allá del pienso que han de tomar las gallinas o de los trucos para que pongan mejor. Como líder espiritual, Marfany podía pasarle la mano por la cara a toda aquella pandilla de maestros del vudú y también a todos los que le habían mirado con cara de perdonavidas sólo porque venía del campo. ¿Los perdonavidas? Bien lejos. De los sanadores, en cambio, seguía recogiendo tarjetas. Porque para Dora era como respetar las reglas del juego de la superstición, un «por si acaso, nunca se sabe» que, además, le servía para su acopio de materiales con los que construía su proceso de mutación.

En aquellas semanas de inversión de estratos y convulsión, Dora había empezado a pensar en todas las gallinas que, de una forma más o menos velada, habían alzado un vuelo raso a su vera. Esas gallinas que no podían resistirse a la gravedad mucho rato, que le recordaban su pesadumbre, heredera de algún pecado original que, por más que lo intentara, no recordaba haber cometido. ¿Había algún motivo primigenio para hacer de gallina en un ridículo festival de escuela?

De los gallos, que no son la figura protagonista en esta historia pero que en el fondo ya debían de anunciar algo, Dora no guardaba buen recuerdo. Un Fin de Año en los inicios de la universidad estrenó unas zapatillas negras. Eran Le Coq Sportif, la marca francesa que llevaba el nombre del gallo, símbolo nacional del país; le habían costado un dineral. Pensaba que ésa podía ser la noche definitiva para arrimarse a alguien, sin miramientos, aunque no fuera gran cosa. Con aquellas zapatillas se sentía elegante y ligera, a punto de echar a volar: estaba convencida de que se fijarían en ellas. No podía descartar que las zapatillas atrajeran alguna mirada. Lo que sí puede asegurar es que, si hubo alguna, tuvo como único destino las zapatillas.

El final de noche fue evidentemente su derrota prusiana, el estrépito imperial: la amiga que se iba a quedar a dormir en su casa —en casa de sus padres, todavía— se ligó a un tipo, morreada espectacular en medio de la sala y escapada a casa del tío, donde pasó la noche y el día entero. Dice que fue un no parar. Dora tuvo que volver sola a casa en el primer tren de la mañana y el frío le traspasaba las zapatillas recién estrenadas. Eran tan finas que sentía el cemento como un mármol glacial y cualquier irregularidad del suelo se le clavaba en la planta del pie. En ese primer tren de madrugada coincidió con todo un mundo de borrachos alegres. Tuvo que hacer sola, con un viento gélido que la calaba, los veinte minutos de camino desde la estación hasta la casa de sus padres. Un camino tristísimo. Seis de la mañana. Intentaba disimular como podía el pedo de *loser* que llevaba, arrastrando las zapatillas, que ya le dolían. Ni un alma. El frío le congelaba los pies y cualquier muestra festiva de las primeras horas del año nuevo.

El otro encuentro con un gallo fue un verano de esos de primeras experiencias en que, para sacar la cabeza al mundo exterior, se apuntaba a campos de trabajo. Era su única oportunidad de salir. Sus padres no tenían dinero para enviarla a estudiar inglés a Canadá. «Campo de trabajo» era el nombre no muy afortunado que recibían unas estancias de voluntariado en el extranjero. Bajo el pretexto de restaurar algo —el pretexto podía ser tan inútil como retirar piedras, quitar arena o cortar hierbas—, un grupo de jovencitos, digamos que ávidos de estrenos y horizontes, pasaba tres semanas en un paraje idílico o deteriorado. En este caso, el lugar que le tocó a Dora fue la Bretaña francesa, adonde llegó después de enlazar un montón de trenes. Estaban lejos de los parajes más atractivos de la zona, pero el alojamiento era moderadamente acogedor.

El grupo era heterodoxo, con gente de toda Europa, incluso un mexicano que había aprovechado que tenía familia en Barcelona, donde pasaba la mayor parte de los veranos, para realizar esa escapada de propina a Francia. A los veinte años, la diferencia entre los que han visto un poco de mundo y los que han visto el mundo por un agujero es abismal. El mexicano era de los

mayores del grupo, veintisiete años, si no recuerda mal, y acumulaba unas cuantas horas de vuelo. Como continuidad lógica, una noche fue el que primero sacó la marihuana –un primo suyo, en Barcelona, la conseguía fácilmente– mientras el resto lo miraba con admiración. Y esperaban ansiosos, su gesto, su historia. Siempre hay quien espera a un líder, tanto en estas edades de descubrimiento y reafirmación como en las posteriores, en que la reválida y homologación se hacen todavía más infantil y estafalariamente necesarias.

Entre caladas de porro y tragos de vino blanco de supermercado –después vendría la cerveza y algún otro licor local que no sabe precisar–, dentro de un bungaló espacioso, el Líder Mexicano comenzó a desovillar un relato, de tonos surrealistas, sobre las peleas de gallos de su país. Una vez había asistido a una pelea que organizaba un amigo de un tío suyo en una zona rural. ¿Por qué será que en todas las familias hay siempre alguno que se las sabe todas? En ese momento Dora comenzó a incubar una envidia secreta y un enamoramiento tirando a alelado hacia el Líder Mexicano, ducho en las batallas más pintorescas. Esta especie de deslumbramiento, que además de ridículo era unidireccional, llevaba a Dora a imaginarse gestos y guiños inexistentes, como si el otro se le insinuase. Huelga decir que eso sólo lo veía Dora. En este terreno ha sufrido siempre cierto desenfoque, tanto para detectar cuándo hay un movimiento real de placas tectónicas como para distinguir cuándo las aguas no pueden ser más mortecinas. Endulzando el relato con tequilas, porros y cabezas cortadas por narcotraficantes, el mexicano contó cómo perdió un televisor en una apuesta de una pelea de gallos.

–Sí, *güey*, hay peleas organizadas, rollo superprofesional, y otras que no. En aquel caso era en un sitio privado, cerrado. La cosa es *tope* fácil. Efectiva a saco. Les pelan las cabezas a los gallos, les ponen cuchillos en los espolones y en el gznate...

–¿Qué es el gznate? –preguntó un alemán urbanita de Berlín Este, rompiendo el clima de concentración. El Líder Mexicano respondió sin perder el hilo:

–Está bajo la cabeza, *güey*. Cuando todo está a punto, hala, ya pueden empezar a pelearse. Yo qué sé, son peleas de cinco, seis minutos. No suelen durar más. Yo me jugué la tele por un gallo por el que nadie daba ni cinco, pero un gallo *padre*. Era una *corasonada*. Todo el mundo me decía: no te juegues la tele, burro, que la perderás. Pero yo iba hasta el culo de bourbon y de porros, a mí qué me contaban, carajo, era una *corasonada*. Además, parece que el otro contra el que me jugaba la puta tele era el *jefesillo* pequeño de unos narcos, el tío llevaba una camiseta con unos gallos despedazándose. Suerte que yo iba medio colgado, que, si no, me cago de miedo. Resumiendo, que la pelea duró tres minutos. Bueno, se alargó treinta segundos más porque mi tío, en un gesto a la desesperada por salvar la tele, agarró el gallo ensangrentado, le untó la cabeza y se la enganchó al cuerpo, para que se le aguantase. Eso se suele hacer. Resistió un poco más. Pero acabó perdiendo, por descontado. Y adiós tele.

–Hala, tío, ¡qué historia más fantástica! ¿Y cuándo deciden que ha terminado la pelea? –se interesó una chica danesa a la que el Líder Mexicano ya le había echado el ojo.

–Pues cuando el gallo queda despatarrado en el suelo y ya no se levanta.

–¿Y el gallo siempre se muere? –preguntó la danesa, verdaderamente impresionada por el relato y por el ojo que no le quitaba de encima el Líder Mexicano.

–Si no se mueren los aprovechan como gallos sementales, para la granja o algo así –respondió, solícito, dominando la escena, que ya estaba muy cargada.

Todo el mundo había fumado e ingerido una mezcla consistente de alcohol, suficiente para ver gallos y otras señales alrededor. Alguien salió del bungaló gritando «kikirikí». Fuera subía la humedad. Otro, con un dejo alemán, comenzó a imitar las palabrotas mexicanas, *chingado*, *güey*...

Otro salió simplemente a mear, largo e incontinente, no demasiado lejos para que alguna salpicada entrase por la puerta del bungalow. La danesa musitaba palabras inconexas de admiración hacia la historia o hacia el Líder Mexicano: *really interesting... beautiful... awesome... you've a great story, a great life... Oh, Mexican Boss...* El Líder la contemplaba complacido, esperando su momento. Dentro, las distancias tenían otro significado. Dora, ajena a las expresiones en inglés, insistía en preguntar algún detalle que no le había quedado claro...

–¿Los gallos quién los lleva? ¿De quién son?

... *That's fascinating... Lovely... So charming this night...* No hubo tiempo para nada más. Cuando todavía no había obtenido respuesta, de una forma natural y sencilla, como una criatura, Dora potó dentro del bungalow. Cuando empezó ya no hubo quien la parase. Se acabaron las palabras encantadoras y hasta el humo de la maría se fue como un poseso.

De estos episodios no se debería sacar la idea de que Dora asocia los gallos con fracasos ingratos con los hombres. Ya se ha comprobado: pasaron los años, tuvo otras experiencias, fue a Dublín con un amor, Ricard, y a su lado encontró, sin esperarlo, una luz que era algo más que una fuente de inspiración, a pesar de su origen e influencia peculiares. Sólo que ahora, en medio de ese alboroto interno, había recordado esos gallos de antaño y habían tomado un nuevo sentido, como el resto de las cosas. Es verdad que ya no estaba con Ricard y que cuando le preguntaban por su estado sentimental decía que tenía otras historias, así, sin darle importancia, aunque no fuese verdad. ¿Qué trascendencia podía tener que no fuera verdad? La gente a menudo espera la respuesta más verosímil, el camino más directo, la imagen elemental, más que la verdad. Si Dora les contara todos sus avances y saltos es posible que no la comprendieran. «He tenido algunas historias... sin importancia, ya me va bien», es más fácil de entender.

Estos pensamientos, los gallos y el amor platónico por el Líder Mexicano la indujeron a revisar una cuenta antigua de correo electrónico. Este ejercicio era como registrar un baúl viejo. Hacía tiempo que no abría esa cuenta y la encontró abarrotada de correos comerciales y basura diversa. Introdujo el nombre del Líder Mexicano y le salieron algunos correos de grupo que se intercambiaron los meses posteriores al del campo de trabajo. El desorden de mails y respuestas le dificultó encontrar la que buscaba. Tecleó en Google el nombre del Líder Mexicano y de la chica danesa. Por suerte, eran nombres poco usuales, y enseguida, cuando pinchó en «imágenes», aparecieron fotos. En algunas, el Líder Mexicano iba trajeado, con una mujer exuberante al lado. Estaba medio calvo y con una pose mucho más dura de la que recordaba. En la busca de la chica danesa, aparecía una mujer mucho más mayor, con surcos marcados en la cara, el pelo despeinado y un aspecto poco aseado, pero todavía con fular y colgantes hippies y una mirada soñadora. Tecleó de nuevo buscando al Líder Mexicano para intentar adivinar en qué trabajaba. Aparecía en el cuadro directivo de una empresa de supermercados, Walmart. ¿Walmart? ¿De qué le sonaba ese nombre? Volvió al correo electrónico e introdujo el nombre de Walmart. «¡Claro!» Era una noticia que había publicado un periódico mexicano y que el Líder les había enviado poco después de volver del campo de trabajo, pasado el verano. Él seguía dale que te pego con las historias de gallos e impresionando a la chica danesa, que le había contestado con grandes exclamaciones y símbolos de corazones. Dora imprimió la noticia y la colgó en el corcho que tenía en la pared del comedor, junto con todo el material que iba acumulando. Le permitía ser más consciente del recorrido de su investigación, de los andurriales por donde había deambulado hasta ahora. Una especie de círculo iba tomando forma:

Ciudad de México, 19 de septiembre (SinEmbargo).– El Diputado y presidente de la Comisión de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Aguas de Veracruz, Jesús Vázquez González, declaró que al existir un vacío legal en la recién aprobada Ley de Protección a los Animales, la empresa Walmart no será sancionada por la pelea de gallos que realizó en su sucursal de Boca del Río el pasado 15 de septiembre. «Por el momento no puede ser sancionada porque no está tipificado y se tiene que trabajar en establecer los lugares donde sí se puedan realizar. Hay un vacío legal porque no se estableció en qué lugares se puede hacer o bajo qué contexto», explicó el legislador. Vázquez González manifestó que la ley aprobada en junio pasado debe revisarse en el Congreso para precisar penalizaciones. «La ley siempre es mejorable y en ese sentido la capacidad de los legisladores de escuchar o analizar lo que está pasando es lo que podrá mejorarla», concluyó.

El 15 de septiembre comenzó a circular en la página de Facebook del Comité Defensor del Bienestar Animal las fotografías de un «mini palenque» montado en el interior de la sucursal. El funcionario de Boca del Río en Veracruz explicó que Walmart tiene cinco días hábiles para presentar lo que a su derecho convenga. Con una alberca montable y aserrín dentro de ella, el personal de Walmart instaló un espectáculo de pelea de gallos, en una de las entradas del establecimiento esto como parte de la promoción de una bebida gaseosa mexicana. Tepehuani. Asimismo, el funcionario denunció que el personal del supermercado tuvo «una actitud prepotente pues sostuvieron que dentro de sus instalaciones podían hacer lo que quisieran», pero esto es falso ya que el establecimiento tiene una licencia en funcionamiento expedida por comercio, la que los faculta exclusivamente para ciertas actividades y no precisamente para éstas.

VI

Hubo un día en que Dora creyó que Pavese le gustaba. Tenía que gustarle, había comprobado que, por un motivo u otro, a todo el mundo le gustaba. Era más o menos una conclusión a la que había llegado no se sabe exactamente por qué sendas. Intentaría con todas sus fuerzas apreciar la belleza sensible que todos decían que se podía encontrar en la obra del autor piamontés cada vez que repetían, con los ojos en blanco y las pupilas dilatadas, los versos ilustres de «Vendrá la muerte y tendrá tus ojos». Decididamente, lo descubriría, haría acopio de ello y lo propagaría.

Pavese era un especialista en títulos y titulares. Se comprueba rápido: el título de su diario pesimista y tenebroso ha servido para denominar a programas *new age* de curas superficiales del espíritu. «¡Sopla!, que no ha sido nada.» Pero Dora todo eso no lo sabía cuando empezó *El oficio de vivir*. Llevada por el tópico y la bonanza, pensaba encontrarse con una reflexión relativamente alegre, incluso positiva, sobre el camino vital. Sí, de acuerdo, «alegre», «positiva» y «camino vital» eran conceptos perfectos del *new age* actual, prácticamente hechos a la medida de las tarjetas de presentación de los maestros vudús. Quizá por esa razón nadie puede abstraerse tan fácilmente de las modas de su tiempo. Dora pertenecía a su época y la frivolidad corría como el demonio.

La primera vez que abrió *El oficio de vivir* fue en casa, un rato antes de irse a dormir, el tiempo justo para notar los escalofríos de la incomodidad, de aquel ir por el mundo entumecido y desfigurado, de aquellas reflexiones que se sacudían la carga como podían. Para Dora eso era lo que rezumaba la narrativa de Pavese. En la cama, con la luz de la mesilla encendida y la habitación en penumbra, volvió a mirar la cubierta, la trayectoria del escritor, su final vital, sí, el oficio de vivir... Echó una ojeada rápida a otros capítulos, ese gesto del que hace trampas en la lectura para saber si vale la pena continuar, para saber «cómo acaba». Otra ligereza. Fue viendo humaradas espesas, ningún faro que le tendiese la mano de forma distinguible. Sólo había manos que le decían adiós. Alguien dirá: qué querías, ¿era el oficio de vivir! Pero esa noche pensó que no se dejaría vencer tan fácilmente, que se llevaría el libro al tren, sin excusas, con vehemencia: cargaría con un mamotreto de los que impresionan con la pretensión de explorarlo a fondo para

desentrañar todos los enigmas posibles. *El oficio de vivir* iría del Vallès Oriental a Barcelona, todos los días.

La supuesta determinación sufrió una recaída aquella noche, cuando, antes de apagar la luz, lanzó una ojeada a la última página del libro. Era la trampa máxima, una costumbre que había heredado de su madre. Dora la regañaba cuando lo hacía, pero ahora no la veía nadie y lo que tenía entre manos era un diario; por tanto, en cierta manera, eso le daba la absolución, una disculpa. Vistazo a la última página: ¿estará allí la clave? Tampoco. Tiene algo de rocambolesco mirar cómo acaba el diario de alguien que sabemos perfectamente cómo acaba.

A la mañana siguiente, el primer intento de lectura fue cuando en el tren oyó la extraordinaria conversación del grupo de terapia. Tuvo entonces las interferencias propias del trajín cotidiano: los encargos del trabajo, que si una rueda de prensa sobre un acuerdo por unos presupuestos que tampoco se podían explicar así, que si los Sanguinet comen y gritan, gritan y comen... No pudo concentrarse en *El oficio de vivir*, quizá no se había esforzado lo suficiente. A Dora le volvía la misma sensación que le había producido la película *Los cuatrocientos golpes*: la escena final del film de Truffaut, la secuencia infinita en que el muchacho protagonista se va corriendo por la playa, la había dejado fría como un pez. Quizá la había visto demasiado joven, puede ser que ella sufriera también algún tipo de inadaptación al medio. El canon académico genera este cúmulo de inseguridades y justificaciones. Al cabo de un tiempo se produjo la sentencia definitiva, la divisa dublinesa que fue el inicio de su proceso de transformación, la urgencia de ahuyentar la desazón gallinácea y lanzarse a la conquista de un Pretexto, de un sueño que diera un vuelco al estado de las cosas, a las aguas mortecinas en las que se había ido meciendo.

Ahora estaba en un punto en que Pavese era un nombre que le sonaba remoto, arraigado a un pasado ignoto. Si hubiese leído su libro de narraciones *Prima che il gallo canti* tal vez su percepción, pasada por el cedazo gallináceo, habría conocido el colapso absoluto. El caso es que ese libro jamás cayó en sus manos y *El oficio de vivir* había quedado arrinconado en una estantería acumulando polvo. Aunque no fuese atribuible a su literatura, que por diversas contingencias vitales Dora no había logrado descubrir, la situación imponía una nueva acción. Pavese formaba parte de un pasado que se encontraba en el punto de centrifugación del programa de lavado de Dora. Después vendría el secado.

A pesar de Pavese, a pesar del dietario mismo, a pesar de su legado editorial sublime en Einaudi, donde había trabajado, Dora había llegado a la conclusión de que tenía que tomar por última vez *El oficio de vivir* para el ceremonial simbólico de la pira del canon. Como si fuese el entierro de la sardina que de pequeña hacía en la escuela, el entierro del canon tomaba forma y ritual en su cabeza.

Cuando Dora era pequeña, en la década de los ochenta, había un día en que la escuela organizaba una excursión a la única montaña que había en el pueblo, la cual, debido a sus dimensiones, tenía un nombre que no dejaba lugar a dudas, la Muntanyeta. Recientemente, exprimiendo más la idea, había pasado a ser conocida como las Tres Creus porque arriba del todo había colocadas tres cruces. Allí, justo allí, cuando se acababa el Carnaval, los niños se agachaban y enterraban la sardina. Ejecutada la operación, venían las carreras arriba y abajo, los juegos imaginarios y el ritual de la comida: un bocadillo de tortilla que al cabo de horas de estar elaborado perdía aceite por todos lados. Pero tanto daba, porque cumplían un ritual.

Ahora Dora volvió a las Tres Creus. Se había enterado por unas conocidas que tenían hijos de que los niños todavía llevaban a cabo el ritual de ir a la montaña para enterrar una sardina de cartón después del Carnaval. Averiguó también los horarios de la actividad. Y cuando ya eran las

cuatro y media de la tarde –todavía de día– subió a la colina; ya no quedaba nadie. Buscó la zona donde se acordaba de que enterraban aquel pez dibujado. Se encontró varios. Y procedió a su propio ritual: escarbar la tierra para hacer un hoyo con espacio suficiente para *El oficio de vivir*, 432 páginas... Pronunció en voz alta las últimas frases: «Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más», y empezó a cubrir con arena el libro, una portada negra con la foto de Pavese, pensativo. No habían dado las cinco cuando Dora bajaba de las Tres Creus por el sendero más recto. Justo por el otro, no tan empinado, subían unos profesores que se encargaban de desenterrar las sardinas de papel para no contaminar el medio ambiente. A Dora no se le había ocurrido pensar que, a diferencia de su época, ahora la actividad tenía sensibilidad ecológica. Tampoco había contado con que un profesor de matemáticas desenterrara *El oficio de vivir*, en un acto de justicia poética sin precedentes, por describirlo a la manera de ese lenguaje periodístico que le daba tanta rabia.

Cuando el profesor de matemáticas hurgaba con fuerza la tierra para desenterrar la sardina, se topó con un obstáculo más duro y enseguida entrevió una cubierta negra, que sin querer, con el ansia de acabar la jornada, rasgó. «Qué extraño, ¿quién lo habrá enterrado?» Miró, con curiosidad, la sinopsis del libro. El primer impulso fue decírselo a alguna profesora de literatura, pero al momento se lo repensó; un diario le atraía más que las novelas de ficción: se lo quedaría y esa misma noche comenzaría a leerlo. Pavese había ganado un nuevo lector.

Tercera parte

BIFURCA Y VALLA

Cuando Dora contempla los pisos del barrio que queda al fondo de Montcada-Bifurcación se pregunta quién ha decidido pintarlos de ese color. Y, más allá del dato cromático, ¿quién ha decidido pintarlos como un barrio de periferia pobre, decadente? ¿Lo lleva consigo la zona geográfica? ¿Es el gusto de alguien que no conocemos? Las preguntas no son triviales, porque hay otras periferias aparentemente feas en un enclave desafortunado, que, en cambio, son zonas de alto standing sólo porque vive gente de alto standing. Y no las pintan así. Por tanto, ¿quién pone la etiqueta? ¿Cuándo se llegó al acuerdo para ponerla? ¿Quién lo consensuó?

En el barrio de Vallbona los pisos no son tan aberrantemente altos como en Ciudad Meridiana o Trinitat Vella. El barrio de Can Giner tiene pisos también tirando a monstruosos, aunque no tan altos, y con unos equipamientos que lo dignifican. Can Giner está un poco más allá de una gran fábrica que durante años arrojó jabón al río Congost, al que los payeses siempre llamaron riera. Por el contrario, ¿quién es el que ha decidido que en Besllum las casas tengan patio y piscina, con kilómetros de vallas, con enanitos en la puerta de entrada que te invitan a arrancarles la cabeza, con algún geranio para pisar y perros enormes ladrando? Una anciana pasea al perro y promete a la vecina de dos esquinas más allá que le llevará un trozo del pastel de fresas que acaba de hacer. Detente. Rebobina: ¿has dicho pasear al perro?

ALTA PRECISIÓN

En un parque al lado del río, unos niños juegan con pistolas de plástico, cargadas con balines inofensivos. Pasa un hombre que pasea a un perro raquítico, de los que da vergüenza sacarlos a pasear. Dora se imagina que a perros como ése los acaricia con una patada y los manda a volar como una sábana hasta el tejado más próximo. Una bolita blanca disparada, arriba, arriba por unos segundos. Sólo se lo imagina. En cierta manera, el hombre piensa lo mismo, pero es su mujer quien se ha encaprichado de un bicho como ése. No le ve la gracia. En su momento tampoco se la vio a la tortuga gigante que ella insistió en instalar en el patio. Una tortuga de una lentitud exasperante, contra el signo de los tiempos, que siempre escondía la cabeza bajo el caparazón... La mujer sostiene que la tortuga es un animal cargado de magia y significado y que soporta el peso del mundo encima.

Aparte de jugar al tenis, la mujer del señor que pasea al perro esmirriado practica, al tiempo, diversas terapias naturales y alternativas. No sabe con certeza cuál de los dos adjetivos tiene más peso. El marido las llama terapias sobrenaturales. Pero la mujer le pide que no se meta con ella, que se tranquilice y lo pruebe. Pretende que la acompañe a una de esas terapias y abandone de una vez el campo de tiro –como ella ya ha hecho–, que un día pasará una desgracia. ¿Con qué le sale ahora? Si precisamente ella llegó a ser una de las mejores tiradoras del club.

El hombre considera que con el perro ya ha transigido bastante, aunque al final le ha cogido cariño, tan ridículo y estúpido. La tortuga, al contrario, fue un error irreparable: le da un asco pavoroso, y más cuando la tortuga se le acerca y alarga el cuello en exceso, alocada, moviéndolo de un lado a otro. Últimamente hasta saca la lengua. La considera un animal repulsivo, al que uno

no puede ni acariciar. ¿Cómo lo haces? ¿Rascas un caparazón sin nervio? Va pensando en todo eso cuando unos chavalillos que juegan con pistolas de plástico disparan cerca de él y espantan al perrito. El hombre que está hasta la coronilla de pasear a ese canijo, se acerca a la chiquillería. Queriendo ser pedagógico es una pizca agresivo: «Cuidado con lo que hacéis, en Besllum hay un campo de tiro de alta precisión.» Los niños se alejan, atónitos.

GERANIOS Y PERROS

La señora Engracia sale a pasear a su rottweiler. Al principio no estaba convencida de comprar un perro tan enorme, un animal que siempre se levantaba enfurruñado y al que no podía apaciguar con cuatro arrumacos ni con dos puñados suplementarios de pienso. Pero en Can Besllum se habían producido varios robos y ese temor no la dejaba vivir. Era peor que cuando enviudó. Entonces ya le costaba Dios y ayuda estar sola en casa. Oía ruidos por todas partes, y cuando llegaba el alboroto de los gamberros que salían del instituto como un rebaño de búfalos desbocados, bajaba todas las persianas de la casa. Los gamberros del instituto del barrio de al lado, Can Giner, acostumbraban hacer excursiones a su urbanización y romper los gnomos, las esculturas y los geranios que se encontraban por el camino. Así lo contaba la gente del barrio. Lo más extraño era que últimamente habían aparecido en el muro del patio pintadas de gallinas con unos lemas desconcertantes. Y parecía que se encarnizasen con su casa.

La primera vez que le habían entrado a robar no se dio ni cuenta. Era de noche y estaba dentro. El susto se lo llevó a la mañana siguiente y le provocó palpitaciones y sudores durante días. La segunda vez estaba fuera; se encontró una ventana abierta y todo revuelto. Sumando los dos robos, se habían llevado unos cuantos dinerillos, electrodomésticos, lámparas y cubertería. Pero la principal pérdida, sin ninguna duda, fue el medallón que le había regalado su «difunto marido, que en Gloria esté».

No se habían llevado mucho dinero porque seguía al pie de la letra la manía de su difunto marido de esconder los billetes en un libro falso, en un volumen que sólo tenía cubierta: *El capital*, de Karl Marx. En honor a la verdad, no había sido idea del marido, poco dado a la imaginación, sino de un amigo suyo, un profesor universitario jubilado por el que el esposo sentía una veneración exacerbada. El marido de Engracia era de los que tendían a dejarse encandilar por los demás. «Poca vista», se dice para sí la mujer cuando piensa en la manera de actuar de su marido. «Dios lo haya perdonado.» Así concluye siempre, indefectiblemente, este tipo de monólogo interior.

Aunque lo de *El capital* había resultado ser una buena fórmula, Engracia –Engracieta para familiares y conocidos– no había podido quitarse de encima el miedo por culpa de esos sobresaltos. Sus hijos y su hermana, la Sunción, a punto de ochentear como ella, le habían insistido en que tomara medidas. Había descartado instalar una alarma, era demasiado complicado, y sólo había accedido a poner una cámara simulada; su hijo había ido a una de esas tiendas de espías que alguna vez aparecen en la tele y le había comprado un alarma falsa para que el posible ladrón se creyese vigilado por ese artefacto omnipresente. En cambio, sí que la convencieron para que tuviera un perro. Al principio, cuando lo vio, pensó que eso del rottweiler no tenía ni pies ni cabeza. Más bien le daba miedo. Tenía pesadillas imaginándose al animal royendo huesos. El sueño siempre acababa cuando Engracieta descubría que los huesos que roía eran los de ella. Al final del festín del can aparecía, firme y reluciente, su prótesis de cadera. Pero

pasaron los días, la prótesis de cadera no volvió y aquella impresión de glotonería escabrosa empezó a bascular hacia otra, cercana a la seguridad y la tranquilidad.

Si en el sueño aquel animal era capaz de llegar hasta su prótesis de cadera, uno de sus bienes más caros y apreciados, ¿de qué no sería capaz para defenderla de cualquier fechoría una vez estuviese bien domesticado? Hacía, pues, medio año que tenía a Blix a sus órdenes. El mejor amigo de una mujer que caminaba balanceándose –metro setenta, metro sesenta, metro setenta...– gracias, todavía, a los efectos de la flamante prótesis.

Blix la defendía y espantaba a los malhechores, sobre todo hacia las diez de la mañana. Hasta entonces, Engracieta había creído que los revientageranios hacían su ronda a la salida del instituto, pero gracias a Blix comprobó que pasaban a esa hora extravagante de la mañana, cuando, en principio, no había nadie por la calle. Los ladridos o acometidas notablemente feroces de Blix habían conseguido salvar la mayoría de los geranios del jardín en los últimos meses. Y lo más importante, Engracieta había dejado de tener pesadillas.

Hoy salen a pasear a la hora de siempre. Se cruzan con el perro canijo de otra vecina, no sabe cómo se llama, hace poco que vive en la urbanización. Bronceada de pies a cabeza, a veces la ha visto cuando volvía de jugar al tenis. Blix tira de la cadena para hacerle una carantoña al perro canijo. Intento de jugar, cucamonas y caricias, ni se ladran. El canijo, que debe de ser canija, se pavonea, coquetea, como si también volviese de jugar al tenis. Una correa de perro cede, se queda en el suelo, la ínfima fuerza de aquella señorita canina se ha desvanecido... Yace en el suelo, inmóvil. Bruscamente, la propietaria tenista siente el cataplún que produce un deslizamiento de tierra, desde el Pirineo hasta la llanura, un montón de kilómetros cayendo: le pasan por delante cuatro años de convivencia con la reina de la casa, la amiga de sus hijos, la amiga que guarda el secreto de las excursiones extramatrimoniales, la amiga que le dio el visto bueno al vestido y al maquillaje de esa tarde, la mejor amiga... Todo ha cedido. Dentro de la cabeza de la tenista reverbera el estruendo de un derrumbamiento aterrador. Engracieta se ha quedado petrificada: de nuevo, sudores y palpitaciones.

VAMOS A MI CASA

A pesar de la descarga de ruido incontrolado a causa del derrumbamiento, la tenista ha sido capaz de articular unas palabras. Éstas: «Vamos a mi casa», dice a la anciana Engracieta. Nos ahorraremos la miseria del relato de cómo arrastrar el cadáver de la señorita canina hasta la casa, de Blix que no ha entendido el final abrupto del juego, la falta de reacción de la otra, la nula conciencia de haber hecho algo malo. Cinco minutos a pie –y en brazos– muy penosos. Lágrimas a punto de caer, tratando de detener el cataclismo, pero el mismo ruido que todo lo invade, un estrépito que envuelve a la tenista, como unas avispas rabiosas. «Vamos a mi casa.»

Engracieta siente un malestar creciente entre un mar de excusas, de vergüenza, de cómo ha podido pasar. La tenista evita pronunciarse, hace gestos con una mano que no van dirigidos a Engracieta, sino a su zumbido, aquel cataplún que le hará estallar la cabeza... Es como si espantase moscas. Pronuncia la segunda articulación de palabras: «Espere aquí.» La tenista entra con diligencia en su casa, se dirige al estudio, sale, apunta con maestría como solía hacer cuando salía con su marido e iban al club. ¡Pum! Y pum. Dos tiros. Con dos ha sido suficiente. Uno en la frente. Otro en el corazón.

LEVANTAMIENTO DE CADÁVER

La llaman los mossos. Eso no es nada habitual en una clínica veterinaria. Al principio siente curiosidad, incluso piensa que se equivocan. Pero cuando le comunican que tiene que llevar a cabo un levantamiento de cadáver se le hiela la sangre. «¿No cree que debería llamar a otro sitio?» «No, han disparado a un perro en la urbanización de Besllum y es necesario que un veterinario certifique la muerte.» Traga saliva. «¿Hoy a las siete? A las siete.»

Han pasado muchas horas desde los inesperados tiros que alertaron a los vecinos, junto con los gritos de Engracieta. Blix yace rígido y helado cuando la veterinaria se aproxima a él para inspeccionarlo y certificar que, efectivamente, tiene un tiro en la cabeza y otro en la barriga que le han producido una fuerte hemorragia y, con toda probabilidad, una muerte instantánea. Un perro muerto de la envergadura de Blix pesa bastante más que un muerto humano, aunque las medidas, en estos términos, son un poco arbitrarias y sujetas al peso y el estado de ánimo. En el fondo del patio, una tortuga inmensa lo observa todo con cautela.

Al día siguiente la veterinaria tendrá que hacer la autopsia del rottweiler para confirmar el proceso que condujo al hoyo a este guardián de una anciana de ochenta años, y enviará todo el papeleo al juez que se ha hecho cargo del caso. De camino a la urbanización, los mossos le han hecho un resumen del incidente. Con la historia entremezclaban bromas siniestras que no le han hecho ninguna gracia y todavía la han aturcido más. Si no se inmuta cuando les comunica a los clientes desconsolados que lo siente, pero que no hay nada que hacer con su loro, por qué tendría que inmutarse ahora que sólo tiene que comprobar que un perro muerto está muerto, bueno, asesinado por una vecina que quién sabe si estará por allí. Pero no, cuando llegan no hay nadie. La presunta verduga está declarando en comisaría. La anciana está en observación en un hospital después de un ataque de nervios. Los mossos dicen que habrá que aclarar el tema de la licencia de armas. No es muy normal ni aparentemente lícito que alguien tenga un revólver en un armario de su casa. Al día siguiente la veterinaria certificará que los dos tiros han sido de una precisión absoluta: sobre todo el de la cabeza, que ha entrado por la frente, justo en medio de los ojos.

EL «ESPÍA»

Después del asesinato del rottweiler que protegía a Engracieta, su hijo está decidido a actuar con determinación. Engracieta no había querido instalar una alarma de verdad porque le parecía demasiada «complicación» técnica. Entonces él había claudicado por respeto a su madre y porque su mujer le repetía una y otra vez que se estaba obsesionando con la autodefensa y las tiendas de espías. Era innegable que, desde que había descubierto una en la calle Aragón, en su casa vivían mucho más tranquilos. Él, Alfred, el primero. Ahora el malogrado incidente del perro –lo había ido a elegir él mismo a una casa de adiestramiento que llevaba una joven alemana de aspecto tan convincente como el perro– le había dado la razón. La monserga de «ya te lo dije».

La muerte de Blix y la difusión de aquel asunto truculento por Besllum y el barrio vecino (Alfred estaba convencido también de que el rompegeranios y el pintor de gallinas venían de aquel «barrio de granujas», como lo denominaba) dejaban a la madre a la intemperie. Iría a la tienda de espías a contarles el caso, les daría los detalles de la casa, las dimensiones, su situación geográfica y lo asesorarían con lo que fuera preciso. Ya lo había hecho otra vez, cuando abordó diversos frentes de su casa que pensaba que estaban descontrolados. Algunas medidas no las sabía

ni su mujer, pero Alfred había llegado a un punto en que no se detendría por la inconsciencia de los otros. Como padre de familia, tenía el deber de proteger a los suyos. Había trazado un plan: seguimiento del móvil de la hija adolescente (la había rondado un pipiolo); el teléfono fijo de casa, pinchado; alarma y cámaras en el jardín; cámaras en el recibidor y en el comedor (la mujer de la limpieza podía meter la mano en algún cajón); y, finalmente, la niña de sus ojos, el despertador grabador de imágenes en el dormitorio.

En principio, este despertador sólo era un juego inofensivo. Se masturbaba en el garaje del patio viendo la grabación de algún hito erótico con su mujer. Esos artilugios tenían una apariencia tan normal que era imposible detectar que estaban grabando. Por tanto, como sólo él conocía el montaje, los coitos que de costumbre eran desgastados y rutinarios, él los exageraba. Insistía en embestir por detrás a su mujer para verle la cara que nunca le veía. Tanteó con algún invento sadomasoquista (un látigo, una atadura) y probó una sarta de cremas pringosas y lluvias doradas que su mujer aceptaba, según el caso, con extrañeza, angustia o asco.

Precisamente una de las veces que fue peor, ella retiró la boca de la polla, dando arcadas, a punto de vomitar. La mujer le lanzó con rabia el látigo y el antifaz y Alfred se quedó con el miembro ardiente, a la intemperie también, gimoteando ridículamente, sin placer, con cara de idiota. Cuando volvió a ver las imágenes, la arcada le vino a él, pero de rabia hacia su mujer por haber roto el hechizo. O lo que él tenía por hechizo. A partir de aquello, empezó a urdir un nuevo propósito: conseguir mujeres a su gusto para grabarlas en la cama de casa. Los horarios infernales de su esposa, que, además, trabajaba en Barcelona, y la hija en el instituto con todas sus actividades extraescolares, le proporcionaban un plan seguro en ciertas franjas horarias. La casa tenía una entrada por el parking a resguardo de los vecinos. Alfred era el único que tenía llave y habilidad para controlar aquel sistema. Era un plan perfecto.

Ante el despertador prodigioso, llevó a cinco o seis mujeres, hasta el día que la señora Engracieta se presentó con el pollo con pasas que había hecho el domingo. ¿Acaso no sabía que no le gustaban las pasas? Vivían todos en la misma urbanización, a seis minutos a pie; le había dicho a su madre que llamara antes de presentarse allí, pero ese día se olvidó y se presentó de improviso. Cuando sonó el timbre, la chica, Vivien—se había afrancesado el nombre—, se tuvo que esconder hasta que la madre de Alfred, que tenía ganas de hablar y preguntaba por todo, se fue. Aun así, tuvo un rato para una última «fornicada que te cagas» (eran los términos con que se expresaba el hijo de Engracieta para alardear con un compañero de trabajo). Con Vivien, Alfred sentía que cruzaba la línea de lo que era admisible; se sometían, se utilizaban y se convertían en unos perfectos animales salvajes. La agradable sensación de hacer el cerdo—a veces, literalmente, gruñía— le estimulaba a más no poder. Acababa y quería más. Cuando repasaba las imágenes en el patio se ponía más caliente todavía y se masturbaba con fruición extrema imaginando escenas imposibles.

La mujer de Alfred tenía un trabajo de responsabilidad en una empresa farmacéutica que cada vez le absorbía más. La hija pasaba por una adolescencia plenamente abocada a largas temporadas en el lavabo. Camuflado detrás de las tareas del bricolaje básico, Alfred podía dedicarse a sí mismo. Con reducción de jornada por la crisis, rondando los cincuenta, tenía tiempo para incorporar nuevas modalidades a sus rutinas, como el voyerismo. Así, instaló una cámara de alta precisión que captaba el dormitorio de una vecina, joven y promiscua. Conseguía ratos de felicidad completa en su garaje. Disponía de suficiente material para masturbarse todos los días, sin prisas. Tenía recorrido suficiente para escoger las mejores herramientas para proteger a su madre.

EN LA TIENDA

Al hijo de Engracieta se le vio el plumero. En una tienda de espías están acostumbrados a todo. Personajes como él son de lo más normales. Primero, llegan movidos por un interés muy noble: proteger a la familia, la urbanización es un entorno frágil... Después, acumulan aparatos de grabación de imagen y sonido que sólo confirman la obsesión compulsiva del cliente, mezclada con alguna que otra manía particular. «Manía» es la forma amable que tienen de referirse a la obcecación sin límites de algún espía desbordado. ¿Cuántos como éstos pasan inadvertidos en una sociedad que prefiere tratarlos como normales para no abrir la caja de los truenos? ¿A cuántos se les señala con el dedo? ¿Por qué tantos parecen normales cuando el gusanillo del absurdo los trepana por dentro? Somos el gran teatro del mundo y todas las noches hay función. Las manías son la socialización del absurdo, de esta obcecación. Si tienen consecuencias visibles y concluyentes, quizá entonces dejen de ser manías.

A la tienda de espías van maniáticos y chalados, pero siempre se guarda con ellos una distancia respetuosa. Aunque se presente el más loco de los locos, la función de la tienda es asesorar, mostrar lo que más se adecue a sus circunstancias y adelante. No han de juzgar nunca si alguien, por ejemplo, les pide un barrido de la boca por si le colocaron un micrófono cuando le empastaron una muela. Le falte un hervor o dos, se le hace el barrido sin replicar, el hombre se queda tranquilo, le cobran y que pase el siguiente.

El hijo de Engracieta sale de la tienda de espías cargado de cámaras y aparatos grabadores para la casa de su madre. De propina, se ha llevado un reloj micrófono videocámara que le permitirá inventar nuevos ejercicios, y un micrófono de alta capacidad de sonido que se llevará a los hoteles adonde vaya con Vivien. De paso, ha pedido que le hiciesen un barrido de la gabardina, por si llevaba algún micrófono. Últimamente comienza a desconfiar. Se ha olvidado, sin embargo, de los zapatos. La regla de oro de una tienda de espías es no revelar nunca si alguien es objeto de contraespionaje por parte de otro cliente de la tienda. Esta contingencia se corresponde con un secreto de Estado que saben por casualidad y que de igual modo podrían desconocer. Evidentemente, los archivos fungibles de este micromundo jamás serán desclasificados.

EL ARTISTA

La señora Engracieta vive desconcertada por todas las cámaras que le ha instalado su hijo. Primero, se las encontraba por todos sitios, se tropezaba con los cables, se sentía observada. Pero, aun así, se ha ido acostumbrando y la tranquilidad ha ganado terreno. Por otro lado, ha decidido no volver a tener perro. El asesinato de Blix la ha desquiciado demasiado. Todavía le ronda por la cabeza la cara estupefacta que se le quedó al animal después de aquellos tiros repentinos. Ahora le hacen compañía media docena de pájaros repartidos por toda la casa y un par de gatos que no han tardado en engordar como cerdos, tal como corresponde a los gatos de ciudad, y a arrastrarse hasta el sofá con lentitud.

Dado que a ellos no tiene que pasearlos como a Blix, Engracieta se ha atrincherado en casa. Como mucho, sale a llevarle algún pastel a su hijo, que, por suerte, vive en la dirección contraria a la casa de la tenista, pendiente de juicio. La sola idea de tener que volver a pasar por delante de

esa casa le provoca náuseas. «¡Parecían tan buenas personas! ¡Tan normales! Desde luego, ya no se puede uno fiar de nadie», comenta por teléfono Engracieta a su hermana Sunción, recordando los hechos. Y hasta las salidas a casa de su hijo son cada vez más espaciadas; en una ocasión se presentó sin avisarle antes y se lo encontró rojo como un tomate, hablando apresuradamente, tartamudeando, como si lo hubiese importunado. No entendió por qué. Sabía que ahora, con la crisis, tenía menos trabajo, pero precisamente por ese motivo, si tenía más tiempo, pensaba que una visita de la madre le vendría bien. Otra vez tuvo que golpear un buen rato en el cercado del jardín para que le abriese, y al final salió colorado y sudoroso de nuevo, y con las manos húmedas. ¿Qué estaría haciendo? ¡Si todavía llevaba puestos los pantalones y la americana de la oficina!

Quizá es el trabajo, que lo perturba demasiado. Engracieta sabe que no pasa por la mejor época y que está que trina con todo ese escándalo de las preferentes. Las había vendido a ciegas, ganando, en una época, mucho dinero en concepto de complementos comerciales. Había vendido tantas que incluso se las había endilgado a su madre, creyendo que era el negocio del siglo. Suerte que Engracieta, conservadora hasta el extremo (a diferencia de su marido y de su hijo), había preferido invertir poco dinero. Al final, sólo había recuperado una parte, pero nunca le había reprochado nada a Alfred.

Con todo ello, Engracieta todavía no ha podido explicarle lo único sobre la seguridad que la angustia. Todo el sistema de cámaras funciona a la perfección, gracias al encaprichamiento de su hijo; los domingos Alfred lo supervisa hasta el último detalle, como un auténtico profesional. Tan profesional es en estas revisiones que apenas escucha nada de lo que ella le cuenta que no tenga que ver con los artefactos tecnológicos. Pero, a pesar de estas precauciones, de vez en cuando aparece en el patio un geranio medio podado o un dibujo de gallinas desfiguradas, o frases y firmas, todo con muy mala letra. Gallinas que lanzan proclamas y con gesto enfadado. Hay expresiones que suenan amenazadoras: «Ahora es la nuestra.» Engracieta no sabe cómo tomárselo. Blix, con su presencia todopoderosa, había ahuyentado a los granujas. Ahora han vuelto y hacen una cosa todavía más extraña: dejan un trozo de baldosa con una firma menuda, Banx. Y al lado, una tarjeta de un maestro vudú. Como ésta:

Profesor Turou. Gran vidente médium. Especialista en el regreso inmediato de la persona amada, protección contra maldiciones, fidelidad absoluta. Resuelve los problemas en los que otros han fallado. Ayuda en la salud, los exámenes. Resultados rápidos y garantizados.

La firma de Banx sobre la baldosa parecía hecha sobreponiendo una plantilla rociada con *espray*, e iba acompañada de un dibujo. Uno de los últimos dibujos que han dejado es el de un niño agarrado a un globo que se eleva y sale volando. Engracieta empieza a tener miedo.

EXPOSICIÓN

Una tarde Dora fue a la exposición de un joven talento. Este enunciado podría continuar por algún derrotero de película de Woody Allen: el cóctel del acto, los encuentros casuales, las pintas *cool*, los vestidos *fashion* y las conversaciones *in*, todo sin un ápice de *mainstream*. Pero no respondería a la verdad. Al artista lo acompañan sus padres y cuatro colegas, una pequeña parroquia en una sala de ciudad de periferia –ni siquiera la capital de la comarca–, arreglada más como centro social que como sala de exposiciones. Comparte espacio con otros hipotéticos

jóvenes talentos, y todos tratan de quitarse de encima este adjetivo previo, para que los miren de frente, de tú a tú. Pero eso también cuesta mucho. Hay tanta conmiseración en este mundo, incluso en las salas de exposiciones de la periferia que parecen casinos.

Dora es amante de la periferia y medio amiga del artista, así que ha querido estar presente. No hay cóctel y han alargado el asunto en un bar de mala muerte de al lado, mesa pingosa, patatas de bolsa y cervezas para brindar por el arte contemporáneo. La mesa la forman amigos del artista de diversas procedencias. Dora entabla conversación con una chica veterinaria. Como se le da muy bien hacer preguntas, es relativamente fácil que la gente esté dispuesta a hablar. «¿Qué es lo más extraño que has tenido que hacer como veterinaria?» Aquí tiene la suerte de encontrarse con una aventura estupenda. Como si se lo hubiese olido. Con un despliegue narrativo más que correcto, la veterinaria cuenta que hace poco tuvo que llevar a cabo un levantamiento de cadáver. De un perro.

—... Fue en Besllum. Allí la peña tiene mucha pasta. La cosa pinta mal. Para mí que a la tía de los tiros se le caerá el pelo, ¡disparó con un revólver! Dicen que tienes que tener una superlicencia y el arma superbienguardada... —A la chica le gustan los superlativos, qué le vamos a hacer—. Parece que entró un momento, como quien va al comedor, salió con el revólver y ¡pum! Dos tiros bien dados que sólo podían ser obra de una profesional.

—¡Joder! —dice Dora—, y el perro, ¿murió en el acto?

—En el acto, eso seguro. Una bala le quedó incrustada en el cerebro —continúa la veterinaria.

—¿Y dices que fue en Besllum? Yo paso por allí en moto para ir a coger el tren —apunta Dora, tímidamente.

—Pues vigila, que ya ves cómo se las gastan —añade otro del grupo. Lo insólito de la peripecia ha centrado la atención de la mesa en la veterinaria y en sus preguntas. El artista talentoso, que intentaba glosar el proceso de creación de las piezas que exponía, se ha quedado sin público. La veterinaria se ve obligada a refrescar la historia para aquellos que se han perdido los detalles iniciales. Dora tiene que esperar un rato para volver a preguntar:

—¿Qué clase de perro era? ¿Grande?

—Un magnífico rottweiler, joven pero ya muy crecido. Un perro como ése, muerto, se queda frío y duro como una piedra. Aquello era una roca porque habían pasado muchas horas... Pesaba...

—... como un muerto —suelta el típico del grupo dedicado en cuerpo y alma a las bromas fáciles. Siempre tiene que haber uno. Risas de camaradería ingenua, mientras Dora murmura, sin que la lleguen a oír:

—Me parece que he visto a ese perro... —Efectivamente, nadie la oye. Sabe de qué animal majestuoso hablan. Otro apostilla enseguida:

—¡Ostras! ¡Suena a película americana! —Y el comentario da un vuelco y provoca otra ocurrencia. A Dora le marean las conversaciones desordenadas. Lo que acababa de contar la veterinaria podría tener una historia gemela en Estados Unidos si no fuese porque el final fue diametralmente opuesto.

—Me recuerda a aquella vez que estuve en la América profunda. —Ahora quien enlaza el relato es un proyecto de escritora, el paralelo al joven artista que esa tarde ha inaugurado la exposición. Parece que ambos comparten un mismo punto de partida: tenerlo que demostrar todo ante una sociedad que ni los esperaba con impaciencia ni repartía oportunidades como quien da nubes de azúcar en la feria—. Fue cuando estuve en aquella residencia de escritores, la Ledig House, una maravilla, una experiencia idílica.

—Pero ¿dónde está exactamente? —inquire otro proyecto, en este caso de filósofo.

—Cerca de Hudson, en el condado de Columbia, a dos horas y media de Nueva York. Es un

invento estupendo. ¡Allí vives a cuerpo de rey!

–¿Y qué ocurrió? –pregunta un proyecto de arquitecto, con ganas de una estructura clara.

–Resulta que un día salí a correr. Decidí probar una nueva ruta para conocer lugares nuevos...

–Sí, te entiendo, nuevos caminos para provocar cambios y transfiguraciones, para coger impulso y conseguir hacer limpieza, ¿no? –precisa, medio nerviosa, Dora. El proyecto de escritora responde con una mueca, que también quiere decir «si me interrumpís todo el rato no acabaremos nunca», y, finalmente, continúa:

–Sí, más o menos. El caso es que salí a correr. Alguien de la residencia comentó que había hecho un circuito circular, por tanto, estaba segura de que lo encontraría con facilidad. Fui por la carretera principal, una de las opciones posibles cuando no sabes muy bien por dónde vas. Pero la vuelta se iba haciendo demasiado grande y no se acababa nunca, y cuando ya llevaba más de una hora, comprendí que tenía que tomar una decisión. –A la escritora le agrada expresarse con estas guirnaldas descriptivas–. Pensad que en otoño por aquellos parajes se veían unos bosques como no los he visto en la vida. Unos contrastes de colores absolutamente excepcionales.

El público escucha complacido la descripción. Después de la inauguración de una exposición de arte contemporáneo de un joven valor, un relato entregado a la ornamentación a ras de tierra les va bien. Sin haberlo comentado entre ellos, todos se sienten un poco así.

–Primero me detuve en una granja, a ver si encontraba a alguien. Había un coche fuera y unas gallinas que campaban a su aire.

La parroquia tiene el corazón encogido. Dora siente una punzada interna.

–¿Gallinas? ¿En el campo los yanquis también tienen gallinas? –Ha tenido que soltarlo. Los demás la miran un poco extrañados por el detalle de la cuestión que plantea. No les parece que tenga demasiada importancia en el conjunto del relato que el proyecto de escritora, siempre importunada por las interrupciones, intenta desarrollar.

–Sí, sí, las gallinas estaban fuera, y en un cercado también había ovejas y un coche de esos tan americanos, con la parte de atrás descubierta. Dije hola varias veces, pero ni caso. Corrí un trecho más hasta llegar a dos casas.

Este escenario hay que imaginárselo gigantesco, con unas medidas totalmente desmesuradas, que sobrepasan el mapa de dimensiones europeo. Una casa aquí, otra allí, todo de madera, con el cercado, el porche para el coche, el patio; resumiendo, sería como multiplicar por diez o veinte el concepto mediterráneo de la casita y el huerto; un paisaje ciclópeo, espaciado, de bosques más altos que frondosos, carreteras que llegan a todas partes, manchas de lagos y un otoño de postal, de libro de escuela. Pero dejemos de interrumpir al proyecto de escritora.

–Llamo al timbre, asomo la cabeza por la ventana; primero, el perro. La dueña, por algún sitio que no veo, sé que me echa una ojeada, pasan unos cuantos segundos, demasiados, y finalmente abre la puerta, sólo un poco, una rendija... «¿Podría decirme cómo se va a la Ledig House, en el Art Omi?», le pregunto. Me esforcé tanto como pude con el acento para que me entendiera. «Soy escritora y me he perdido mientras corría.» Pasa otro buen rato hasta que me entiende. «¿Omi? ¡Ah, Omai!» Era una mujer de cara chupada, que aquella mañana parecía haberse fumado treinta cigarrillos de tabaco negro y podría decirse que había hecho lo mismo durante los treinta últimos años.

»Al final, la mujer de cara chupada dice: “A ver, deja que lo piense.” Y me da un camino alternativo. “¿Está muy lejos?”, le digo. Ya había corrido más de una hora y si tenía que correr otra tal vez reventaría. Con brusquedad me responde: “Si quieres te llevo en el coche, pero dame

unos minutos, que arreglo cuatro cosas del perro.” “Ah, de acuerdo.” Cerró la puerta y pasaron, efectivamente, unos cuantos minutos. No tantos como me parecieron en aquel momento.

–Y, entonces, ¿qué? ¿Te quedaste allí, en el patio de una casa americana esperando? –pregunta el proyecto de arquitecto, tomando medidas del lugar, mientras los demás murmuran onomatopeyas o expresiones que denotan expectativas.

–Sí, me he acordado por la escena del asesinato del perro en Besllum. Yo, perdida en la América profunda, y pensando: ¿y si estoy viviendo los últimos minutos de mi vida? ¿Y si esta señora sale con la boca como una chimenea, llena de cigarrillos y un fusil en las manos dispuesta a echarme de su casa y de este planeta? ¿Y si no me he explicado bien? Me puse a hacer estiramientos, para fingir naturalidad y que viese que era verdad que había corrido durante una hora.

–Y, al final, ¿qué?

El proyecto de escritora sonrío, ha conseguido meterse al público en el bolsillo. Hace una pausa dramática, una chispa exagerada, antes de continuar.

–Pues... –nueva pausa– la mujer salió y subimos a su gran coche. Allí todo el mundo tiene un coche enorme. Puede ser que malvivan y no lleguen a final de mes, pero el coche grande no falta. Me volvió a preguntar si iba a «Omaaaai». «Sí, sí», le dije. Y me preguntó de dónde era. Le intenté explicar lo mejor que pude que era escritora, de Barcelona, y que me alojaba junto con otros escritores de todo el mundo en la Ledig House, una residencia que formaba parte de la fundación de arte «Omaaaaaai». «Pero ¿tú te quedas en Omaaaai?», me volvió a preguntar la carafumada. Me inquietaba un poco la reiteración de la pregunta. Para restablecer la normalidad, le comenté que me parecía que aquel entorno era muy tranquilo, que se debía de vivir bien, ¿eh? «Sí, sí, es muy tranquilo.» Y a partir de ahí intenté entablar un diálogo que resultase viable para ir restando millas hasta la Ledig House. «¿Y usted es de aquí, de toda la vida?» «Sí, sí.» «¿Se ha de desplazar mucho para ir a trabajar?» Puede ser una pregunta banal, pero fue la única que se me ocurrió para evitar el abismo del silencio. «Oh, trabajo limpiando casas.» «Ah, ok.» Debió de parecerle que mi ok era extraño y, unos segundos de silencio después, añadió, como si fuera un giro de película, sacando todo el aliento y la fuerza de los últimos quince cigarrillos de la mañana: «No es un trabajo muy emocionante, ¿eh?», soltó la carachupada con cara de pocos amigos y un sarcasmo poco fumado. «Qué va, está muy bien.» Y, por suerte, llegamos. Vimos la casa roja de los artistas y le comuniqué: «Sí, aquí es, me puede dejar aquí mismo.» Le agradecí con toda la grandilocuencia de la que fui capaz su gesto, le reiteré que me había salvado la vida. Sus ojos con unas bolsas holgadas, estiradas hacia abajo por la fuerza de diez paquetes de tabaco, apenas se movieron. Sólo hizo una mueca estrambótica y un «De nada, de nada» expeditivo, como diciendo: «No es necesario que lo alarguemos más, jovencita.»

A unos siete mil kilómetros de Can Giner y de Besllum, en un paraje que era como una mastodóntica urbanización rural, a unas tres horas de la frontera con Canadá, un talante rudo escapaba a tiempo del desastre que el estereotipo le tenía preparado.

Dora se tragó pacientemente toda la aventura relatada por el proyecto de escritora sobre la buena gente de la América profunda. Si hubiese sabido que la Ledig House había sido antes una granja de gallinas, quizá se habría caído de culo. Es más, si alguien le hubiese anunciado que el condado donde se asentaba esa residencia para creadores había tenido una jueza llamada Joyce Hens Green, habría empezado a tomarse más en serio las tarjetas de los médiums. Su cabeza, sin

embargo, hace rato que está lejos y piensa en la urbanización en la que han liquidado a un rottweiler. A diferencia del valle de Hudson, se la ha pateado. Y la conoce bien.

LA NOTICIA

La policía local no entiende muy bien las extrañas llamadas que ha atendido últimamente. En Can Giner, más allá de los casos de pequeño trapicheo, no se producen demasiadas quejas de los vecinos. Incluso los ruidos, que son un clásico cuando llega el buen tiempo, han disminuido. Extrañamente, el teléfono no para de sonar por las denuncias procedentes del barrio de Besllum. Y eso que es el barrio supuestamente tranquilo, de gente acomodada y acaudalada –lo comentan los miembros del cuerpo policial cada vez que descuelgan el teléfono y oyen la misma cantinela–. Los intentos de robo entran dentro de lo normal, pero las quejas de ahora no tienen nada que ver con eso.

El *modus operandi* de las barrabasadas tiene a la policía totalmente confundida: muchos vecinos se han quejado de que les estropean elementos del patio. El gnomo, un tiesto con geranios, el rosal, un olivo o a veces un plato de pared aparecen hechos pedazos con una nota al lado. En la nota siempre figura el mismo nombre: Banx. Últimamente a eso se le suma la aparición de pintadas de gallinas acompañadas de unos lemas que, según cómo, pueden interpretarse como amenazas.

A la policía la firma de Banx no le dice nada. Las quejas de los vecinos de la urbanización de Besllum han sido distintas y bastante aproximativas, y han pronunciado el nombre de la nota cada vez de una manera diferente. Al final, los policías han optado por referirse a él como «El Ban». Cada vez que viene la pobre anciana octogenaria –menuda historia la del perro asesinado, desde aquel crimen la urbanización no ha vuelto a ser la misma–, a lamentarse de otro geranio partido y de una nueva gallina en el jardín, los policías repiten: «Sí, otra vez El Ban.» Como siempre, Engracieta les lleva la tarjeta del maestro vudú que ha encontrado al lado de la ramita de geranio:

Profesor Ismael. Gran vidente africano. Heredero de una de las mayores familias mandinga. Cura treinta tipos de dolencias, incluidos casos desesperados, cualquier complejo físico o mental, aunque sean de mucho tiempo atrás. Prevé los peligros indicando las precauciones que hay que tomar.

La policía anota el teléfono y llama, pero nunca saca nada de provecho. La situación es bastante insólita y, a priori, inofensiva para justificar una actuación. ¿Qué medidas pueden tomar por cuatro geranios rotos o por la niñería de pintar unas gallinas en las paredes? «Algunas hasta tienen gracia», dice un policía. Pero un día la visita irritada de Alfred, el hijo de Engracieta, que para más inri es amigo del concejal de Seguridad y Vía Pública –dicen, curiosamente, que los une una gran afición por el cine–, los obliga a tomar alguna medida. Ahora bien, ¿por dónde empezar? Por Can Giner, claro, el barrio del extrarradio que está junto al de Besllum. A pesar de toda la palabrería políticamente correcta, tienen una sospecha que no confiesan pero que todo el mundo comparte: eso es cosa de la chiquillería del barrio de Can Giner, que en las horas de instituto hacen el vago y dejan papelitos sin sentido que deben llevar en la mochila; desde luego, no puede haber otra explicación, se dicen. Por este motivo, aparte de patrullar un poco más –sólo un poco– por Besllum de manera aleatoria, la policía local se concentra en Can Giner y en el segmento de alumnos del instituto. El resultado es imperceptible. Bueno, lo que consiguen es aplacar el absentismo escolar. Si los muchachos se quedan en algún sitio es en su barrio, porque a casi

ninguno se le ocurre ir a dar vueltas al barrio pijo de al lado, que, entre otras cosas, no está hecho para los paseos: es una urbanización de aceras estrechas, sin un bar, con perros que salen a ladrar en cuanto huelen a un extraño y casas que parecen búnkeres. Allí un adolescente no tiene nada que hacer, salvo repantigarse a fumar porros. Y a éstos ya los tienen controlados.

La única prueba que la policía obtiene en sus salidas es otra de esas misteriosas tarjetas, que encuentran precisamente delante de la casa de Engracieta. No saben por qué, pero detectan que en los últimos días ése ha sido el principal blanco de las acciones de El Ban. El papelito reza:

Profesor Sidi. Con sus poderes naturales, en menos de una semana le ayuda a solucionar todo tipo de dificultades: recuperar pareja y atraer a personas amadas, suerte, negocios, salud, impotencia sexual, protección contra enemigos, atraer clientes, problemas familiares... Desplazamiento posible con discreción.

Los escasos avances policiales y las menciones sexuales que aparecen en los servicios del profesor Sidi han precipitado los hechos y la paciencia de Alfred. El hijo de Engracieta ha irrumpido en las instalaciones de la policía más exaltado que de costumbre y ha pedido audiencia con el concejal de Seguridad y Vía Pública.

–Oye, o lo solucionáis vosotros o lo soluciono yo. Es una vergüenza y mi madre está de los nervios. Está insoportable. Sabes que padece del corazón y que cualquier cosa la altera. Y un día le dará algo. Ya le sucedió a mi padre... –La voz se le desgarró-. ¡Y no permitiré que le pase a mi madre!

–Ya lo sé, hombre, pero ya te he dicho muchas veces que es un problema extraño, difícil de solucionar. En todo caso, parece inofensivo. A los delincuentes de aquí al lado –con esta ligereza, el concejal se refiere a Can Giner– no los hemos pillado haciendo nada de eso. Y no me parecen de tanto lujo como para andar por Besllum. Además, ya me dirás, los robos han disminuido. Sólo falta la gilipollez esa de El Ban y las gallinas.

–¿Gilipollez? –La expresión sulfura a Alfred, a quien el carácter inexplicable de estos incidentes hace que se le tambalee su burbuja: el oasis de paz masturbándose en el garaje o espiando a la vecina o simulando ser el hijo protector de la madre–. A mí no me parece ninguna gilipollez –contraataca–. Tengo suficientes recursos para encontrar al imbécil que hace todo eso. Sabes muy bien que tengo suficientes recursos. –Este último «suficientes», con tono de advertencia, ha puesto en alerta a los policías de guardia–. Se ha acabado ver vídeos en mi casa. Nada de vídeos hasta que esto se resuelva. Los vídeos te los pones tú solito. Y ya me dirás qué encuentras. –La insistencia con que Alfred ha enfatizado la palabra «vídeos» ha vuelto a alertar a los agentes. También la reacción del concejal, que sólo ha podido balbucear unas palabras.

–Vamos, no es necesario que me grites, hombre, que no es para tanto. No te lo tomes así. Los vídeos, quiero decir, el cine que vemos juntos, las películas, nuestra amistad..., no vamos a perderlo por esta gilipollez. Bueno, por este problema, problema grave, sí... Ya te he dicho que trabajamos en el asunto y que seguiremos trabajando...

El hijo de Engracieta se levanta y se hace el ofendido.

–¡Nada de vídeos hasta que se solucione!

Un policía que hace poco que ha entrado en el cuerpo se extraña.

–Eso de hablar de vídeos suena muy anticuado. Ahora la gente ya lo ve todo en deuedés o por Internet.

A raíz de este episodio, el hijo de Engracieta ha afinado más su técnica. Ha hecho una nueva

visita a la tienda de espías, y un nuevo intento de echar el anzuelo a la dependienta más joven, y ha salido de allí con un sofisticado sistema de microcámaras que se pueden incrustar en cualquier objeto, hasta en un geranio. Son los aparatos más pequeños que ha tenido nunca en las manos. Alfred ha alargado la conversación con la dependienta para que le explicase con precisión la mecánica de las microcámaras, pero no ha tenido éxito ni desplegando su lado seductor de pacotilla, combinado con alguna mirada lasciva. Seguirá con sus vídeos domésticos y el nuevo juguete que este sistema especial supone para la hilera de geranios del patio: cámaras resistentes al frío y a la lluvia y a todas las inclemencias posibles, con un radio de visión considerable teniendo en cuenta su tamaño.

Esta vez la historia le tiene reservado un lugar preeminente. Sería él, ese empleado gris y progresivamente arrinconado de la banca a quien nadie hacía caso, ese oficinista estafado también por las preferentes, sería él el héroe que atraparía a El Ban. Desde la muerte de su padre, Alfred había sentido muy adentro y con mucha vehemencia el deber de proteger a los suyos. Los procesos de rellenar el vacío a menudo toman caminos singulares, que evidencian otros agujeros y nuevos pretextos. No es que hubiese tenido una relación muy estrecha con su padre, pero quizá precisamente por eso, y por alguna concomitancia falocrática de la efigie del progenitor todopoderoso, Alfred necesitaba ese pretexto: ser escudo y guardián de su familia.

De paso, con su operación para cazar a El Ban, Alfred le pasaría la mano por la cara al amigo concejal. Bueno, amigo era un decir. El vínculo que los unía era una rivalidad subterránea. El edil era el (mal) compañero que siempre ganaba los partidos de tenis en el club, cuando todavía se animaban a ir y la barriga no le había crecido tanto como para no verse el pito. También era quien impresionaba a las otras socias; en general, mujeres jóvenes sin más preocupación que pasar el rato en el club. Y también era quien le aventajaba en cuanto al ritmo de conquistas. Estaba casado, y siempre que se veían en el club el concejal tenía alguna historia que contar. Este fajo de agravios era cada vez más insoportable y coincidió con la reducción de trabajo en la oficina, con pasar a disponer de más horas en casa y con la inmersión en el mundo de las cámaras y artefactos voyeurs.

La nueva manera de relacionarse con el amigo concejal fue invitarlo a ver alguna de las piezas maestras de su mediateca. Al principio, notó en él la sorpresa por la claridad y profundidad de las grabaciones. Se habían acostumbrado a utilizar estos términos cinéfilos. Más tarde, se produjo otro motivo de rivalidad, y el hijo de Engracieta tuvo que afrontar una nueva derrota.

Cuando ya se tenían bastante confianza, y cuando la pieza de mediateca subía de temperatura (de hecho, solían pasar rápido los preámbulos), el hijo de Engracieta y el concejal se bajaban la bragueta, sacaban el miembro morcillón y se hacían una paja lentamente. Cuando se tenían más confianza, ya comenzaban la sesión sin pantalones y tocándose los propios miembros. El hijo de Engracieta comprobaba, atónito, cómo el miembro del concejal engordaba y se alargaba sin límite, adquiría un vigor fuera de lo normal... Pero es que cuando él ya se había corrido, con intento incluido de salpicar alrededor para marcar quién mandaba allí y después poder decir «Ay, perdón», el concejal continuaba como un caballo desbocado, con los ojos en blanco y el miembro enhiesto como un cirio pascual. Alfred fingía que no lo veía, se secaba y daba suspiros de placer para disimular que ya había acabado. Pero el otro continuaba, cabalgando en el aire y, para postre, profiriendo marranadas. El hijo de Engracieta se sentía ofendido. Se abrió una cerveza y encendió un cigarrillo. Por su culpa, había vuelto a fumar. El extraño caso de El Ban había sido la excusa perfecta para cortar de raíz esa humillación insufrible y, de pasada, devolver al amigo concejal todos los reveses con un remate histórico: Alfred, y no aquel semental, encontraría a El Ban.

LA GRAN ACCIÓN

Durante todo ese tiempo Dora había estado tomando medidas, provocando acciones, tanteando el terreno... Desde el día de la propagación de gallinas por Besllum, cuando había recogido como botín aquella conversación conmovedora de los socios del club de tiro y del albañil de la casa pintada, se había ido preparando para la Gran Acción. Ese mismo día había tomado la determinación de que en definitiva necesitaba un colofón mayúsculo, una performance colosal que llegara a ser memorable. Me-mo-ra-ble. Que no fallase nada. Que todo estuviese a punto y lograrse el impacto soñado, que marcara un antes y un después.

Si el momento epifánico de «Joyce y las gallinas» en Dublín había significado para Dora un impulso, una zancada adelante, un punto de inflexión, ahora actuaba con la generosidad y la consideración universal de querer difundir y compartir con los demás la buena nueva de que las cosas se pueden cambiar: «Os podéis liberar del plomo de las alas, dejar atrás los reclamos gallináceos como única manera de avanzar y plantearos verdaderamente, de una vez por todas, un Gran Salto.»

La espiral de Dora, su descubrimiento de Banksy, del Limpiacerebros, de *Ulises*, de los maestros vudús, de Marfany y el corral de gallinas, del entierro de Pavese y el canon, la recogida de conversaciones en el tren, la habían llevado a un reconocimiento irreductible: todas las acciones que barruntaba tenían un efecto liberador sobre ella y sobre el sitio donde tenían lugar. En el fondo, la efervescencia de obras y justificaciones había avanzado hacia un sentimiento de solidaridad con los vecinos de las casas donde estampaba las gallinas, cortaba brotes de geranio, de rosales o de olivos y lanzaba tarjetas de los maestros Tata, Sidi o Kabirou. No había vandalismo, no había rencor, al contrario. Les estaba mostrando la posibilidad de abrir una grieta, de dejar volar la conciencia hacia nuevos parajes que hasta entonces no habían imaginado porque nadie los había invitado a hacerlo. Ellos también podían dejar de ser las gallinas que habían sido hasta entonces y convertirse en unas gallinas distintas. Ellos también podían leer a un Joyce diferente, poner los pies en un Dublín impensado o bien hacerse acompañar en un pasacalles por un espectro impertérrito como Dowlátov.

Es posible que la sociedad castigara todo aquello que era inaudito o ilusorio, pero el trofeo por haber pisado esos territorios era mucho más jugoso que la reprobación que pudiese sufrir. Dora conocía bien ese castigo: lo había sentido en los festivales de escuela, en las rutinas periodísticas alienígenas, en la marginación de las conversaciones en el tren que sólo ella captaba... Había llegado a un punto en que no tenía otra salida que el cambio total y la catarsis que la habían llevado a su estado de cosas actual. Había sido un proceso liberador personal que ahora compartía con el colectivo. Había sido una huida de aquella vida mediocre, descompuesta e incoherente, de aquella Dora agrietada y escindida. Así se había visto cuando le pusieron un espejo delante, en Dublín. Así había visto a los personajes de *Ulises*, ajenos a su voluntad, a cualquier cosa que resultase cercana a la conciencia, a los deseos y a los proyectos propios.

Tenía la sensación de que la sociedad la empujaba a toda costa a una carrera para asemejarse cada vez más al colectivo, para ser colectivo, para diluirse y repetir sus consignas hasta que su voz enmudeciese. Se trataba de hacer de gallina o de árbol para evitar problemas más graves. Ante eso, Dora presentaba un espíritu de insurrección nada común, un poco especial, puede ser, pero insurrección al fin y al cabo. Ese espíritu la había empujado a dar vueltas en moto por

Besllum, unas vueltas cada vez más vandálicas, en las que hasta un geranio podía llegar a ser una víctima propiciatoria, y una gallina se podía alzar como una renovada creación del pensamiento libre.

No es que a los geranios les tuviese una manía primigenia o que le viniese de la nada. Su origen era puro y cristalino: venía del monólogo final de Molly Bloom en *Ulises*, esa pieza extraordinaria que deja al lector sin respiración –no tiene puntuación–. «... y todas esas callejuelas raras y casas rosas y azules y amarillas y las rosaledas y el jazmín y los geranios y los cactus y Gibraltar de niña donde yo era una Flor de la montaña sí cuando me ponía la rosa en el pelo como las chicas andaluzas o me pongo una roja sí y cómo me besó...» Acaba bien, si es que se puede decir así, si es que acaba de alguna manera. A Dora le pareció que era un final cargado de simbolismo, de una fuerza que no podía desaprovechar. Por ese feliz hallazgo los geranios pasaron a convertirse en sus blancos favoritos cuando se trataba de apuntar a los elementos florales.

Desde que tomó la determinación de ejecutar la Gran Acción hasta hoy, que es cuando la llevará a cabo, esta misma tarde, Dora se ha sentido observada y vigilada. No sabe si es producto de su excitación o del rastro que pueden haber dejado algunas tentativas que ha realizado durante este tiempo, a pesar de que ha extremado las medidas de seguridad; tiene cuidado con las cámaras, utiliza guantes, circula con casco por Besllum, a horas todavía más intempestivas y variando siempre las calles de salida... Le da la impresión de que el coche de la policía local hace la ronda con más frecuencia, que los vecinos transitan más por las noches y que a veces hay algún coche aparcado fuera que antes no estaba. Y el coche que estaba a oscuras de repente enciende las luces y se va.

El hecho de que cada vez estuviese más absorta en sus excursiones y transformaciones había tenido efectos colaterales: Luci y Ramon, aquellos amigos peculiares, se habían enfadado cuando ella, exhausta, con unas ojeras de palmo y medio y la sensación de estar casi ciega, les había dicho que no podía ir a comer ni a tomar la cerveza de costumbre. Había fines de semana, como el último, que Dora se los pasaba encerrada en casa, poniendo a punto todo el material y urdiendo el plan definitivo para llevar a cabo la Gran Acción. El acontecimiento sería el miércoles por la noche, entonces se plantaría en Besllum para ejecutar la performance más drástica, una catarsis descomunal que proporcionaría el vuelco definitivo. Después, todo sería distinto.

Falta una hora para la Gran Acción y Dora ya lo tiene todo a punto. Ha vuelto del periódico a la hora de siempre y ha bajado en la estación de Granollers-Canovelles. Muy cerca del andén, sentada en un banco, ha visto a una mujer con una falda larga hasta los pies, arrugada, gafas gruesas y ahumadas, de las de antes, tipo años setenta. Llevaba un extravagante impermeable macintosh que parecía salido de otra época. Tenía una pose beatífica, con un cartapacio que apretaba contra el pecho. Bruscamente, la mujer ha abierto la carpeta y ha comenzado a repasar los papeles, atareada. Dora la ha mirado de reojo, con curiosidad. La otra, quizá sabiéndose observada, se ha erguido y le ha dicho educadamente:

–Perdone, ¿no le interesaría esta revista? –Le ha mostrado un ejemplar. La voz le temblaba un poco—. Habla de la ansiedad, de cómo controlar los propios impulsos. También de creatividad. Es muy interesante. Además, hay información sobre cómo se transmite la malaria.

Dora ha hecho una mueca porque no entendía la relación entre la ansiedad y la malaria ni de dónde había salido esa mujer.

–En principio no me interesa, pero gracias. –La otra se queda un poco decepcionada, y Dora se ve forzada a añadir–: Pero muchas gracias, eh. –La mujer se vuelve a sumergir en los diferentes números de la revista y se pone a ordenarlos pacientemente.

La escena la ha desconcertado. Con un poco de angustia, como si le hubieran presagiado una desgracia, ha cogido la moto, se ha ido a casa, ha comido frugalmente y se ha puesto a preparar todo el material diseñado específicamente para la Gran Acción. Tiene a punto una gran plantilla que dejará enganchada en una puerta corrediza de una casa de Besllum. La plantilla, con el rostro de una gallina encolerizada, lleva un lema que exclama: «¡La gallinita ha dicho basta!» A esto le añadirá una urna: el receptáculo contiene una gallina de peluche, pintada de lila, que gracias a un poco de cirugía saca la lengua; de debajo del culo de la gallina sale un hilo que conduce a unas cáscaras de huevo y a otra proclama: «¡El sistema ha explotado!» En la urna hay otro elemento que no podía faltar, su tarjeta preferida. La había elegido para que fuera un homenaje al monólogo sin puntuación del final de *Ulises*. Esta tarjeta de maestro vudú que había seleccionado con todo el amor del mundo era su particular tributo a Molly Bloom:

Profesor Kau. Gran auténtico vidente médium curandero africano con poderes naturales en unir amores imposibles dotado de don hereditario altísimo tu futuro no admite ninguna duda ayuda a recuperar pareja y separados detiene divorcios retira amante sin causarle mal retorno inmediato de la persona amada limpieza de malas vibraciones y el mal de ojo y potencia la sexualidad trabajo negocio suerte en el amor depresión problemas familiares conservar puesto de trabajo atraer clientes etc el profesor Kau obra milagros arregla casos muy desesperados con eficacia.

La urna guarda una última sorpresa. A través de un sistema de control remoto, Dora activará la apertura del receptáculo, que, al abrirse, arrojará a la gallina de peluche. No será un salto gallináceo: el peluche puede propulsarse hasta dos metros de altura, según los detalles que le habían dado en la tienda de espías donde había ido a que le fabricaran este artilugio a medida. Se quedó muy contenta. Verdaderamente, no hacen preguntas y trabajan de una manera muy fina. Cuando la gallina saliese disparada, comenzaría a cloquear a todo volumen, a unos decibelios bastante elevados para que los oyesen desde dentro de la casa y de la del vecino, aunque tuviesen las persianas bajadas.

Hace tiempo que ha elegido la casa donde desplegará la performance. Cuando fue a la exposición de aquel proyecto de artista y oyó la historia del rottweiler asesinado, decidió que aquella sería la casa. Había estado al acecho, había analizado toda la información imprescindible y había visto cómo instalaban toda clase de artilugios de cámaras en el patio, y cómo el hijo de la señora, siempre colorado y sudoroso, de mirada tecnológicamente obsesiva, iba a menudo para controlar el buen funcionamiento del sistema. Todos aquellos obstáculos agudizaban los sentidos y la audacia de Dora. La ponían en alerta. El perfil grasiento del hijo de aquella señora actuaba como estimulante. Cuantos más obstáculos le ponía, cuantas más veces lo veía ir a casa de su mamá a retocar el campo de acción de una cámara, más ganas tenía Dora de perpetrar allí su catarsis. Catarsis, ¿para qué? Sería tan gorda que los mismos cien mil pedacitos que saldrían de la onda expansiva de la urna mágica le indicarían el camino. Era como proyectar el robo del siglo, como tomar el tren de Glasgow entero.

Son las doce de la noche y de lo alto de la calle mayor de Besllum baja una Vespa. Dora viste toda de negro: mochila, chaqueta y casco camuflados en la noche. Cuanto menos llame la atención, mejor. Da una primera vuelta por el barrio, perdiéndose por diversas calles, para comprobar que

todo esté listo, para detectar cualquier elemento extraño. En principio, un miércoles a medianoche no tendría que haber ni un alma en las calles. Efectivamente, nada. Los coches que ya tiene fichados ocupan sus sitios de costumbre. Dora duda si dar una segunda vuelta para asegurar el trecho, pero el ambiente es tan tranquilo que prefiere no interrumpirlo con el ruido de la moto. Ralentiza la marcha y se dirige hacia la casa de Engracieta. La excitación le sube a las mejillas y el corazón le comienza a latir con más fuerza. Se cruza con sus compañeros habituales, el Drácula de la bañera y la pierna ortopédica de casa de los abuelos. A pesar de todo, sonríe. En el *jukebox* de su cabeza suena una canción: «Tonight the Streets are Ours». Esta noche las calles de Besllum son suyas. Completamente suyas.

Ahora le viene a la memoria la mujer de la falda larga y el impermeable macintosh que se encontró en la estación. Dora hace una mueca y un movimiento sincopado del cuello para sacársela de la cabeza, como si se sacudiera fantasmas y dudas. No es el momento. Aminora la velocidad. Se concentra en visualizar las acciones que ha de realizar para colocar todo su paquete performático en el patio de casa de Engracieta: el olvido de un pequeño detalle puede resultar fatal para que todo se desarrolle como lo ha previsto. Repasa los pasos que ha de dar para que el paquete caiga en ese patio de Besllum y, después, para la activación por control remoto de la gallina voladora; finalmente, en un tiempo brevísimo, ha de conseguir retratar el conjunto artístico y huir. Dora tiene estudiadas también las calles por donde, desde casa de Engracieta, llegará más rápido a la carretera de Granollers.

Vuelve a repasar los pasos. Entremedio se le cuelan recuerdos de su pasado reciente. Un revoltijo de fotogramas que le muestran el camino recorrido hasta esa noche... Tiene que girar bruscamente con la moto para esquivar a un gato que se le cruza por delante. Es un gato gris. Sólo ha sido un sobresalto y ha podido evitar frenar con la moto. Para rehacerse y recuperar la concentración, prefiere dar una segunda vuelta por el barrio. Recorre las mismas calles que en la primera. Todo sigue igual. O eso le parece. A Dora le pasa inadvertido un coche con los cristales ahumados aparcado delante de una casa no muy lejos de la de Engracieta. Antes ya estaba, pero algo ha cambiado. Ahora, que pasan pocos minutos de las doce de la noche, Alfred está dentro. Ha decidido que la única manera de acabar con el asunto es hacer guardia él mismo. Las grabaciones de las cámaras de la casa de su madre le habían dado la pista: siempre se veía a alguien más bien menudo, de negro y con casco, asomándose a la valla, lanzando al patio un dibujo de gallina o podando una ramita de geranio de manera muy rápida y habilidosa. No dejaba nunca ninguna pista ni ninguna huella dactilar. La visión de la moto lo pone en alerta, y más cuando ve que gira hacia la calle donde vive su madre. Arranca el coche. Como no enciende las luces y el vehículo es eléctrico, no hace nada de ruido. Dora ni se da cuenta. Está convencida de que lo tiene todo bajo control y de que al cabo de unos segundos la Gran Acción será un proeza extraordinaria.

A Alfred le sudan las manos. Está pensando en todas las visitas a la tienda de espías, en todos los aparatos que ha instalado en casa de su madre, en las tardes con Vivien, en las tardes con el concejal, en las masturbaciones en solitario... Pero debe concentrarse. Mueve la cabeza justo cuando empezaba a sentir una erección y vuelve la mirada a la moto de Dora.

La Vespa ya está delante de la casa de Engracieta. «Ahora hace falta celeridad», se dice Dora. «¡Y coraje!» Lanza una mirada alrededor, pero no se vuelve lo suficiente para ver por detrás. Le hace un guiño al Drácula de la bañera, a la pierna ortopédica del abuelo... Baja de la moto, abre la mochila y... «¡Acción!» Se encarama, cuelga el dibujo de la gallina, lanza la urna y oye el frenazo de un coche. ¡Un coche! El hombre hace ademán de salir y llamar por el móvil, mientras la increpa a cierta distancia todavía.

–No te muevas, ¡mal bicho! ¡Se han acabado tus jueguitos con mi madre!

Dora da un salto patoso hacia la moto. Todavía tiene tiempo de activar el control remoto de la urna. En medio del cloc-clooooooc-cloc estridente de la gallina de peluche y los gritos de Alfred, Dora coge la mochila y arranca la moto a todo gas. A todo gas, sí, pero no deja de ser una Vespa. Después de unos segundos de indecisión y de oír a su madre subiendo las persianas, Alfred, cogido por sorpresa, ha perdido tiempo en la llamada a la policía local y vuelve furioso al coche. Comienza la Persecución.

Enseguida Dora oye el coche en marcha, con las luces largas. Antes de tomar la calle que llega directa a la carretera de Granollers, gira de improviso por el barrio, da una vuelta de más, con unos traqueteos de regalo, para tratar de despistar al perseguidor. Pero qué tontería, ¡si el perseguidor también conoce el barrio! Dora tiene el corazón en un puño y un calor que la consume. El Drácula de la bañera y la pierna ortopédica se están bebiendo muy a gusto un vodka de garrafa que les ha proporcionado Dovlátov. Cuando ya está a punto de llegar a la calle de salida del barrio, el coche de Alfred se pone a su lado... «¡Es el hijo sudoroso de la abuela del rottweiler!» Y Alfred le vuelve a gritar:

–¡Para!, ¡para o esto acabará mal!

Con una maniobra de locura imprudente, Dora ya está en la carretera de Granollers. Al desviarse, se ha enganchado con un coche y ha ido de un pelo que no chocase. Al menos, ha servido para alejarse un poco del perseguidor. «Lo tenía todo a punto y este monstruo me lo ha jodido», piensa, en el segundo de distancia ganada. Al menos a Dora le queda el pequeño regusto de triunfo por haber podido activar el control remoto para que la gallina cloqueara a todo volumen, como si se encontrara en una discoteca. ¡Y cómo cloqueaba!

–¡Cloc-clooooooc-clooooooc! –grita ahora ella, para nadie, sólo para liberar la tensión y darse ánimos de victoria.

En la recta de entrada a Granollers, después de dejar atrás la gran fábrica de jabones, Alfred la alcanza de nuevo y le intercepta el paso. Volviendo a invocar a los dioses, Dora toma la rotonda contra dirección y se va hacia Canovelles, para después girar hacia el puente de entrada a Granollers. La cabeza le va a cien por hora pensando en rutas de huida. Si consigue llegar a los callejones estrechos del centro de la ciudad estará salvada. Juega a su favor que Alfred no es un conductor muy hábil: la diferencia de velocidad entre un coche y su Vespa es abismal, pero a Alfred le puede más el miedo de dañar a alguien que la rabia o el afán de atrapar a El Ban. No ha participado nunca en una persecución y se asusta sólo de pensar en la cara de su mujer si vuelve a casa con el coche rayado. Hay que ver, a pesar de la tensión del momento, se activan estas curiosas prevenciones.

Como había planeado, Dora ha podido meterse en una callejuela contra dirección del centro de Granollers y se ha plantado en la zona peatonal y, finalmente, en la plaza de la Porxada. Le parece que ha conseguido despistar al Cazador para que no la encuentre. Alfred tendría que ir a pie. Dora no se ha visto con ánimo de ir hasta su casa con esa garrapata enganchada. Lo intentará más tarde. Ahora esconde la moto en los bajos de un callejón estrecho que da a la Porxada y sube a un bar que antes solía frecuentar, el Goalies. Se tomará algo, se mezclará con la gente, dejará pasar el tiempo... «Y seguro que ese loco ya se habrá marchado.»

El bar está en el primer piso de un edificio de comercios y, para ser miércoles, hay mucha clientela. Dora saluda efusivamente al camarero argentino que todavía trabaja allí. Hacía tiempo que no lo veía. Los nervios de la huida le dan un extra de expansión hacia el resto de la

humanidad. No sabe cuánto rato le conviene quedarse en el bar ni si después será fácil volver a casa, pero, por si acaso, pide una cerveza.

–¡Venga, una Guinness!

–Pero si a ti te gusta más la rubia, ¿no? ¿Cuál era la tuya, espera, la Leffe? –le replica el camarero argentino.

–Caramba, qué memoria tienes; sí, pero mira, ¡hoy necesito una Guinness!

Pasa un buen rato de charla entretenida. De pronto Dora se da cuenta de cómo va vestida: pantalones negros y jersey negro. Se quita al menos el jersey para darse un poco de color, cuando nota, detrás de ella, que alguien la toca en el hombro. De pronto se le hiela la cara y, observando la reacción del camarero argentino, que no pierde la sonrisa, se da la vuelta.

–¡Carles! ¡Qué sorpresa! –exclama Dora, con una alegría desahogada que sorprende al propio Carles.

–Supongo que la misma que tú, ¿no? –responde el otro, reconfortado por el recibimiento desbordante de Dora.

Carles es un colega del camarero argentino. Hacía tiempo que no lo veía.

La casualidad de este reencuentro despierta a Dora de su confusión, de cierta ensoñación. Enseguida la conversación gira por derroteros divertidos, festivos. Dora necesita eso esta noche. Y Carles parece que también. Piden más cerveza y las risas crecen y la distancia se acorta. Dora le habla de Banksy, Carles de sus triatlones. Que si te toco un brazo, que si el muslo, que si te hago una caricia en la cara. Tan alborotada como ha sido la Persecución, se produce ahora esta conjunción insospechada. Se quedan mirándose el uno a la otra... «Qué, ¿sí?» Carles ofrece su casa, pero Dora, que entrevé un pensamiento sensato entre brumas y cerveza, intuye que se meterá en otro lío. Y quizá ya va demasiado embalada.

Se encierran en el lavabo. Dora siempre había soñado con hacerlo en un lavabo. Más allá de cuatro magreos, no se había presentado nunca la ocasión. La adrenalina, el miedo, la velocidad, la tensión que lleva encima, el retumbo de la gallina de peluche haciendo «cloc-clooc», le hacen descargar un apasionamiento extraordinario, un punto de bestialidad desahogada. De no fijarse si el lavabo está sucio o limpio, de no oír los golpes en la puerta. Es un sexo a todo gas, de máxima cilindrada para pasar página, para dejar atrás... La Vespa ya se le habría calado... «Banx», murmura de placer. «Banx.» El otro, sorprendido por su ardor, le corresponde con empuje atlético, con chillidos encadenados con su nombre: «Dora, Dora...»

A las tres y media Carles y Dora salen del Goalies y se despiden en la Porxada. Han caído varias Guinness.

–Si quieres te llevo a casa –dice Carles.

Entre más brumas, a Dora le parece que todavía no es buena idea. Después de un rato, le vuelve a la memoria el perseguidor.

–No creo que pase nada –le responde.

Cuando ya está en Can Mònic, el último barrio de Granollers, lo ve por el retrovisor. Vuelve a tener el coche negro detrás. Ahora Dora está realmente asustada. Las Guinness que lleva encima tampoco le permiten muchas filigranas mentales sobre las mejores vías de escape. Pero, al mismo tiempo, la cópula estelar le da una euforia inconsciente. Gira en una calle a la derecha y da la vuelta. Ha ganado espacio al Loco –«¡Jodido loco!», le grita Dora–, pero al cabo de una rato vuelven a las andadas.

–¡Mal biiiicho, párate! –le increpa el otro. Por el dejo que adquieren las consonantes, parece que también ha estado bebiendo mientras esperaba.

Alfred había estado dando vueltas a pie, por el centro, buscando como un energúmeno la moto de Dora, hasta que la había encontrado escondida en la Porxada. Había entrado en un bar que daba al callejón donde estaba la moto, y desde allí había montado guardia. Cuando Dora salió, esperó a ver la dirección que tomaba, corrió con la lengua fuera hacia el coche, que tenía mal aparcado y con una multa, y comenzó de nuevo la persecución.

Para Alfred conseguir la cabeza de El Ban es imperativo. Después de varias copas, le da igual rayar el coche. Se ha ido envalentonando y su espiral no tiene fin. En cambio, la noche en el bar, las Guinness, el encuentro y los juegos con Carles le han sacado a Dora de su agitación de meses. En el fondo, sabe que la gallina de peluche cloqueando se ha oído por Besllum y que ha podido extenderse, también, el dibujo de «La gallinita dice basta». En el fondo, siente que ha ganado. En el fondo ahora sí que puede pasar página.

El paso atolondrado de algunos buses nocturnos y un par de conductores han ayudado a Dora a llegar hasta su casa y a que el Perseguidor le perdiese durante un momento la pista. Dora deja la moto deprisa y corriendo, de cualquier manera, a un lado de la casa y entra por una pequeña puerta trasera que sólo ella conoce. El Perseguidor, que no ha visto por dónde ha entrado Dora pero sí la casa adonde se dirigía, golpea con fuerza la puerta. Todo está oscuro. En un lateral encuentra una ventana abierta, esas ventanas que salen en las películas americanas, de marco de madera, siempre con una rendija, y que se abren hacia arriba. Con una rendija para que pueda entrar alguien, como ahora Alfred.

Asustado, grita para ahuyentar el terror y también a Dora. Pero nadie responde. Después de tirar papeles y una silla al suelo, encuentra una luz, la enciende y registra la casa. La puerta de atrás está cerrada con llave y no despierta sus sospechas. Parece que no hay nadie. Sale y da una vuelta alrededor de la casa, tampoco. Vuelve a entrar. Es un habitáculo raquítrico. El comedor está hecho «un campo de Bramante», que diría su madre, Engracieta. En el sofá, en las mesillas, en las paredes, observa, asombrado, numerosas plantillas de gallinas, dibujos mal trazados, esbozos. También hay esprays arrojados de cualquier manera y un montón de frases anotadas en un corcho enorme que cuelga de la pared. «Estudiantes camino de la universidad: Cuando íbamos a coger las células estaban todas contaminadas y muertas, fue de chiste.» O: «Yo, cuando sea mayor, mediré 1,90 –le dice un niño a otro.» Las notas están sujetas con chinchetas que parecen de entomólogo.

Alfred empieza a sentirse fascinado. Lentamente recupera la respiración. Entrevé un titular sobre una pelea ilegal de gallos en México. Ve un montón de libros, entre los que sobresale un voluminoso *Ulises* de Joyce. Se detiene en la sección de maestros vudús. Es curioso, porque siempre le han llamado la atención. Hay numerosas tarjetas. ¿Quién los llamará? ¿Cómo deben vivir? Su madre alguna vez le había dicho que llamaría a uno para que le hiciera una limpieza de casa. Por primera vez en toda la noche, Alfred piensa que su madre y su mujer deben de estar preocupadas. Empieza a olvidar el motivo de tantas horas de persecución frenética, empieza a olvidar la gravedad de las gallinas en las paredes de Besllum. En el fondo tiene su gracia. «Alguien con ganas de jugar», se dice ahora. Piensa en su padre. Y le vienen a la memoria algunos lemas que le habían hecho sacudir la cabeza cuando volvía a casa, destrozado de trabajar: «Sé clueca, pon tu sueño»; también era bueno aquel de: «¡A que no hay huevos!» Ahora sonríe. Puede ser que la Gran Acción de Dora comience a completarse. Puede ser que su búsqueda enloquecida de pretextos empiece a surtir efecto y a divulgarse por el mundo. El Perseguidor empieza a olvidarse de Alfred. Se enciende un cigarrillo. Remueve los papeles relajadamente y observa los esbozos de gallinas que hay por doquier. Lee con detenimiento esta tarjeta:

Profesor Kau. Gran auténtico médium curandero africano con poderes naturales enorme experiencia en unir amores imposibles dotado de don hereditario altísimo tu futuro no admite ninguna duda...

Se queda meditabundo, como si mirase hacia su interior, como si le diera vergüenza todo su montaje de cámaras y todas las visitas a la tienda de espías. Como si despertase también de un encantamiento. «¿Y si esto es lo que necesito?» Da una calada profunda al cigarrillo y mira al infinito. Parece que ha encontrado su Pretexto. Y ahora no dejará de perseguirlo.

A MODO DE DEDICATORIA.
AGRADECIMIENTOS

A María Ester y Àlex, por los niños que fuimos; a Pep Codony, por hacernos reír de pequeños y de mayores; a Jaume Puig, por ser un joyceano sin saberlo; a Pere Puig, por los nombres y la memoria; a mi madre, por explicarme cosas genuinas; a mi padre, por ser así de patoso; a la abuela Amàlia, siempre, por todas las historias; a Rut, Jordi, Elna y Albert V., por aquel Fin de Año (entre otros); a Santi, por las ideas con *champagne*; a Eugènia Anta, por la comida del día del punto final; a Montse Mir, por el *Woyzeck* que vimos; a Virti, por sus salidas; a Rocío, por la escalera compartida; a Sílvia, por el pub que ella sabe; al grupo de la Ledig House y, sobre todo, a Mfoniso Udofia, por enseñarme las cosas que tienen en común una hija de payeses y una hija de nigerianos; a Natasa Dragnic, por darme la clave de Ofelia; a Daniel Saldaña, por los links gallináceos; a las monjas de Puiggraciós, por la acogida y porque la novela tomó sentido allí; a Pavese, por ese viaje en tren; a Joaquim Mallafrè, por su traducción de *Ulises* (Leteradura, 1980);⁶ y al jurado y a los editores, por supuesto, por hacer que *Joyce y las gallinas* emprendiera el vuelo de manera impensada.

NOTAS

- 1 Juego de palabras. En catalán *llet* es «leche»; juega, pues, con «mala letra» y «mala leche». (*N. de la T.*)
- 2 Sería el equivalente castellano a «Una gallina xica, tica, mica, camacurta y ballarica». (*N. de la T.*)
- 3 Dejo aquí el trabalenguas catalán por la referencia a la cría de la gallina *xica*, «pequeña». Véase la nota de la página 46. (*N. de la T.*)
- 4 En castellano en el original. (*N. de la T.*)
- 5 Referencia a «La gallineta», de Lluís Llach. (*N. de la T.*)
- 6 Para las citas de Joyce, he utilizado la edición de James Joyce, *Ulises*, trad. de José María Valverde, Lumen, Barcelona, 1979, 2 vols. (*N. de la T.*)

Título de la edición original:
Joyce i les gallines

Edición en formato digital: mayo de 2016

© de la traducción, María Paz Ortuño, 2016

© Del prólogo, Jordi Gracia, 2016

© Anna Ballbona, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2016
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3726-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es